



LA SEÑAL DE RADIO

Gael García Almanza

**PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
INFANTIL Y JUVENIL - 2025**

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

José Arturo Santillanes Hernández
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
FOMENTO A LA LECTURA

LA SEÑAL DE RADIO
© Gael García Almanza

Primera edición:
Septiembre 2025

Ilustraciones: Gael García, Javier Medina y Dania Gordillo.

ISBN: En trámite

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

*“Un escritor escribe su libro para explicarse
a sí mismo lo que no se puede explicar.”*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Aún recuerdo con emoción la primera vez que leí *El Principito*. Sin lugar a duda, la manera en que un libro puede conmover y modificar la forma de ver el mundo es irrepetible.

En un tiempo tan convulso como el que vivimos, escribir es un acto de libertad y de esperanza. Las buenas historias no sólo entretienen: nos ayudan a entender la realidad y nuestra propia vida.

Por eso, desde el Gobierno Municipal fomentamos el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura. Este esfuerzo abre camino a nuevos escritores de nuestra ciudad, ofreciendo un foro para compartir sus ideas y visiones.

El PECH es más que una colección de libros: es la voz de las y los autores chihuahuenses. Porque la literatura —el arte de la palabra escrita— nos da identidad. Somos, en gran medida, lo que leemos y lo que escribimos.

Reafirmamos así nuestro compromiso con la cultura y con quienes la sostienen: nuestros artistas y creadores, esos soñadores que nos regalan un poco de su intimidad en cada página y obra que hacen.

Así, no me queda más que decir: gracias. Gracias por hacer de nuestra ciudad un espacio donde las ideas y el arte florecen.

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

*“Escribir es un acto de resistencia, una forma
de desafiar al mundo y dejar una
huella duradera en él.”*

TONI MORRISON

En este año 2025, el Programa Editorial Chihuahua continúa consolidándose como una de las plataformas más valiosas para las y los autores de nuestro municipio. Gracias al esfuerzo del Gobierno Municipal, a través del Instituto de Cultura, hoy celebramos la publicación de 12 nuevos títulos en la colección PECH 2025 y PECH infantil y juvenil 2025.

Con más de 60 títulos publicados desde su creación, el Programa Editorial Chihuahua reafirma su compromiso de ser casa y refugio para la palabra escrita, acompañando tanto a voces nuevas como a autoras y autores con trayectoria. Esta colección es un testimonio del talento creativo que existe en Chihuahua, y una invitación permanente a acercarnos a los libros, a las ideas y a las historias que nacen de nuestra tierra.

Agradezco profundamente a las y los autores de Chihuahua por su confianza y por seguir compartiendo su visión del mundo a través de la literatura. Sus obras son faros que iluminan a nuestra comunidad, y que fortalecen nuestra identidad.

Invito a todas y todos a leer los libros de esta colección y a descubrir en ellos la riqueza de nuestras letras. Con gratitud y entusiasmo, felicito a quienes hoy forman parte de la colección PECH ¡Que estas páginas sigan siendo fuente de inspiración, encuentro y orgullo para nuestra comunidad!

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA DEL
MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

PRÓLOGO

En septiembre de 2023, y con motivo de la clase de literatura, organizamos un club de lectura. Al principio éramos unos cuantos integrantes y nos reuníamos en la pequeña biblioteca de la escuela. Gael fue uno de los fundadores del club, el cual fue creciendo hasta el punto de que debimos mudarnos a un salón de clases.

El vínculo que surgió en el club de lectura no solo giró en torno al placer por la literatura, sino que también se fue construyendo alrededor del amor por el arte, el diálogo, y —por qué no— un poco (o mucho) de chisme, hasta transformarse en amistad.

El siguiente semestre, es decir, en marzo de 2024, visitamos la biblioteca personal del historiador y escritor chihuahuense Jesús Vargas. La experiencia fue una maravilla, uno de esos golpes vitales que, contra toda narrativa contemporánea, nos recuerdan que la vida no está en otro lado —como en las aparatosas historias del cine o las redes sociales—, sino que puede encontrarse ahí, a dos calles de la preparatoria, o en lunes compartidos para conversar sobre héroes y heroínas legendarias de la tradición grecolatina,

Hoy celebramos la primera creación artística de Gael García Almanza, quien tan solo con 17 años, incursiona en diversas disciplinas artísticas, demostrando sus virtudes y talento. Su novela, *La señal de Radio*, es una muestra de su creatividad y tenacidad.

La historia pertenece al género de ciencia ficción, al ser una distopía futurista protagonizada por un robot sin recuerdos en un contexto donde el planeta Tierra ha colapsado. La obra está escrita en primera persona, y su voz narrativa es, ciertamente, auténtica y verosímil. La historia plantea preguntas profundas en torno a la identidad y cómo esta puede construirse a partir de la relación del individuo con la sociedad. Estas características, entre otras, son cualidades que han hecho que *La señal de Radio* haya sido seleccionada para su publicación en la categoría infantil y juvenil, convirtiendo al autor en el escritor más joven del programa editorial del municipio.

Además, Gael representa a una generación que contribuirá en diversas áreas, tanto profesionales como sociales. Una generación que, en tiempos desalentadores, trae esperanza y entusiasmo por el porvenir. Son, sin duda alguna, semillas que habrán de germinar.

LUCERO DE SANTIAGO

LA SEÑAL DE RADIO

A mi mejor amigo, por hacer de mis locuras algo compartido; a quienes se atreven a cruzar el umbral de lo desconocido; y a aquella pequeña ardilla que, al romperme el radio distal derecho, dejó su huella en esta historia.

*Lo único necesario para el triunfo del mal,
es que la gente buena no haga nada.*

INSPIRADO EN EDMUND BURKE

PARTE UNO

CAPÍTULO UNO

EL OJO DEL COMETA

Nunca he sido capaz de salir de mi zona de confort, me gusta trabajar aquí, es entretenido estar detrás de una barra, limpiando un vaso de cristal con un trapo algo sucio, observando a los clientes con la indiferencia de alguien que lo ha visto todo, porque es verdad. Desde aquel día que desperté bajo las cegaderas y grandes luces de esta gasolinera, me es imposible recordar de dónde vengo. Lo único que tengo es un símbolo desgastado en el lado izquierdo de mi pecho, que con cada movimiento que hago, resplandece bajo la tenue luz de la cantina. ¿Qué se supone que significa STRO? Me lo pregunto todo el tiempo. Suena como el nombre de algún insecto raro de esos que encuentras en el planeta de Valdex. No es como si hubiera visto alguno, pero siento como si lo hubiera hecho, por las historias que cuentan los cazarrecompensas. Son tan agradables, siempre que vienen por un buen trago de cerveza.

“Radio, tienes que cambiar estos filtros de aire antes de que se me oxiden los circuitos”, gruñó VANN-33, el droide mecánico que me ayuda en la cantina. Tiene un tono sarcástico y malhumorado que es inconfundible.

“No te vas a oxidar, VANN”, respondí sin apartar la vista de los clientes. “Eres más terco que el acero. Además, si tanto te preocupa la calidad del aire, podrías invertir un poco más en la ventilación en vez de usar tu tiempo para pescar esos malditos calamares.”

VANN-33 dejó escapar un sonido parecido a un resoplido, cruzando sus brazos metálicos. “¡La cerveza de tinta de calamar es lo que hace que esta cantina sea famosa, Radio! Nadie más en la galaxia hace algo igual. Cada madrugada me meto en la jungla de Ikaris VII para atrapar esas bestias. No tienes idea de lo difícil que es evitar que te arranquen un brazo.”

“Sí, sí... pero al menos diles a los clientes que no pregunten de dónde viene la tinta. Se vende mejor cuando es un misterio.”

No tengo idea si Radio es mi verdadero nombre, pero se siente familiar. Tengo el hábito de interferir en las conversaciones de la gente. Y aunque parezca extraño para un robot tener un nombre diferente a su número de serie, eso soy: un droide. Aunque, para ser sincero, nunca me he sentido como uno. Mi forma de actuar es tan humana que, a veces, las personas se confunden.

Cada día sirvo bebidas, escucho historias de cazarecompensas, mecánicos, chatarreros, y observo cómo se desarrollan las pequeñas tragedias y victorias de los clientes de AJAX. No suelo intervenir, al menos no directamente, pero algo dentro de mí siempre está buscando una cosa... una identidad.

La he buscado desde el momento en que abrí los ojos. Mi primer pensamiento fue una pregunta: ¿Quién soy? Pero el vacío en mi memoria me dejó sin respuesta. Todo estaba envuelto en una luz ofusadora, gigantescos reflectores iluminaban el árido terreno, proyectando sombras largas y deformes sobre la estructura oxidada de la gasolinera en ruinas.

Me levanté con dificultad. Mi cuerpo se sentía pesado, como si llevara siglos sin moverse. Observé mis manos mecánicas, el metal opaco reflejando la luz artificial. No tenía recuerdos, ni propósito, pero algo dentro de mí me decía que este lugar olvidado, tenía las piezas que necesitaba para entender mi existencia.

Comencé a explorar con cautela, cada paso resonando en el suelo metálico. Las estructuras estaban corroídas por el paso del tiempo y cubiertas de arena traída por los vientos de algún planeta lejano. Las válvulas y tuberías de la estación estaban oxidadas, muchas de ellas obstruidas con polvo y residuos cristalizados. Parecía que nadie había estado aquí en siglos.

Caminé hasta un pequeño local adjunto, una tienda de refacciones que alguna vez abasteció a viajeros espaciales. Sus estantes estaban cubiertos de una fina capa de arena y moho. Las botanas y bebidas envasadas aún estaban ahí, pero todas en estado de descomposición. Sus etiquetas descoloridas apenas eran legibles.

Fue cuando lo vi.

Detrás del mostrador, en el interior de una vieja caja metálica con una etiqueta descolorida en la parte superior. El polvo y la corrosión habían desgastado gran parte de las letras, pero con un poco de esfuerzo, logré descifrar algunos fragmentos:

“PROPIEDAD DE BASE DE REABASTECIMIENTO
KRYON — UNIDAD DE ASISTENCIA VANN-33 —
INTELIGENCIA EXPERIMENTAL”

Había algo más escrito en una tinta casi invisible, una nota pequeña, hecha a mano:

“Defecto en la subrutina de obediencia. Si falla el reinicio, destruir.”

Dentro de la caja había algo... una esfera mecánica con una compuerta polvorienta. Parecía un droide, pero no mostraba signos de vida. Me acerqué y lo tomé con cuidado...

Mi tacto activó algo en mi propio sistema, una corriente eléctrica recorrió mi brazo y, sin darme cuenta, parte de mi cuerpo liberó una sustancia metálica oscura, casi líquida.

El metal líquido se extendió hacia la esfera, fluyendo como un río en la superficie oxidada del droide. Como si fuera un organismo vivo, la tecnología comenzó a reparar las piezas dañadas, rellenando grietas, reconectando circuitos, reconstruyendo lo que alguna vez fue.

De repente, el ojo del droide saltó de su pequeño tórax como si fuera una vieja televisión encendiéndose, lanzando un destello amarillo.

“¡AY! ¡¿QUÉ DEMONIOS ME HICISTE?!”

Retrocedí sorprendido cuando la esfera saltó de mis manos y comenzó a flotar con movimientos erráticos. Su voz era grave y mecánica, con un claro tono de molestia.

“¿Estás funcionando?” pregunté, sin estar seguro de qué había hecho.

La esfera giró en el aire, inspeccionando. “Parece que sí... aunque me siento extraño. ¡¿Qué me hiciste, chatarra ambulante?!”

“Creo... que te reparé.”

El droide flotó hasta un espejo roto en la pared y se examinó. “Hmph. No estoy seguro de si agradecerte o volver a la caja.”

Así fue como conocí a VANN. La etiqueta en su caja me traía sentido ahora, no era el típico asistente mecánico sumiso programado para obedecer órdenes sin rechistar y, sin embargo, fue la mejor compañía que pude haber encontrado en este rincón del universo.

Restaurar un droide no era suficiente. Si quería respuestas, necesitaba reconstruir todo. La estación no solo debía ser mi refugio, sino también un lugar donde pudiera observar al universo sin exponerme demasiado.

La estructura metálica de la estación estaba en pésimas condiciones, así que tuve que buscar materiales en los alrededores. Me aventuré en los túneles subterráneos, donde encontré restos de naves caídas y escombros cubiertos de polvo espacial. A medida que avanzaba más y más profundo, solo podía sentir bajo mis botas la textura de una arena suave, casi viva. No recordaba nada con claridad... pero algo dentro de mí reconocía ese tipo de arena.

Sabía, aunque no podía explicar cómo, que esta arena, de un tono amarillo anaranjado, tenía una propiedad extraña, cambiaba de color cuando detectaba temperaturas elevadas. Por eso, mis huellas quedaban marcadas con un naranja intenso. Era perfecto, pensé, así no olvidaría el camino de regreso.

Pero cuando decidí dar la vuelta, las huellas habían desaparecido. Toda la superficie de la arena se había tornado de un naranja espantosamente fuerte.

Y eso solo significaba una cosa... no estaba solo.

Mis sensores comenzaron a dar señales de alerta una vibración extraña bajo la arena, un cosquilleo punzante que se filtraba a través de las suelas de mis botas.

Como si algo bajo la tierra me estuviera advirtiéndome que no diera un paso más.

La textura del suelo cambió de pronto. La arena se volvió más fina, más suelta, como si estuviera viva. Entonces, el suelo cedió bajo mis pies.

Intenté saltar, pero no tuve oportunidad. Un remolino de polvo y grava me succionó, tragándome en un instante.

Oscuridad.

Todo mi cuerpo quedó atrapado en algo duro, resbaladizo y en constante movimiento.

Mi cuerpo yacía envuelto en la panza de una cochinilla titánica

Girábamos a una velocidad descomunal, aplastándome contra las placas internas de su armadura negra y reluciente. Cada giro era un golpe brutal contra mi exoesqueleto, como si estuviera dentro de una máquina de demolición descontrolada. Intenté estabilizarme, encontrar una abertura entre sus placas, pero su caparazón estaba diseñado para resistir incluso la más intensa presión.

El hedor en su interior era insoportable. Un aroma rancio y químico, como óxido mezclado con carne podrida.

Un líquido espeso comenzó a gotear desde las grietas de su armadura, empapándome desde los pies hasta la antena de mi cabeza. Era una sustancia viscosa y caliente, con una textura gelatinosa que se pegaba a mi armadura sintética como brea. Mis sensores detectaron compuestos corrosivos en su composición.

No podía quedarme atrapado ahí.

Golpeé con toda mi fuerza, descargando un puñetazo contra su interior con el metal reforzado de mis nudillos. El impacto resonó como un eco hueco dentro

de la bestia, pero el caparazón apenas mostró una pequeña grieta. Era como intentar perforar una pared de acero con los puños.

La criatura chilló, un sonido agudo y vibrante, su cuerpo tembló y sus patas se agitaron con velocidad, levantando una nube de arena y chatarra a su paso.

No sé qué la enfureció. Tal vez invadí su territorio, o perturbé su descanso. Pero ahora era yo o ella.

Entonces, un silbido atravesó el aire.

Un proyectil impactó en lo externo de la criatura con una explosión sorda. Yo solo sentí un pequeño golpe desde adentro.

¡Así es!, fibra de zarkago chatarra inservible- Alguien exclamó

Era la voz de Vann, aun no estoy seguro si se refería a mi o a la bestia.

La cochinilla se retorció, soltando un gruñido vibrante. Algo se había estrellado en la unión entre las placas de su caparazón, dejándola inmóvil por un segundo.

Aproveché la oportunidad.

Me impulsé con todas mis fuerzas y logré zafarme del agarre del animal.

Rodé por la arena, aún cubierto de su saliva pegajosa. Mis sistemas estaban sobrecargados, mi cabeza daba vueltas, pero no me detuve.

Visualice a VANN, en sus manos sostenía un arma, un lanza arpones rodeado con una fibra que cubría su figura.

La criatura giró violentamente, intentando librarse del arpón. Sus patas rasparon el suelo con fuerza, provocando pequeñas explosiones de arena. Sabía que, si no terminábamos con ella ahora, volvería a atacarnos.

Me lancé sobre su espalda, sujetándome con todas mis fuerzas a su caparazón resbaladizo.

Busqué el punto vulnerable entre sus placas. Mis ojos se enfocaron en la gran ranura entre su armadura, un punto crítico.

Con un rugido metálico, hundí mis brazos de metal en la abertura, y comencé a estirarlos hacia afuera

La cochinilla se estremeció con un chillido ensordecedor.

Su caparazón vibró como un terremoto.

Con un último esfuerzo, torcí mis brazos con todas mis fuerzas.

El metal crujió, una de sus placas se desprendió, el líquido verde brotó de la herida. La bestia ululato una última vez, antes de girar sobre sí misma y huir tambaleante hacia el fondo del túnel, desapareciendo en la oscuridad.

Me quedé ahí, caminando con dificultad. La baba apetosa resbalaba por mis brazos y piernas, pero no duró mucho. Otra vez, una sustancia metálica salió de las ranuras de mi armadura y cubrió mi cuerpo. En menos de pocos segundos el fluido había desaparecido, mi organismo estaba completamente limpio.

VANN se acercó, aun sosteniendo el lanzador de arpones.

—Impresionante. ¡A ti no se te puede dejar solo ni un instante, chatarra maloliente!

Escupí un poco de saliva pegajosa y resoplé.

VANN soltó un zumbido de risa y me tendió la mano.

Respiré hondo. Mis sistemas estaban al límite, pero habíamos ganado. Y lo mejor de todo, ahora teníamos un material indestructible para reforzar la estación.

Usamos las placas de la cochinilla gigante como techo del paraje. Eran una maravilla de la naturaleza, con una dureza que supera la de muchos metales sintéticos.



Sus fragmentos no solo protegían del polvo interestelar y la radiación, sino que también podían resistir impactos de plasma. Habían soportado mis golpes y ahora soportarían el peso de todo el refugio.

Las placas eran enormes, por lo que tuve que cortarlas y reforzarlas con vigas recuperadas de naves abandonadas. El ensamblaje fue complicado. Algunas secciones eran tan pesadas que tuve que construir poleas improvisadas con cables de tracción encontrados entre los restos de la gasolinera. Fue un proceso lento, pero después de semanas de trabajo, la estructura comenzó a tomar forma.

No bastaba con un techo resistente; necesitaba un refugio funcional.

Recorrí cada rincón de la antigua estación, explorando pasillos mugrosos y sistemas oxidados. Las tuberías estaban en su mayoría rotas, corroídas por el tiempo, pero algunas aún podían ser reutilizadas. Pasé noches enteras restaurándolas, conectando válvulas, limpiando los conductos de suministro y asegurándome de que al menos una parte del sistema de energía pudiera volver a funcionar.

Después de múltiples intentos fallidos y un par de descargas eléctricas, logré reactivar algunos de los generadores de reserva. La luz de los focos de la estación incrementó radicalmente, las luces ahora iluminaban tanto que se podía ver a muchísimos metros de distancia.

Uno de los primeros sistemas que restauré fue una cabina dentro de la estructura central de la gasolinera. La modifiqué para convertirla en mi propio centro de recarga. Allí, cada noche, podía conectar mis sistemas, permitiendo que mi cuerpo reparara las partes dañadas durante mi descanso. Era lo más cercano a dormir que podía experimentar.

VANN resultó ser de gran ayuda, a pesar de su actitud sarcástica y su eterna costumbre de criticar mi trabajo. Siempre tenía algo que decir, siempre encontraba un defecto en cada cable mal alineado o cada tornillo flojo. Pero su conocimiento de mecánica y su capacidad para encontrar piezas útiles en los restos flotantes fueron invaluable.

Juntos, trajimos de vuelta a la vida un lugar que el universo había olvidado.

Pasaron algunos meses. La estación ya no era solo un refugio improvisado. Se había convertido en un lugar sólido, resistente y autosuficiente. Un escondite perfecto.

La luz de las viejas torres de la gasolinera todavía iluminaba la plataforma, y los muros reforzados con los restos de la cochinilla gigante daban la sensación de una fortaleza indestructible en medio del vacío.

Sin embargo, algo dentro de mí empezó a carcomerme.

Una noche, entré en mi cabina para “descansar”, y en ese instante mis ojos proyectaron imágenes en parpadeos. Era un proceso involuntario, como si mi sistema se reiniciara en busca de algo enterrado en su código. No sabía si era un error en mi programación o una memoria que se negaba a desvanecerse, pero cada vez que cerraba los ojos, las sombras volvían a arrastrarse por mis sueños.

Al principio, solo eran destellos, luces rojas parpadeando en la penumbra, alarmas ahogadas por el vacío, figuras borrosas moviéndose con urgencia. Luego, los sonidos llegaban en oleadas, distorsionados y fragmentados, como si alguien los hubiese grabado en una cinta dañada. Voces que gritaban órdenes, un eco metálico recorriendo un pasillo de acero, el murmullo de una transmisión interrumpida.

No debería haber soñado. No debería haberlo recordado. Era un robot. Y, sin embargo, aquellas visiones se presentaban ante mí con la insistencia de un fantasma.

A veces, en mis sueños, solo veía aquella historia de la que todos hablaban, la que transformó la forma de vivir de miles de millones de personas en el universo, el planeta Tierra explotando en miles de pedazos. Pero en mis visiones, no era un suceso distante contado en las noticias. No. Yo lo veía desde adentro, como si hubiera estado allí. Una grieta luminosa abría la atmósfera del planeta, una implosión engullía continentes enteros, y el eco de una civilización se extinguió en un parpadeo.

Entonces apareció la nave. Una estructura flotando entre los restos de la catástrofe, de un tamaño tan descomunal que podría haber eclipsado una luna. Veía su casco ennegrecido por la radiación, torres de metal desgarrado sobresaliendo como huesos fracturados. Dentro de ella, pasillos iluminados por una luz artificial mortecina, cuerpos flotando sin gravedad y un equipo de exploradores avanzando con cautela.

Y era ahí cuando la veía: la insignia en sus trajes, la misma que resplandecía en mi pecho cada vez que me movía.

Mi visión se nublaba con estática. Algo golpeaba la nave, un estruendo sacudió la estructura, y los exploradores gritaban nombres que no reconocía. El pánico se instalaba en sus movimientos. Corrían. Disparaban. Una sombra se movía en el fondo, una presencia oscura que no podía identificar. Uno de ellos se volvía hacia mí... y justo antes de que pudiera ver su rostro, todo se disolvía en negrura.

La muerte los envolvía, los arrastraba con ella, y la insignia de mi pecho desaparecía junto a ellos en la nada.

No entendía aquellos recuerdos. No sabía si eran míos o si le pertenecían a otro. Solo sabía que cada noche eran más nítidos. Y cada noche, la sombra se acercaba un poco más.

Quería respuestas. Pero salir de la estación no era una opción.

El miedo era demasiado grande. Sabía que si me alejaba demasiado... podría volver a perder la memoria.

¿Y si nunca la recuperaba?

No podía arriesgarme. Pero si no podía salir a buscar respuestas, entonces tenía que hacer que las respuestas vinieran a mí.

Y ahí fue cuando tuve una idea.

Una taberna.

No una taberna cualquiera. Un lugar donde los viajeros y exploradores pasarán a descansar.

Si lograba que suficientes personas vinieran, podría ser que alguno de ellos reconociera el símbolo sobre mi pecho. Una mañana silenciosa, VANN flotaba cerca del bar, reorganizando los pocos suministros que teníamos en las estanterías.

“A ver si entiendo...” dijo sin girarse, usando una de sus extremidades robóticas para limpiar una vieja campana de cristal. “¿Quieres abrir una cantina en medio de este basurero del espacio para atraer viajeros que podrían tener información sobre tu pasado?”

Asentí.

VANN dejó escapar un sonido parecido a un chasquido de desaprobación y giró hacia mí, con sus ojos ópticos parpadeando en un tono rojizo.

“Hmm... interesante. Pero dime, oh genio de la hospitalidad interestelar, ¿qué exactamente les vamos a vender? Porque hasta donde yo sé, nuestra despensa está tan vacía como tu memoria.”

Crucé los brazos. “No necesitamos mucho. Solo un lugar donde puedan sentarse, comer algo y hablar. Si conseguimos suficientes visitantes, alguien reconocerá este símbolo.”

Toqué mi pecho, donde el emblema metálico relucía con un brillo opaco.

VANN me observó en silencio por unos segundos. Luego su ojo giró levemente.

“Bueno Radio... No puedo decir que sea la peor idea que has tenido.”

“Entonces, ¿me ayudas?”

“Este lugar necesita una buena bebida,” dijo mientras acomodaba la campana de cristal en la entrada del lugar “Si algo he aprendido en mi antigua vida, es que los forajidos siempre buscan dos cosas: dinero fácil y alcohol fuerte.”

“No sé hacer alcohol,” respondí.

“Pues aprende, oxidado.”

Pero la idea no era mala. VANN empezó a salir de la estación en busca de ingredientes. “Pescar” lo llamaba. Capturaba criaturas del páramo y del cielo con su arpón electromagnético y traía de vuelta todo tipo de insectos y animales gigantes. Algunos eran venenosos, otros tenían caparazones demasiado duros para ser útiles. Pero después de varios intentos, encontró algo interesante: los calamares morados.

Sus cuerpos liberaban una secreción espesa, casi resinosa, con un olor amargo que se te quedaba en la nariz. Al analizarla con mi escáner de biofluidos, noté

que reaccionaba al calor lento y a ciertos tipos de hongos. Ahí empezó todo.

Tomé un poco de tinta, la filtré y conecté un par de tubos termoestables al micro generador de calor de emergencia y dejé que la mezcla se asentara en un contenedor sellado. Al principio, olía a muerto... El primer lote se endureció como roca volcánica. El segundo, literalmente explotó. El tercero... el tercero empezó a hacer algo raro.

La sustancia se volvió más fluida, pero densa, con un negro profundo que reflejaba destellos púrpuras bajo la luz. Salí a recolectar algunos hongos que crecían cerca de los ductos de condensación de la estación. Sus esporas eran activas a nivel microbiológico, así que trituré un par, los eché a la mezcla y dejé que hicieran lo suyo. Para mantener la reacción, añadí un poco de agua y sales minerales de los filtros atmosféricos.

Una noche, el líquido empezó a burbujear por sí solo, como si algo adentro respirara. El olor seguía siendo fuerte, pero ya no repulsivo. Probé una gota.

Picaba. Quiero decir, literalmente te picaba la lengua. Luego venía un ardor en la garganta y, después... una especie de calor interior. No como fiebre, más como energía. Como si algo se hubiera encendido.

Y así nació la primera cerveza de tinta de calamar

VANN estaba encantado con la idea, pero yo aún no me atrevía a salir. Así que él se encargaba de la “pesca”, mientras yo perfeccionaba la receta dentro de la taberna.

Todo cambió el día que VANN “pescó” algo que no debía.

Como siempre, salió a explorar los alrededores buscando más calamares morados con su filoso equipaje, pero en lugar de atrapar a uno de esos téutidos, el

campo magnético del arpón enganchó algo mucho más grande.

Una nave.

Era un modelo pequeño, ágil y con un diseño aerodinámico, cubierto de cicatrices de batalla. Nada sofisticado, pero estaba armado hasta los dientes. Y estaba tripulado.

VANN intentó soltarla, pero el campo electromagnético ya había desestabilizado los controles del piloto. El motor se sobrecargó y la nave se estrelló contra la plataforma de la estación con un estruendo.

La compuerta se abrió con un golpe seco y un cazarrecompensas saltó fuera, una bestia de hombre, con una armadura gastada, un chaleco de piel de algún animal extinto y el rostro lleno de cicatrices.

. “¿QUIÉN FUE EL HIJO DE PUTA QUE ME JALÓ?”

Sacó una ballesta de ácido y apuntó a VANN, que flotaba con total calma.

“Ehh... fue una falla técnica. Problema en los cálculos del campo electromagnético,” respondió el droide. “Nada personal, grandote.”

El cazarrecompensas le escupió al suelo y amartilló su arma.

“Te voy a volar el procesador, pedazo de chatarra.”

Antes de que pudiera disparar, VANN-33 levantó sus manos

“¡Espera, espera! No seamos tan drásticos. ¡Eh! ¿Por qué no entramos y lo resolvemos como adultos? Te invito un trago. Tenemos la mejor cerveza de la galaxia.”

El mercenario frunció el ceño.

“¿Qué mierda me estás vendiendo? ¿Cerveza en este basurero?”

“Sí, sí, sí. Y si no te gusta, puedes matarme después.”

El mercenario lo miró fijamente durante un segundo, calibrando la situación. Luego bufó.

“Más te vale que sea buena, porque si no, voy a limpiar mis botas con tus malditos circuitos.”

Se dirigieron a la entrada de la taberna y cruzaron por la puerta. La campana de cristal sonó por primera vez. Cuando entraron, el cazarrecompensas escupió al suelo de nuevo y miró a su alrededor con desdén.

“Qué cagadero de sitio. Huele a óxido.”

Yo no dije nada. Solo tomé una jarra de metal y la llené con la cerveza del calamar morado. El líquido espeso burbujeó levemente antes de asentarse.

El mercenario tomó la jarra, la olió con sospecha y le dio un sorbo.

Se quedó en silencio.

Por un instante, pensé que iba a escupirla. Pero en lugar de eso, su ojo derecho tembló y su rostro se deformó en algo que no esperaba.

Una sonrisa.

“¡Me cago en todo, esta mierda es buenísima!” rugió, golpeando la mesa con el puño. “¡Parece que me están pateando los dientes con fuego estelar!”

Bebió otro trago y soltó una carcajada.

“¿Cómo carajos llamas a esta bestia?”

Me quedé en silencio. No tenía un nombre.

VANN flotó a mi lado, divertido. “Dímelo tú, grandote. Eres nuestro primer cliente.”

El cazarrecompensas pensó un segundo, mirando la jarra. Luego miró el techo de la taberna. El enorme caparazón de la cochinilla gigante que derroté colgaba sobre nosotros, como una armadura indestructible.

“Es fuerte, densa y te jode si no la manejas con respeto,” murmuró. Luego miró de nuevo la cerveza.

“AJAX.”

Parpadeé. “¿Qué?”

“Así la voy a llamar. AJAX. Como el soldado antiguo, el que no suplicaba a los dioses ni se escondía tras escudos prestados. Firme, terco, imponente. Justo como esta cerveza.”

Levantó la jarra como si hiciera un brindis. “AJAX, la cerveza de los cabrones duros de matar.”

Me gustó cómo sonaba.

Y no pasó mucho tiempo antes de que el nombre no solo representara la bebida, sino todo el bar.

Los cazarrecompensas lo adoptaron. Cuando regresaban de sus misiones, no decían “Vamos a la estación de reabastecimiento”. Decían:

“Vamos a AJAX.”

El cazarrecompensas se llevó la historia con él. Y su historia se convirtió en rumores, y los rumores se convirtieron en una invitación abierta para cada mercenario, asesino y forajido del sistema.

No pasó mucho antes de que la taberna se volviera una parada obligatoria. No solo por la cerveza, sino porque en este lugar no había reglas. Nadie preguntaba nombres, nadie exigía lealtad.

Así nació AJAX, o como todos le empezaron a conocer “El Ojo del Cometa”

“Desde lejos, tu estación brilla como si tuviera un maldito cometa adentro. En medio de la nada, solo veo un resplandor parpadeante. Si no supiera que aquí sirven la mejor maldita cerveza de la galaxia, creería que es una trampa.” -Me comenzaron a decir varios de mis nuevos clientes

No entendí de qué hablaban hasta que VANN me convenció de revisar las cámaras exteriores. Las placas de la cochinilla gigante, pulidas con el tiempo por la arena y el viento, reflejaban la luz de los astros en

ángulos extraños. Era cierto, AJAX se veía como un núcleo brillante en la oscuridad absoluta del espacio. Las tormentas cósmicas hacían que la luz parpadeara y diera la impresión de que algo vivo respiraba dentro de mi refugio.

Los cazarrecompensas, piratas y contrabandistas que llegaban a la cantina empezaron a decir entre ellos:

“Si te pierdes en esta parte del espacio, sigue el ojo brillante. Siempre está abierto, siempre observando.”

No sé en qué momento me di cuenta de que la taberna se había convertido en algo más que un refugio. En algún punto entre servir bebidas y escuchar conversaciones, comprendí que la información fluía como la cerveza en este lugar.

Cada mercenario tenía una historia, y cada historia contenía fragmentos de la galaxia que yo desconocía. Yo no salía de AJAX, pero, de alguna manera, el universo llegaba hasta mí.

La cantina se hizo cada vez más famosa, tuvimos que crear siete nuevos modelos diferentes de cerveza, cada una con su propia identidad, extraídas de los ingredientes más extraños que podíamos conseguir, en esta luna y también de fuera. Porque así fue, VANN fabricó un modelo de piernas motorizadas las cuales adhirió a su cuerpo como un propulsor. Ahora él se encarga de pescar todas las mañanas en los planetoides más cercanos, cada uno con un ecosistema diferente. Por otro lado, yo preparo distintas mezclas en la taberna, algunas con notas amargas y potentes, otras fermentadas con exoesqueletos de escarabajos verdes, que le dan un brillo peculiar. Con el tiempo, añadimos más opciones: destilados, cócteles improvisados y, por supuesto, platos exóticos preparados con lo que podía-

mos encontrar. La experimentación terminó por convertirse en el sello de AJAX.

Pero a pesar de nuestro éxito, mi miedo nunca desapareció. Hasta el día de hoy, sigo sin atreverme a cruzar la puerta. Si salgo, podría perder mi memoria de nuevo... y con ella, la única posibilidad de encontrar a alguien que reconozca el símbolo en mi pecho.

¡Sin olvidar que AJAX es ahora la cantina más famosa del espacio! Su reputación sigue intacta, y nadie en toda la estación de reabastecimiento se atrevería a decir lo contrario.

Durante el día, la taberna es mi morada, y lo más cercano que tengo a una familia. Los cazarrecompensas conversan conmigo, a veces para jactarse, otras porque solo quieren que alguien los escuche.

“Últimamente, KRENOS ha estado poniendo más restricciones para los portales y las vías multidimensionales, me está haciendo imposible realizar mi trabajo”, se escuchó una voz desde la esquina del lugar.

Cada día, mi clientela se queja más del gobierno. KRENOS, la Coalición Regente de Estabilidad, Neutralización y Orden Sistemático, o bueno, nadie sabe de dónde viene la “K”, pero sí saben que ha hecho del comercio interestelar un infierno y con ello ha perdido completamente la confianza de la gente. Con las noticias recientes, el odio ha crecido. Un planeta fue destruido y el gobierno no ha hecho absolutamente nada para encontrar a los responsables.

D'Rekk, uno de mis clientes habituales, un mercenario reptiliano, es uno de los más acérrimos críticos del régimen. Siempre trae historias nuevas, casi todas ilegales y nunca deja de quejarse de KRENOS.

Normalmente su voz rasposa llena la barra con detalles de sus trabajos más recientes. A pesar de su moral cuestionable, me agrada su presencia.

“Cada día es más difícil moverse sin que te rastreen”, gruñe mientras se acomoda en la barra. “A este paso, ni en el agujero más profundo del espacio vamos a estar seguros”.

“Entonces, lo que quieres decir es que nunca vas a dejar de venir aquí”, respondí, sirviéndole una jarra.

D'Rekk sonrió con sus colmillos manchados de licor. “No mientras la cerveza de tinta de calamar siga siendo la mejor en tres sectores”.

Por otro lado, siempre está aquella chica. Yuna es su nombre. No sé mucho sobre ella, pero es intrigante. Siempre parece saber más de lo que dice. Me mira a menudo con ojos expectantes, como si quisiera decirme algo. Pero cuando se acerca, solo es para arrojarme 29.99 créditos de antimateria y pedirme otra jarra de la especialidad de la casa cuando estamos a punto de cerrar.

Después de cerrar, cuando cae la noche, es cuando llegan las visiones. Ya me estoy empezando a hartar. Siguen apareciendo, pero aún no logro descubrir de qué hablan. Ya no solo sueño con la Tierra explotando; ahora sueño con la destrucción masiva de satélites naturales y planetoides en toda la galaxia, solo espero a que acabe la noche para poder volver a servir alcohol.

Una mañana, el sonido de mis manos con la masa de la cerveza siendo golpeada contra la mesa marcaba el ritmo de mi rutina, el aroma agrio del fermentador que estaba utilizando flotaba en el aire. VANN revisaba su arpón de fibra de zarkago, ajustando las puntas filosas con precisión mecánica, cuando de repente, el suelo tembló.

No fue una vibración normal, no como las ocasionales sacudidas de la estación cuando pasaba algún carguero de gran tonelaje. Esto fue diferente. Algo reverberó en la estructura de AJAX, sacudiendo las vigas y haciendo tintinear las botellas alineadas tras la barra. Los vasos comenzaron a deslizarse, algunos cayendo al suelo y estrellándose en pedazos.

Entonces, el sonido llegó: un chirrido agudo, mecánico, casi animal, como si el metal mismo estuviera gimiendo de dolor. Algo pesado rebotó contra el suelo exterior, como si una bestia colosal hubiese descendido con violencia, intentando aferrarse a la estación antes de aterrizar.

Por un instante, el estruendo pareció devorar todo el sonido. Los murmullos se apagaron, la música se cortó, y la vibración recorrió mi estructura interna como un eco lejano. Luego, el temblor cesó tan repentinamente como había comenzado. Solo quedó un silencio tenso y expectante.

La campana de cristal sonó en la puerta.

Todas las miradas se giraron hacia la entrada. Los mercenarios dejaron de hablar, los cazarrecompensas posaron las manos cerca de sus armas, y los pocos viajeros que aún no estaban lo suficientemente ebrios se irguieron con cautela en sus asientos.

En aquel momento apareció.

Una figura envuelta en una túnica gastada, sucia de polvo estelar. Sus botas marcaban un ritmo firme contra el suelo de la cantina. No llevaba armas visibles, pero su presencia irradiaba algo que hizo que cada fibra de mi programación se pusiera en alerta.

Caminó directo hacia la barra. No se molestó en mirar a nadie más. Solo a mí.

—Necesitas escuchar lo que te voy a decir —su voz era baja, controlada, pero había una urgencia oculta en su tono—. Y creo que esto te interesará.

La ficha seguía en la barra, parpadeando con una luz tenue. No la toqué. Algo en mi programación titubeó, como si una secuencia oculta en mi código tratara de activarse, pero no encontraba el camino. Un eco de algo olvidado.

—Radio.

Levanté la vista.

La viajera deslizó los dedos sobre su capucha y la bajó parcialmente. El rostro de Yuna apareció entre las sombras de la tela, pero algo en ella no era el mismo de siempre. Su expresión estaba más tensa, como si cada músculo de su rostro sostuviera un peso invisible. Bajo la túnica gastada, su armadura, ahora cubierta de rasguños y cicatrices de plasma, relucía con un brillo apagado. El borde de su hombrera derecha estaba chamuscado y una grieta en el antebrazo izquierdo dejaba entrever el circuito de su comunicador interno, parpadeando con un rojo opaco. No llevaba su rifle a la vista, lo que me hizo pensar que quería pasar desapercibida.

Se inclinó levemente hacia la barra, bajando la voz.

—Tienes que venir conmigo.

La música seguía sonando en AJAX, pero las conversaciones a nuestro alrededor parecían haberse vuelto más distantes, como si la atmósfera de la cantina supiera que algo importante estaba a punto de suceder.

VANN, que hasta ese momento había estado preparando su equipo de pesca, giró apenas la cabeza. No intervino, pero sus sensores se enfocaron en la escena con una alerta silenciosa.

No respondí de inmediato. En su mirada había urgencia, pero también duda. Como si aún no supiera si debía decirme lo que realmente tenía en mente.

Entonces desplegó un mapa. Un proyector en su guantelete activó una imagen tridimensional del espacio, una maraña de estrellas y nebulosas. Sus dedos se movieron rápido, ajustando coordenadas, hasta detenerse en un punto solitario, aislado.

—Algo cambió después de que aquel planeta explotara —murmuró, asegurándose de que nadie más pudiera escucharla—. Y no creo que haya sido un accidente.

El mapa mostró los restos de un mundo destrozado. Fragmentos flotaban en la inmensidad como huesos de una bestia antigua. Reconocí aquella imagen. No porque hubiera estado ahí, sino porque la había soñado.

Mis dedos se crisparon levemente sobre la barra.

—¿Qué estás buscando, Yuna?

Ella exhaló lentamente, su mandíbula se tensó.

—Buscamos pistas, pistas hacia la verdad ... pero al parecer esta nos encontró primero.

“Buscamos”, no está sola- pensé.

Su voz se volvió más baja, apenas un susurro.

—Todo el mundo ha estado hablando de esto, ¿o me equivoco? He pasado por docenas de sistemas y en cada puerto, en cada taberna, en cada mercado de chatarra, siempre es el mismo rumor: “Un planeta no desaparece solo”.

Me quedé en silencio.

Claro que lo había escuchado. En AJAX, era lo único de lo que se hablaba desde hacía semanas. Cazarrecompensas, transportistas, incluso los mercenarios más curtidos se reunían a intercambiar teorías. La versión

oficial decía que el núcleo del planeta colapsó por un fallo natural. Pero nadie lo creía.

—El gobierno no ha dicho nada útil —continuó Yuna—. KRENOS descarta cualquier posibilidad de ataque, dicen que no hay rastros de armas de destrucción masiva. Y, sin embargo, he oído historias. Historias de naves que desaparecen cuando se acercan demasiado. Exploradores que regresan... cambiados. Algunos no recuerdan nada de lo que vieron, otros simplemente dejan de hablar. Como si... algo les hubiera robado las palabras.

El aire en AJAX se sintió más denso.

—Y lo peor de todo —su voz era apenas un murmullo— es que los informes de tráfico estelar muestran algo imposible.

Se giró para mirarme directo a los ojos.

—Hubo actividad en la órbita del planeta después de que explotara.

Un escalofrío recorrió mis circuitos.

—Eso no tiene sentido.

Yuna tragó saliva.

—Lo sé. Pero lo vi con mis propios ojos. Hay señales de algo moviéndose entre los restos. Algo que no debería estar ahí.

La imagen del mapa cambió. Mostró un escaneo de la zona cero, pero esta vez, sobre los escombros, aparecía una silueta.

—Exploramos el planeta a profundidad... y encontramos una estructura. Una puerta.

La imagen se enfocó. El umbral metálico flotaba entre los escombros, envuelto en un campo de interferencia. No era parte de ninguna ciudad, ni de ninguna nave.

—No se abre con ningún código conocido. No responde a nuestras herramientas, ni a ningún acceso de seguridad registrado. Pero hay algo más...

Sus ojos descendieron lentamente hasta mi torso.

—Hay un mecanismo... uno que reacciona a cierta frecuencia de energía. Una firma específica. Yuna apuntó a él símbolo en mi pecho.

Sentí un cosquilleo recorrer mi cuerpo cuando supe lo que diría a continuación.

—Radio...tú puedes abrirla.

CAPÍTULO DOS

LOS CENTINELAS DE LA AURORA

El ambiente se tornó frío, mi sistema pareció congelarse un instante. El mismo símbolo que siempre había estado ahí, cuya presencia no podía explicar.

—mi voz se quebró con incertidumbre—. ¿Acaso sabes lo que significa este símbolo?

La expresión de Yuna no se inmutó.

—Siempre reconocí esa marca en tu pecho. Desde que era niña, he investigado lo que realmente es STRO, al igual que todos los otros.

Su forma de decirlo, con una mezcla de certeza y temor, me hizo sentir como si estuviera a punto de escuchar algo que cambiaría mi vida.

— Radio, no soy como el resto de la gente que viene aquí. - dijo ella

Se sentó frente a mí, manteniendo la mirada fija en mis ojos.

—Soy una descendiente de la Tierra. —Hizo una breve pausa, como si sopesara el peso de sus palabras—. Soy parte de los Centinelas de la Aurora.

Ese nombre no era nuevo para mí. Lo había escuchado en susurros entre cazarrecompensas y viajeros de los sectores más peligrosos. Historias vagas sobre una sociedad oculta, una rebelión involucrada en guerras, exhumadores de los secretos mejor enterrados del universo, los últimos vástagos del planeta tierra.

Nunca había pensado en ellos como algo real.

—¿Los Centinelas? —repetí con incredulidad—. ¿Me estás diciendo que realmente existen?

Yuna asintió con solemnidad.

—Siempre hemos existido. Solo estábamos... dormidos. Hasta que aquel planeta nos obligó a despertar.

Su tono era grave. No hablaba como alguien que intentara reclutarme, sino como alguien que ha estado luchando contra la marea durante demasiado tiempo.

Tomó el holograma como si fuera tangible y lo giró entre sus dedos.

—Esa explosión... no fue un accidente — se repetía a sí misma con rabia.

—Pero gracias a esa destrucción —prosiguió—, resurgimos. Los Centinelas despertamos de nuevo para detener esto, para descubrir quién está detrás de todo. Porque esta no es la primera vez que sucede... Pensamos que todo había acabado. Tú eres una pieza clave para nosotros.

—¿Qué significa para ti STRO? — le pregunte
Las palabras salieron solas.

Un grupo terrorista - dijo sin dudar un segundo.

—Los Centinelas podemos contarte mucho sobre la historia de ese símbolo, pero hay algo que debes saber

de inmediato. Solo por haberlo encontrado en los restos de aquel planeta... en aquella puerta...

Se inclinó aún más, sus ojos reflejando la luz tenue del bar.

— Ese símbolo es y siempre será una amenaza.

Algo en mi interior sintió una urgencia. Un instinto primitivo empujándome hacia lo desconocido.

Pero también llegó el miedo.

El miedo de perderlo todo.

El miedo de olvidar quién soy.

El miedo de que, si salía de AJAX, nunca encontraría el camino de regreso.

Yuna lo notó.

— Te protegeré — dijo con firmeza — . Yo, y todos los demás.

Su tono no era una súplica. Era una promesa.

Mi mirada vagó por la cantina. Las luces parpadeaban. VANN atendía a algunos clientes y observaba desde la distancia, pero yo sabía que estaba atento.

Fuera de aquí, el universo estaba cambiando. Podía ignorarlo y seguir sirviendo cervezas. O podía tomar la oportunidad, y aceptar lo que siempre había sentido en lo más profundo de mi código.

Que yo estaba destinado a más.

No dije nada. Solo me di la vuelta y caminé hacia la barra. Con movimientos precisos, abrí el sistema manual y serví un vaso de la mezcla azul. Espesa, brillante, con un dejo de neblina que trepaba por el vidrio. La especialidad de la casa. Regresé y la dejé frente a ella. Yuna me miró.

— ¿Por qué la cerveza?

Tomé asiento frente a ella, con calma.

— Porque no se puede empezar nada importante sin un buen trago de tu cerveza favorita.

Ella sonrió. No dijo nada durante un segundo. Luego asintió, casi con respeto.

— Bienvenido a la rebelión.

Una mano se dejó caer sobre el respaldo de la silla de Yuna. Un espectro con porte despreocupado y sonrisa ladeada. D'Rekk apareció como si ya fuera parte de la conversación.

— Yo puedo servirles de ayuda — dijo con tono fanfarrón —. Tengo experiencia reconociendo campos satelitales.

Su voz sonaba relajada, pero sus ojos traicionaban su curiosidad. Nos había estado escuchando.

Yuna reaccionó al instante.

Su blaster apareció en su mano en un parpadeo, el cañón dirigido directo a la cabeza de D'Rekk. No era un arma común; tenía un brillo opalescente en la empuñadura, las aleaciones de un metal extraño que no reconocí al instante.

— ¿Por qué estabas escuchando nuestra conversación? — su voz era firme, sin un atisbo de vacilación —. No eres de confianza. Aléjate ahora o disparo.

D'Rekk levantó las manos, pero su expresión no mostró miedo. Más bien... diversión.

— Oh, vamos, no hay necesidad de violencia. Solo pensé que podrían necesitar a alguien con mis habilidades.

Lo dijo con tanta calma que casi sonó convincente. Pero conocía a D'Rekk. Era un oportunista. Un tramposo. Pero también... un sobreviviente.

— ¡ESPERA! — grité, levantando una mano entre ambos.

Yuna apenas parpadeó, manteniendo el blaster firme.

— Lo conozco — insistí —. Viene a tomar seguido.

D'Rekk arqueó una ceja.

— ¿En serio? ¿Eso es lo mejor que puedes decir de mí?

Lo ignoré y continué:

— Es mi mejor cliente. Es de confianza. Déjalo venir.

Yuna entrecerró los ojos. Examinó a D'Rekk como si estuviera evaluando el peso de su alma.

El silencio se extendió por unos segundos.

Finalmente, bajó el arma, pero su expresión no perdió dureza.

— Una muestra de traición... y juro que rebanaremos tus piernas.

D'Rekk tragó saliva.

Pero en vez de verse intimidado, formó una sonrisa con sus dientes.

— Me encanta el entusiasmo.

Yuna no sonrió.

— Síganme.

D'Rekk y yo intercambiamos una mirada, y luego la seguimos.

Justo cuando estaba a punto de cruzar la puerta, una voz me detuvo en seco.

— ¡No te atrevas a irte, Radio!

Era VANN.

Su tono no era el de una broma.

Me giré y lo vi en la barra, con el ceño fruncido y las manos apoyadas con fuerza sobre la superficie de acero.

— No tienes lo que se requiere para ir allá afuera.

Esperé el insulto de siempre.

Pero en lugar de eso, VANN bajó la mirada

— Si mueres...

Su voz titubeó.

Por un momento, el bar entero pareció contener la respiración.

— Me quedaré solo otra vez.

Sentí un nudo en el pecho.

VANN jamás hablaba así. Su forma de demostrar afecto era con golpes en la espalda o insultos sarcásticos. Nunca con palabras sinceras.

Caminé hacia él.

— Voy a regresar — le aseguré.

VANN no me miró, solo bufó y sacudió la cabeza.

— No te atrevas a morir, maldito.

Luego, forzó una sonrisa.

— Si lo haces, me quedaré con todos tus créditos.

No pude evitar soltar una risa baja.

— Por favor, cuida la cantina en lo que no estoy — le pedí tranquilamente —. Regresaré más pronto de lo que crees.

VANN chasqueó la lengua, pero supe que me estaba deseando suerte a su manera.

Me giré sin decir más y crucé la puerta. Por primera vez en mucho tiempo, di un paso fuera de la cantina.

La sensación me golpeó de inmediato. Ligereza. La gravedad en el exterior era menor, como si la estación flotara al borde de una fractura dimensional. Me sentí más liviano, pero también más vulnerable.

Me quedé quieto, permitiendo que la realidad me envolviera. Había olvidado lo hermoso que era el universo. Las estrellas estaban en su máximo esplendor, un océano de luces parpadeantes que se extendía más allá del horizonte. Algunas eran gigantes azules ardiendo en la distancia; otras, pequeños diamantes incrustados en la negrura infinita. Fauna estelar nadaba entre constelaciones, criaturas de bioluminiscencia azulada que danzaban entre las corrientes gravitacionales. Un grupo de ellas, serpientes cósmicas de colas traslúcidas,

se deslizaba entre los restos de un cometa que pasaba lentamente por la órbita de AJAX.

Pero lo más impresionante...

El tráfico del cielo.

Había cambiado tanto desde la última vez que salí, millones de naves viajaban por las vías dimensionales, corredores de luz intergaláctica que se abrían y cerraban con cada salto hiperespacial. Cargueros colosales se desplazaban con una gravedad propia, mientras cazas veloces se deslizaban entre ellos con precisión quirúrgica. Me sentí pequeño.

D'Rekk se paró a mi lado y soltó un silbido bajo.

—Olvidaste lo grande que es, ¿eh?

No respondí. Solo miré hacia enfrente, donde una nave nos esperaba.

Era vieja. Extremadamente vieja. Su casco estaba marcado por incontables batallas, cicatrices y quemaduras incrustadas en su estructura. Las placas de metal, remendadas con materiales de distintos orígenes, hablaban de reparaciones improvisadas en zonas de guerra. Sus motores vibraban con un zumbido profundo, como el rugido dormido de un leviatán mecánico, pero aún vivía.

Se sentía como un veterano de guerra, una reliquia de una era perdida que aún se negaba a caer. No podía esperar para entrar. La rampa descendió lentamente. De su interior emergió un grupo de figuras imponentes.

Reclutas. Sus túnicas eran de un morado profundo, ondeando con la brisa artificial del puerto. Se movían con disciplina, pero no de forma rígida, sino con la confianza de quienes habían sobrevivido cosas que otros ni siquiera podían imaginar. Cada uno llevaba una espada en el cinturón. No eran armas comunes. Cada hoja tenía un diseño único y majestuoso, algunas



forjadas con filos curvos que reflejaban la luz de las estrellas, otras con grabados ancestrales que resplandecían con un brillo etéreo. Pero lo que más llamaba la atención eran sus pechos.

Medallas. Insignias. Símbolos de victorias y sacrificios. Cada una contaba una historia. Historias de batallas libradas en los rincones más oscuros del universo. Uno de ellos, el que parecía el líder, se detuvo frente a nosotros. Su mirada se posó en mí, no era lo que esperaba.

Alto, de complexión firme, con un cabello oscuro que caía en rizos cerrados, dándole un aspecto anticuado, casi desentónate con el resto de la tripulación. Pero lo más llamativo era la cicatriz que surcaba su frente y parte del cráneo, como un recuerdo permanente de una batalla olvidada.

Sus ojos me recorrieron con indiferencia, evaluándome con frialdad.

—Suban —ordenó con voz áspera.

Los Centinelas de la Aurora nos guiaron hacia el interior de la nave.

El corredor principal estaba reforzado con placas de titanio remachadas, cicatrices de una estructura que había resistido años de conflictos. No era solo una nave de guerra. Había murales pintados a mano en algunas paredes, representaciones de antiguas batallas, héroes caídos y símbolos que no reconocía. Cuadros colgaban en marcos improvisados, algunos mostrando estrellas extinguidas hace milenios, otros retratos de rostros severos, tal vez antiguos comandantes.

Y luego estaban las armas.

Por toda la nave, en compartimentos abiertos o exhibidos como trofeos, había espadas, blásters, lanzas de energía y artefactos cuya función no podía adivinar. Algunas armas parecían tan viejas como la nave

misma, otras eran relucientes, como si nunca hubieran sido usadas en combate.

Nos llevaron hasta la sala principal, donde se concentraban los controles.

Era un espacio amplio, rodeado por paneles holográficos y consolas con indicadores parpadeantes. Los asientos de mando estaban dispuestos en círculo, con una gran ventana panorámica que ofrecía una vista directa del vacío estelar. En el centro, una silla imponente esperaba ocupante.

El capitán entró poco después.

Se dejó caer en el asiento de piloto con la facilidad de quien ha hecho ese movimiento cientos de veces.

El silencio pesaba en la cabina, solo interrumpido por el leve zumbido de los sistemas activándose. Entonces, Yuna entró y, sin decir palabra, tomó su lugar junto a los controles.

Sus dedos danzaron sobre la consola, encendiendo la nave.

Los motores rugieron.

El sonido reverberó a través del casco como un trueno contenido, un latido mecánico que se filtraba al interior. Sentí la vibración en cada fibra de mi cuerpo mientras la nave se desprendía del suelo y comenzaba su ascenso.

D'Rekk, siempre con su expresión de diversión, ajustaba las coordenadas en la navegación. Sus ojos seguían los cálculos proyectados en la pantalla, pero su sonrisa delataba que disfrutaba el momento, como si el peligro estuviera normalizado.

A mi lado, Yuna permanecía en silencio. Su mirada estaba fija en el espacio, como si viera algo más allá de las estrellas. Había tensión en su postura, pero no miedo. Solo determinación.

La cabina se sumió en una quietud incómoda. Nadie hablaba, cada uno atrapado en sus propios pensamientos. No podía soportarlo más.

Respiré hondo y hablé:

— Quiero saber sobre mi símbolo.

Los ojos del capitán se desviaron hacia mí.

Yuna giró levemente el rostro, pero no dijo nada.

D'Rekk soltó una leve risa, como si esperara esa pregunta desde hace rato.

El capitán, con su voz rasposa y paciente, rompió el silencio:

— Bien robot. Es hora de que sepas en qué te has metido.

Los motores de la nave vibraban bajo nuestros pies mientras el espacio se desplegaba frente al cristal de la cabina, proyectando sombras largas en el rostro del capitán.

Se inclinó hacia adelante, fijando su mirada en mí.

— Ese símbolo... — dijo, señalando mi pecho con un gesto seco — . Pensé que nunca volvería a verlo.

No respondí de inmediato. La sensación metálica de su mirada pesaba sobre mí como la gravedad de un agujero negro.

Yuna cruzó los brazos, observando en silencio. D'Rekk, en cambio, parecía entretenido con la tensión en el aire, como si estuviera disfrutando de la historia antes de que siquiera comenzara.

— Ese símbolo marcó el peor día de nuestra raza.

Los Centinelas a nuestro alrededor asintieron en silencio. Un viejo recluta, de piel curtida y con un brazo mecánico, se apoyó en la pared con los brazos cruzados. Su nombre era Karno

— Te lo digo robot. Cuando la Tierra fue destruida por STRO, no hubo ni una maldita advertencia. No

hubo negociaciones, ni tregua —dijo, su voz grave como el eco de una tumba—. Tan solo un “PUFF” y un rugido que silenció toda una civilización en un instante.

La palabra “Tierra” golpeó algo dentro de mí. Mi visión se nubló por un momento.

Los centinelas continuaron hablando, pero sus voces se volvieron distantes, como un eco lejano.

—La historia se perdió en cenizas y vacío —dijo el capitán—. Sin embargo, hubo sobrevivientes.

—Una nave logró escapar —agregó Yuna—. No era un buque de guerra ni un arca de la humanidad. Solo un relicario de lo que una vez fuimos.

—A bordo había soldados, refugiados, científicos, ingenieros —intervino Karno—. Las últimas llamas de un fuego que STRO intentó extinguir.

Mi respiración se volvió más pesada.

Los fragmentos del sueño se mezclaban con sus palabras. Planetas destruidos. Fuegos devorando mundos enteros. Cuerpos flotando en el vacío.

Mis manos temblaron ligeramente.

—... y eso los convirtió en los Centinelas.

La voz de D'Rekk me sacó del trance. Sacudí la cabeza y me obligué a enfocar mi visor en el capitán.

—No aún —respondió él—. Al principio, solo fueron almas perdidas en la galaxia. Errantes. Sobrevivieron en los rincones más lejanos, ocultos, buscando refugios entre los escombros de civilizaciones olvidadas. Pero no se limitaron a huir.

Pero... ¿por qué sentía que los había visto antes?

El capitán me miró fijamente.

—Entendieron, robot. No podían dejar que lo mismo sucediera otra vez.

—Y de ahí nació la rebelión —susurró Yuna.

Karno asintió.

—Se llamaron Los Centinelas de la Aurora.

Intenté mantener la compostura, mis sueños se iban resolviendo poco a poco, entonces pregunté...

—¿Por qué la aurora?

El capitán me estudió por un momento antes de responder.

—Porque en su viaje, encontraron un mundo escondido en las sombras de una nebulosa —explicó—. Un planeta de cielos rojos, donde la luz de un sol carmesí tocaba la superficie. Allí establecieron su primer refugio. Esperaron. Se prepararon.

Yuna sonrió levemente.

—Y cuando la aurora de ese mundo finalmente rompió la larga noche... supieron que era hora de pelear.

Mi sistema seguía registrando alteraciones en mis niveles internos. Algo en esta historia me afectaba más de lo que podía entender.

—La aurora simbolizaba el renacimiento —dijo el capitán—. Ya no eran los sobrevivientes de un planeta muerto. Eran los guardianes de una nueva promesa.

—Pero esos bastardos no se detuvieron! —gruñó Karno—. El tercer planeta cayó.

¿El tercero? ¿Pero dónde quedo el segundo? - Pregunto D'rekk

—Antes del planeta Tierra, esa sucia organización de mierda terminó con otro planeta inocente- respondió Karno

Todo comenzó en el Tercer Mundo, tiempo después de que destruyeran la Tierra —continuó Yuna—. Los Centinelas de aquel entonces mandaron equipos de espionaje para descubrir qué planeaba STRO.

En el tablero de la sala se proyectó una imagen mostrando a un grupo de guerreros con armaduras ligeras moviéndose entre la oscuridad.

Mi pulso interno subió.

—Aprendimos. Esperamos. Para ese momento, yo apenas había nacido, el capitán era mucho más joven que ahora, algunos de los miembros de los centinelas todavía no nos acompañaban. Hasta la Guerra del cuarto mundo...

UNO CUARTO!?- Grité

— —La Guerra del Cuarto Mundo —dijo el capitán, con una expresión sombría—. Fue la última vez que STRO fue derrotado... la última vez que desapareció.—. STRO no envió naves tripuladas ni soldados de carne y hueso. En su lugar, enviaron legiones de máquinas. Robots de guerra. Un ejército sin miedo, sin duda, sin alma.

Hizo una pausa. Sus ojos se fijaron en mí, como si quisiera asegurarse de que estaba entendiendo.

—Cada uno de esos malditos robots llevaba el mismo símbolo que tienes grabado en el pecho.

El silencio en la cabina se volvió aún más espeso.

D'Rekk silbó en voz baja.

—Vaya, Radio. Eso es bastante... incómodo.

Ignoré su comentario. Mi mente procesaba la información demasiado rápido.

—¿Quieres decir que yo...?

—No sabemos qué significa en tu caso —interrumpió Yuna, con su voz firme—. Pero ese símbolo representaba la peor arma de STRO. Máquinas diseñadas para exterminarnos.

El capitán asintió.

—No eran simples soldados. Eran letales. Estratégicos. Como si alguien les hubiera dado un propósito

más allá de la obediencia. No eran solo máquinas de guerra, eran el terror hecho metal. Y, esos símbolos... eran su marca de nacimiento.

Yuna cambió la imagen a la de un planeta en ruinas. Ciudades enteras convertidas en ceniza. Y en medio de todo, miles de figuras resistiendo contra un enemigo que apenas se veía entre el fuego y el humo.

El nombre del Cuarto Mundo era Valdera. Un planeta de mares eternos y archipiélagos flotantes. Pero en las imágenes, Valdera era un infierno de fuego y explosiones. Los Centinelas no pelearon solos. Se aliaron con la resistencia valderiana, con la gente que había soportado la opresión de STRO durante generaciones. Y juntos, pelearon la guerra final.

—No fue solo una batalla —dijo el capitán—. Fue un exterminio.

La imagen de un ejército sin rostro llenó la proyección. Máquinas, soldados, monstruos nacidos del terror de STRO. Pero los Centinelas y la rebelión resistieron.

—Luchamos con todo —susurró Yuna—. La voluntad de cada familia fue llevada al límite. Algunos usaron la materia oscura para corromper las armas de STRO, otros alteraron el sonido para confundir sus sistemas.

El holograma mostró cómo los guerreros de la resistencia usaban sus habilidades para cambiar el curso de la guerra. Gas venenoso que devoraba los escudos de STRO. Gravedad alterada que hacía caer sus naves en el océano de Valdera. Armas forjadas con luz pura que cortaban sus armaduras como papel.

—Al final —dijo el capitán—, los Centinelas, la rebelión y el pueblo valderiano terminaron la guerra juntos.

La última imagen mostró un cielo despejado. STRO no estaba ahí. Simplemente... había desaparecido. No

dejaron rastros. Nadie los volvió a ver. Y entonces, los Centinelas se separaron.

—La guerra terminó —murmuró Yuna—. Y cada uno tomó su propio camino.

Silencio. Luego, el capitán me miró con frialdad.

—Nos volvimos a reunir cuando Tenik explotó.

El Quinto Mundo. Tenik. La explosión de hace apenas unas semanas

—Y ahora, vienes tú. Con ese símbolo.

Me miró a los ojos.

—Tu símbolo está maldito.

El peso del símbolo no podía dejar de mirarlo. El símbolo grabado en mi pecho. Amenaza. Destrucción. Muerte.

Cada palabra era un golpe, un eco de algo que no recordaba, pero que sentía en lo más profundo de mi ser. Mi propio cuerpo era un mensaje de guerra. Mis circuitos, una herencia de los verdugos de la galaxia. ¿Y si no era más que un error? ¿Un arma perdida que, por algún capricho del destino, había olvidado su propósito?

La voz del capitán aún resonaba en mi mente:

“Ese símbolo pertenecía a las máquinas de guerra de STRO.”

Mis manos temblaban. De repente, el mundo a mi alrededor se sentía más pequeño.

Los Centinelas hablaban entre ellos, pero sus voces eran ruido lejano. Mi propia respiración se volvió pesada, como si una fuerza invisible me aplastara el pecho. No podía pensar con claridad. No podía moverme. No podía...

—Radio.

La voz de Yuna cortó a través del caos en mi mente.

Parpadeé. Ella me observaba con una mezcla de paciencia y firmeza, como si supiera exactamente lo que estaba pasando dentro de mi cabeza.

— Ven conmigo — dijo — . Necesito que me acompañes a dar una vuelta.

D'Rekk se enderezó con una sonrisa burlona.

— ¿Y yo qué?

— Tú quédate aquí. — La mirada de Yuna no dejaba espacio para discusión.

D'Rekk rodó los ojos y se dejó caer en un asiento con las manos tras la cabeza.

— Como quieran.

No discutí. No tenía fuerzas para hacerlo.

Seguí a Yuna fuera de la cabina sin decir una palabra.

Los pasillos de la nave tenían un aire algo solemne. La iluminación era tenue, el eco de nuestros pasos era lo único que rompía el silencio.

— Sé que esto es mucho — dijo Yuna, sin girarse hacia mí — . Pero quiero mostrarte algo.

No respondí. No podía.

Llegamos a una sala amplia y oscura. Cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, las luces se encendieron lentamente, revelando lo que había dentro. Armas. Reliquias. Objetos antiguos y desgastados.

— Esta es nuestra historia — dijo Yuna, recorriendo la habitación con la mirada — . Aquí guardamos lo que quedó de aquellos que vinieron antes.

Caminé junto a ella, observando cada objeto. Había lanzas forjadas con metales que no reconocí, guanteletes con mecanismos intrincados, escudos con inscripciones y runas.

Pero lo que más llamó mi atención fue el mural en la pared. Era inmenso. En su superficie estaba tallada

la historia de los Centinelas. Desde la caída de la Tierra hasta la expansión de sus descendientes. Cada escena mostraba a una nueva generación enfrentando la oscuridad con nada más que su voluntad y su ingenio. Los vi en planetas hostiles, sin nada más que sus propias habilidades para sobrevivir. Los vi aprendiendo de su entorno. Adaptándose.

—No teníamos nada —dijo Yuna—. No teníamos recursos, ni ejércitos, ni planetas. Pero teníamos algo más importante: la capacidad de aprender. Señaló un fragmento del mural donde varias figuras parecían dominar diferentes fuerzas de la naturaleza.

—Cada familia de los Centinelas se especializó en algo esencial. Lo llamamos el “Kigen”.

Tocó la piedra con la punta de los dedos.

—Gas. Materia oscura. Luz. Tiempo. Sonido. Gravedad. Roca. Metal. Polvo.

Mi visor captó los detalles. Cada símbolo representaba una de esas fuerzas.

—Se dice que estos elementos son la base de todo lo que existe —continuó Yuna—. Lo necesario para construir un planeta. Un hogar. O algo aún más poderoso.

Giró levemente la cabeza y dio una pequeña risa.

—Tal vez incluso un agujero negro. Era una broma. Pero su voz tenía un tono casi melancólico.

—Esa era nuestra misión original —admitió—. Encontrar la manera de reconstruir lo que perdimos.

El mural mostraba cómo los Centinelas habían pasado de ser constructores de mundos a protectores del universo.

—Pero con el tiempo... —dijo, observando la última escena, donde los Centinelas se dispersaban—. Decidimos que nuestra lucha no era construir algo nuevo.

Era evitar que otros sufrieran lo mismo que nosotros. Se giró hacia mí.

— Esa es nuestra verdadera herencia.

Me llevó a otro mural, uno diferente. Allí estaban los Centinelas de la Aurora. Cada uno portaba un sable único.

— Cada familia tiene su propio símbolo — explicó —. Y cada Centinela hereda una espada con una empuñadura única, ligada a su linaje. Pasó la mano sobre una de las figuras.

— La mía representa la gravedad.

— ¿Gravedad?

Yuna asintió.

— Mi familia siempre se especializó en eso. Desde que era niña, me entrenaron para sentir el peso del universo... para manipularlo. Señaló su espada.

— Y con el tiempo, aprendí a usar tecnología que me ayuda a controlarlo aún más.

Mi mirada se desvió de su espada a la mía. Un arma sin historia. Sin símbolo.

— Yuna... — Mi voz salió más baja de lo que esperaba —. ¿Confías en mí?

Ella me miró fijamente.

— No lo sé.

Sus palabras fueron sinceras. Y eso dolió más de lo que esperaba.

— Tal vez nunca confíe en ti completamente — dijo. Levanté la vista, sorprendido por su honestidad.

— Pero hay algo que sí creo- me miro a los ojos

— Creo que contigo, las cosas pueden cambiar.

Tragué en seco.

— ¿Por qué? - pregunté

—Porque por primera vez en mucho tiempo... — Yuna esbozó una leve sonrisa—. No siento que estemos condenados a vivir bajo la sombra del terrorismo.

Antes de que pudiera decir algo más, la nave comenzó a desacelerar. Sentí un ligero tirón en mi cuerpo, la señal de que estábamos llegando a nuestro destino. Todos en la nave comenzaron a movilizarse.

¡Por este lado! - dijo Yuna

Caminamos apresurados por otra dirección, los caminos se empezaron a ensanchar y mientras nuestros pies tocaban el suelo, luces que salían bruscamente del piso comenzaron a seguir nuestro paso. Tengo que admitir que yo estaba muy desconcentrado, sobre pensando en lo que me acababa de decir. No estaba acostumbrado a que alguien hablara de mí de esa forma. Siempre había sido un simple sobreviviente, alguien que se aferraba a su propia existencia sin un propósito claro. Sentí que mi identidad se comenzaba a formar. Estaba tan alejado del presente que cuando me despaibilé, un cristal inmenso se encontraba enfrente de mí, se extendía como un portal a la inmensidad.

Es tan horrible - dijo Yuna en voz baja

Me acerqué lentamente, casi sin aliento, mientras el reflejo de los monitores de la cabina se difuminaba contra el vacío. Los ojos fijos de Yuna estaban enfocados totalmente en la escena.

El planeta ante nosotros me resultaba tan familiar y ajeno al mismo tiempo. Era colosal, pero no como un mundo debería ser. No era una esfera perfecta suspendida en el espacio, sino un cadáver celestial hecho pedazos. Fragmentos inmensos flotaban a la deriva, algunos aún con destellos de lo que habían sido ciudades, estructuras erosionadas por el tiempo y la guerra. Corrientes de polvo cósmico se deslizaban entre

las grietas de su destrucción, formando un anillo de escombros que giraba lentamente en su órbita. Era un cementerio.

Las luces de la nave parpadearon al acercarnos a nuestra ubicación de aterrizaje. Desde mi lugar en la ventana, vi cómo la nave descendía con precisión hacia una de las enormes plataformas flotantes entre los restos. En el centro de esta estructura se encontraba la puerta, incrustada en el mero suelo ennegrecido. Al ver aquella imagen que me había enseñado Yuna en la cantina había pensado que la puerta se encontraba parada verticalmente, estaba acostada en la tierra, parecía un chiste. Si abríamos la puerta... ni siquiera íbamos a entrar caminando.

—Todos a la salida —ordenó el capitán.

Nos movimos en fila, siguiendo su paso firme. D'Rekk sonreía inquieto, pero incluso él parecía estar tomándose esto más en serio. La energía en el ambiente se había vuelto densa, cargada de algo que no terminaba de entender.

El capitán se detuvo justo en el umbral de la compuerta de la nave y extendió la mano frente a él. Hizo un gesto preciso, moviéndola hacia la derecha y luego hacia abajo, como si estuviera activando algo invisible. Me fijé en su mano, vi algo en su palma.

Una marca, grabada en su piel como si hubiera sido parte de él siempre. Un símbolo, intrincado y antiguo, era como uno de los trazos de aquel mural.

—Las familias voluntarias del polvo... —susurró Yuna a mi lado—. Son de las más poderosas entre los Centinelas.

El polvo, la base de todo lo que existe, la esencia de la creación y la destrucción. - dijo Karno quien venia atrás de nosotros.

No aparté la vista de la marca del capitán mientras la compuerta se abría. Con un silbido mecánico, las escaleras flotantes comenzaron a desplegarse, conectando la nave con la superficie del planeta. No eran escaleras comunes, sino plataformas de luz sólida que se estabilizaban en el aire con precisión.

— El polvo lo forma todo — continuó Yuna —. Técnicamente, pueden moldear lo que deseen... algunas cosas con más esfuerzo que otras. Depende del material.

Observé al capitán mientras él descendía los primeros escalones, sin dudar, sin miedo. Los Centinelas, D'Rekk, Yuna y yo nos preparamos para seguirlo.

CAPÍTULO TRES

ORPHEON VAEL'KORR

El vacío golpeó mi rostro sintético cuando di el primer paso hacia abajo. Antes de continuar con el camino, los de la voluntad del polvo movieron sus manos con precisión. De los pequeños cilindros en sus cinturones, extrajeron un tipo de arena que pareció vibrar y cobrar vida, moldeándose en cuestión de segundos. Antes de que pudiera preguntar qué estaban haciendo, la sustancia se envolvió alrededor de sus bocas y narices, formando una especie de mascarilla traslúcida. Observé fascinado, como todos parecían respirar con normalidad y al mismo tiempo se comunicaban... hasta que me di cuenta de que yo no tenía una mascarilla.

—¿Y yo qué? —pregunté, esperando que alguien me diera una.

Uno de los Centinelas de polvo, un hombre alto y de brazos cruzados, me dedicó una mirada desinteresada.

—No necesitamos malgastar energía en ti —murmuró.

Antes de que pudiera responder, Yuna me dio un pequeño golpe en el brazo y me tendió un dispositivo compacto. Lo tomé y lo coloqué en mi cuello; en cuanto lo activé mi voz interna se conectó directamente al aparato y ahora escuchaba la conversación de los demás.

—Listo, ahora deja de poner esa cara —dijo Yuna

El dispositivo era algo raro y anticuado, sin embargo, muy interesante. Era una imitación de las mascarillas que los demás centinelas llevaban, funcionaban igual. Al voltear a ver a la persona con la que te gustas comunicar, el aparato se conecta directamente con el del otro, haciendo posibles conversaciones en privado o simultaneas.

Eso no fue todo lo que me impresiono...

Al descender por las escaleras flotantes, con el vacío del espacio extendiéndose a nuestro alrededor. Cada paso era una sensación extraña, como si la gravedad fluctuara ligeramente, pronto comprendí que no era coincidencia. Los Centinelas con la voluntad de la gravedad estaban controlando la fuerza de nuestro peso, asegurándose de que cada uno de nuestros pasos fuera firme, evitando que saliéramos flotando por el terreno inestable del planeta destrozado. No necesitaban explicarlo, lo veía en cómo con pequeños gestos de sus dedos ajustaban la densidad del aire y el peso de nuestros cuerpos.

—No dejes que te sorprenda —murmuró Yuna a mi lado. Solo es la manera en la que hemos aprendido a sobrevivir.

Mi mirada se fijó en las figuras que caminaban más adelante. Un grupo se nos unió al pie de las escaleras: la familia de Yuna. Algunas tías, primos lejanos. Había un aire de autoridad en ellos, una presencia que hacía que incluso los demás Centinelas les dieran espacio.

Cuando llegamos abajo el paisaje era desolador: una superficie gris y quebrada, iluminada por la luz distante de una estrella agonizante. La rebelión se desplegó con precisión, abriendo el camino entre el polvo estancado por siglos. Uno de los primos de Yuna, más alto que yo y con una expresión severa, se acercó mientras avanzábamos. Se detuvo a mi lado y, sin dejar de caminar, alzó la voz.

— Así que tú eres Radio — dijo riéndose

No respondí. Solo lo miré, tenso.

— Mis tíos murieron en la guerra del Cuarto Mundo. ¿Sabías eso? — preguntó, aunque no esperaba una respuesta —. Eran los padres de Yuna.

Sentí un peso en el pecho.

— Escucha bien inútil... si tocas a Yuna, o a cualquiera de nosotros... — Se inclinó un poco más, con los dientes apretados y la voz baja como una amenaza —. Te voy a desarmar parte por parte hasta que no quede ni una sola placa de tu armadura.

Abrí la boca para responder, pero Yuna intervino antes de que pudiera hacerlo.

— Ya déjalo en paz, Voak — dijo con firmeza. Luego, se giró hacia mí y me dijo calmada —. Tranquilo, Radio. Solo está jugando contigo.

Voak soltó un resoplido y se alejó, pero su advertencia quedó flotando en el aire. No sabía si en verdad estaba “jugando”. Algo me decía que, de ser necesario, cumpliría su amenaza sin dudar.

Continuamos avanzando, con las grietas del planeta expandiéndose en todas direcciones. Fragmentos colosales de tierra flotaban a nuestro alrededor, ruinas de lo que fue un país o un hogar alguna vez. Entre los Centinelas que nos rodeaban, noté que algunos intercambiaban miradas, estudiándome con desconfianza.

Alguien se acercó a mí. Un hombre de complexión fuerte, con una armadura marcada con el símbolo de la luz, se puso a mi lado. Tenía un rostro serio y ojos penetrantes. No necesitó decir nada para que entendiera que no estaba contento con mi presencia.

Caminamos un poco más hasta que finalmente llegamos a la puerta. Era una estructura imponente, incrustada en la superficie del planeta, con símbolos extraños grabados en su marco. El capitán se detuvo frente a ella y, sin molestarse en disimular su desdén, me ordenó

— Ábrela

¿Sentí el impacto de la palabra, tanto me odiaban? ¿De verdad sirvo para algo aquí? Me pregunté mientras me acerqué con cautela. La puerta estaba en el suelo, cubierta de una gruesa capa de polvo y escombros. En la parte de abajo de la puerta visualice un sensor del tamaño de una mano. Me arrodillé y extendí el brazo hacia un pequeño panel en su superficie. Mis dedos tocaron el sensor por unos cuantos segundos. Nada ocurrió.

— ¿Qué estás esperando? —gruñó el capitán.

Mi respiración se volvió errática. Sentía un nudo en la garganta y una presión insoportable en el pecho. Cada segundo que pasaba sin que la puerta reaccionara hacía que mi vergüenza creciera como una sombra envolviéndome por completo.

Todo había sido un error. Yo no era especial. No había ninguna conexión entre esa puerta y yo, ningún lazo invisible que justificara la confianza que los Centinelas habían puesto en mí. Ni siquiera sabía por qué me habían traído aquí en primer lugar. La absurda idea de que yo, un simple cantinero con un pasado bo-

roso, pudiera ser la clave para acabar con la opresión del terrorismo era ridícula.

El sudor frío recorrió mi espalda. Sentía las miradas de todos clavadas en mí, juzgándome en silencio. El capitán cruzó los brazos y soltó un suspiro impaciente, como si ya supiera que esto pasaría.

Bajé la cabeza y cerré los ojos. El estrés me carcomía desde adentro. Lo único que podía pensar era en lo tonto que había sido por siquiera tener esperanza. Había creído que este viaje me daría respuestas, pero lo único que estaba logrando era hacer el ridículo.

Ya podía imaginarme volviendo a la cantina, con la mirada baja y la cabeza llena de dudas. Volver a servir tragos a tipos que apenas recordaban mi nombre. Volver a ser un fracasado sin descubrir ni una pizca de mi pasado.

Un cosquilleo recorrió mi espalda y subió por mi cuello. Al principio, lo ignoré, pensando que era parte de la ansiedad que me estaba ahogando. Pero se volvió más intenso, como un pequeño chispazo de electricidad en mi interior.

Abrí los ojos justo a tiempo para ver cómo mi antena, esa que siempre había sido un simple adorno sin función aparente, se encendía con un fulgor rojo intenso. Sentí un calor eléctrico expandirse desde mi cabeza hasta mis dedos, como si algo dentro de mí finalmente se hubiera activado.

Sin previo aviso, la puerta reaccionó.

Un zumbido grave resonó en el aire y un escalofrío me recorrió la columna. La estructura entera comenzó a temblar, como si hubiera despertado de un sueño milenario. Sentí la vibración bajo mis rodillas y aparté la mano con un respingo, pero la reacción ya estaba en marcha.

Los símbolos grabados en la superficie de la puerta brillaron con un resplandor etéreo, encendiéndose uno por uno en un patrón desconocido. Primero, un destello azul, luego otro dorado, después un sinfín de luces que serpenteaban como venas energéticas a lo largo del metal. El aire vibró a nuestro alrededor con una carga eléctrica tan densa que erizó mi piel.

— ¡Atrás! — gritó Karno, pero ya era demasiado tarde.

Con un fragor metálico, la puerta se abrió de golpe. Un crujido desgarrador atravesó el suelo, como si los cimientos mismos del planeta se estuvieran resquebrajando. Antes de que pudiera reaccionar, sentí el peso de mi cuerpo desaparecer de repente.

El suelo se desmoronó.

Caímos.

El aire se escapó de mis pulmones mientras la oscuridad nos tragaba. Fragmentos de escombros giraban caóticamente a nuestro alrededor, reflejando destellos de luz mientras descendíamos por un abismo insondable. Gritos y órdenes se mezclaban en el caos. Vi sombras de los Centinelas intentando recuperar el control, algunos usando su voluntad de la gravedad para estabilizarse, otros extendiendo sus manos para agarrarse de algo.

Yo traté de hacer lo mismo. Extendí mis brazos, intenté alcanzar una de las placas flotantes de metal, pero mientras caía sentí un tirón en el pecho.

Una fuerza invisible se aferró a mí, impidiéndome siquiera moverme. Mi caída se detuvo de la nada, pero en lugar de sentir alivio, una sensación de alarma se disparó en mi mente.

Miré hacia arriba justo a tiempo para ver a una de las tías de Yuna, con el ceño fruncido y las manos extendidas en un gesto preciso.

Manipulaba la gravedad.

Y lo estaba haciendo a propósito en mi contra.

Mi cuerpo se paralizó en el aire mientras los demás seguían cayendo. Por un instante, creí que simplemente me iba a dejar suspendido ahí, indefenso, hasta que entendí la verdad.

Ella no planeaba salvarme.

Me soltó.

El tirón se esfumó de golpe y el vacío me reclamó con furia. Sentí el vértigo en el estómago, la sensación aterradora de no tener control sobre mi propio destino. Caí más rápido que todos los demás, como si el mismo abismo me estuviera llamando hacia su núcleo.

El resplandor de la puerta quedó atrás y todo a mi alrededor se convirtió en sombras. Lo último que vi antes de que la negrura me envolviera fue la mirada impasible de aquella mujer... y la silueta de Yuna girando hacia mí...

Apenas pude despertar cuando un daño punzante atravesaba mi cabeza. Mi cuerpo estaba desplomado pesadamente contra el suelo, las piezas de metal que habían caído conmigo ahora dispersas a mi alrededor. Me empecé a regenerar como de costumbre, pero de manera más lenta a lo habitual, la sustancia metálica de mi cuerpo se tardaba en curarme. La niebla de la desorientación me envolvía, pero algo más estaba mal. Sentí un zumbido eléctrico en el pecho, un calambre que recorrió mi motor.

—No... no ahora... intenté gritar, pero mi voz no pasó del susurro. El sistema de voces estaba fallando.

Meforcé a levantarme, mi cuerpo temblaba con la incertidumbre de los sistemas defectuosos. *Por favor, que no sea grave...* me repetía mientras trataba de centrar mi visión en lo que me rodeaba. Algo chisporro-

teaba en mi interior, y el suelo bajo mis pies no era firme. Mis manos se apoyaron en el suelo, sintiendo la vibración de cada grieta que recorría el terreno. Intenté calmarme, una oleada de ruido eléctrico me recorrió de nuevo, como una tormenta en mis entrañas. Un corto circuito.

La visión se me nubló. Los colores comenzaron a distorsionarse, y mi cuerpo parecía desestabilizarse por momentos, como si la gravedad ya no tuviera sentido. La compuerta del pecho no respondía. Los sistemas estaban fallando y mi corazón, palpitaba desordenado.

Y como si de una película distorsionada se tratara, escuché las voces a lo lejos.

— ¡Radio, ¿estás bien?! La voz de Yuna llegó primero, aunque con tono de incomodidad. Los Centinelas estaban alrededor, observando el lugar con una mezcla de ansiedad y curiosidad.

El ruido metálico se hizo más fuerte, y a través de los ecos del lugar, logré verlos. Los Centinelas ya se habían acercado a un área más alejada de la caída. En el centro, algo estaba enterrado entre las ruinas. Un brazo monumental. Una extremidad robótica. Estaba construido con un metal que parecía fundido en un único bloque, sin costuras visibles. Tenía una textura rugosa, casi como si hubiera sido creado a partir de antiguos fragmentos de alguna civilización olvidada, pero a la vez, su presencia era moderna, tecnológica, completamente ajena a cualquier cosa que pudiera haber conocido. La piel metálica brillaba con un tono grisáceo, opaco, y algunas partes estaban cubiertas de marcas, como si hubieran sido sometidas a un largo período de desgaste.

Lo más impresionante, sin embargo, no era su tamaño descomunal, ni su estructura casi perfecta. Lo

que me heló la sangre fue el símbolo que se encontraba grabado en su superficie, justo en el centro del antebrazo. Era el mismo símbolo que llevaba yo, exactamente igual. Un diseño intrincado, con líneas y curvas que formaban un patrón abstracto, pero que al mismo tiempo irradiaba poder. No era algo accidental; estaba colocado allí con la intención de hacer una declaración.

Mis sistemas se estabilizaron lo suficiente como para que pudiera caminar, aunque de forma tambaleante. Un paso tras otro, me acerqué con la sensación de que no había tiempo para perder. La curiosidad me invadió, pero el dolor me mantenía alerta. Algo en mi interior gritaba, *es aquí*.

Voak fue el primero en hablar, irónico y desconcertado. — ¿Eso es... todo? dijo, mirando el brazo enorme con desdén, como si no entendiera la magnitud de lo que había ante él. — Una pieza rota de metal. No hay nada más aquí.

Algo no encajaba. Mi pecho comenzó a zumbir más fuerte, una señal que los demás no parecían notar. No me interesaba lo que Voak pensaba.

— No es... solo eso. Mi voz salió con dificultad, distorsionada y apagada. ¡Hay algo más!

A medida que me acerqué al brazo, algo se movió dentro de las ruinas, como si una fuerza invisible se activara. Un retumbar sordo recorrió el suelo, una vibración suave, casi imperceptible, recorrió la estructura del brazo, como si el metal tuviera vida propia. La sensación fue como un susurro, como si alguien hubiera dado una orden desde muy lejos.

Mis ojos se agrandaron.

— ¿Qué es esto? La pregunta era casi un susurro entre los Centinelas, todos observando con cautela.

La mano del brazo estaba ligeramente abierta, con los dedos extendidos. Una pequeña compuerta apareció en la palma, deslizándose hacia un lado con un rechinado que resonó en el aire vacío. La abertura era lo suficientemente grande para que mi brazo pudiera entrar en ella, y en el interior brilló un destello de luz.

Un láser salió disparado con una velocidad aterradora.

¡No!

Mi mente gritó, pero mi cuerpo no respondió. Me quedé congelado, incapaz de moverme mientras un calor abrasador se clavaba en mi pecho. Una línea ardiente recorrió la superficie de mi tapa metálica, como si estuviera siendo esculpida desde adentro. El láser avanzó con precisión quirúrgica, trazando surcos invisibles que solo yo podía sentir.

No dolía, no como una quemadura real... pero había algo. Una sensación extraña me invadió, como si algo en mi interior despertara. Una conexión que había estado dormida durante toda mi existencia se activó con brutalidad.

El haz de luz terminó su trabajo. Tropecé hacia atrás, jadeando, mi pecho subiendo y bajando como si realmente necesitara aire. Mi mano temblorosa se posó sobre mi tapa metálica. La superficie se sentía caliente al tacto, vibrante, como si aún estuviera reaccionando.

Entonces lo vi.

Coordenadas. Símbolos que no entendía, pero que mi sistema procesó al instante. Un mapa oculto, enterrado en mí todo este tiempo, ahora visible. Mi respiración errática se convirtió en un silencio absoluto.

Aquello no era una simple marca.

Era un camino. Una clave.

—¡Radio! ¿Qué está pasando? La voz de Yuna. Su tono urgente penetró mis sentidos. Pero mi mente estaba centrada en el brillo ante mí.

Me sentí vulnerable, mi cuerpo casi a punto de colapsar, pero esa visión... esa señal... me estaba empujando hacia algo mucho más grande. ¿Qué significaba? ¿Y por qué yo?

Un mareo me envolvió de golpe. La gravedad pareció desvanecerse, mi visión se volvió borrosa y el sonido a mi alrededor se apagó como si alguien hubiera bajado el volumen del universo. El suelo bajo mis pies desapareció.

Y caí.

Pero no en la oscuridad del planeta fracturado. No en el vacío del presente.

Caí en otro lugar.

Los colores se disolvieron, los contornos se desvanecieron, y cuando abrí los ojos de nuevo, me encontré en un pasillo blanco, perfectamente iluminado, que parecía extenderse hasta el infinito. Las paredes lisas reflejaban la luz con una suavidad artificial, impoluta. No había grietas, ni polvo, ni ruinas. Todo era impecable, frío y ordenado.

Mis pasos resonaron suavemente en el suelo. Había una simetría inquietante en todo aquello, como si cada detalle hubiera sido diseñado con una precisión absoluta.

Pero lo más extraño era cómo me sentía.

Ligero.

Casi como si flotara, un lugar donde la gravedad artificial me envolvía con naturalidad, manteniéndome estable, sin esfuerzo.

Ahí las escuché.

Las voces.

Cálidas, humanas.

Murmullos de conversaciones. El eco de risas distantes. Fragmentos de palabras que no alcanzaba a distinguir del todo. Eran voces reales, vivas...

Eran tripulación. Y lo supe al instante.

No era un recuerdo cualquiera. Era un fragmento de algo que alguna vez conocí.

El aire era fresco y limpio, sin rastros de metal quemado o la aspereza de un ambiente controlado en decadencia.

Por un instante, sentí algo que no había experimentado en toda mi existencia consciente. Pertenencia.

No era un paria. No era un error. Era parte de algo real.

“Capitán Radekk, la STRO-7 está lista para zarpar,” dijo una voz familiar.

Me giré hacia la figura que hablaba. Un joven, con un parche que llevaba el nombre P. Husk Syvran.

El nombre resonó en mi mente como un trueno. *Syvran*. ¿Qué hacía él aquí? ¿Por qué lo reconocía?

La verdad me golpeó de repente, como una tormenta. *Capitán Radekk*. Yo no era un droide. No. Era humano. El líder de una expedición. Había sido el capitán de la STRO-7, una nave colonizadora. ¿Pero cuál era mi propósito? ¿Qué estaba buscando antes de que el accidente lo cambiara todo?

Un temblor recorrió mi pecho mientras mi mente luchaba con la revelación. ¡Yo fui humano! No solo fui parte de STRO. Fui su líder. Antes de... antes de todo esto.

La visión se distorsionó. Las alarmas comenzaron a sonar, una vibración constante sacudía la nave, haciendo que las luces parpadearan con cada impacto. Fuego. Desesperación. Los rostros de la tripulación reflejaban el caos mientras la nave, la STRO-7, se partía en pedazos.

Estaba viendo el fin de todo. El colapso de la nave. La fragmentación del casco.

¡Impacto! Algo me atravesó el pecho, y todo a mi alrededor se desintegró en una bola de fuego.

Floté en el vacío, mi cuerpo deshecho. Mi cuerpo humano... destruido. Lo vi todo. Partes de mi hígado y pulmones flotando en la negrura del espacio. Mis piernas, mi torso... todos desintegrados, flotando como escombros. Me sentí muerto, como si ya no fuera nada.

“Puedo preservar tu conciencia. No todo está perdido.”

Unas manos, gigantescas y frías, me rodearon. Me alzaron del vacío. Eran brazos de metal, uno de ellos exactamente el mismo brazo de donde había salido aquel láser, eran enormes, casi como los de un titán. Tomaron lo que quedaba de mí, mis fragmentos flotantes, y comenzaron a reconstruirme, pieza por pieza.

El proceso fue... doloroso, más allá de lo que una mente humana podría soportar. Las manos me transformaron. Me convirtieron en lo que soy ahora.

La visión se desvaneció y regresé al presente, de nuevo en el abismo de ruinas. Mi respiración era irregular, entrecortada. Miré a mi alrededor, y me di cuenta de que todos los Centinelas estaban quietos, observando la compuerta que se había abierto frente a mí, incrédulos, buscando respuestas en el brazo gigante.

Yuna fue la primera en acercarse, con los ojos fijos en las coordenadas grabadas en mi pecho. —¿Radio? ¿Qué sucedió? ¡¿ACASO ESO ES...?!

Un mapa- dije antes de que Yuna pudiera terminar la pregunta.

—Yo... yo formaba parte de STRO. La verdad se desbordó de mis labios, sin pensarlo.

Mis palabras flotaron en el aire, pero el peso de la revelación se sintió en cada uno de los que me rodeaban. Había sido humano, pero ahora era algo más. Algo que ni yo mismo comprendía por completo.

A lo lejos, comenzó a retumbar el sonido de pasos pesados. Era el capitán, su ira palpable en cada paso. Desde lo lejos, su voz retumbó, llena de rabia.

—¡TÚ! —gritó, su tono acusador.

Con cada paso que daba, el suelo hacia pequeñas grietas. En su mano, el polvo se recogió rápidamente, formándose en una daga, cuya punta comenzó a tornarse de un color azul brillante, una energía vibrante que se reflejaba en el metal de mi cuerpo. Sabía lo que venía.

En un parpadeo, se acercó con una velocidad aterradora. La daga brilló, y la acercó a mi cuello. El filo rozó mi piel de metal, y sentí cómo la temperatura de mi cuerpo aumentaba, como si estuviera a punto de derretirme.

—Sabía que algo en ti no cuadraba... —murmuró con una rabia contenida, como si las palabras le costaran.

—Ahora lo entiendo... Si eres uno de ellos. Un traidor. Un exmiembro de la STRO.

La daga se presionaba contra mi cuello, cada vez más cerca de mi piel metálica, como si todo estuviera a punto de desmoronarse. Sentía la tensión en el aire, la sensación de que algo iba a ceder, como un hilo a punto de romperse. ¿Qué era yo? Mi memoria seguía siendo un laberinto, cada pieza encajando de una forma confusa, pero aquella palabra, STRO, me helaba la sangre. El capitán tenía razón. Había sido parte de ellos, pero... ¿qué quedaba de eso? ¿Qué quedaba de mí?

La temperatura en mi cuello seguía aumentando.

Mi aparato de comunicación comenzó a fundirse, el calor derritiendo sus circuitos con un siseo bajo. Chispas comenzaron a saltar, y las voces que antes resonaban con claridad se distorsionaron hasta convertirse en algo borroso.

La daga se hundía más.

El metal frío se convertía en una amenaza. Sentí cómo la presión en mi cuello alcanzaba su punto crítico. No podía respirar, no porque me faltara el oxígeno — en este lugar no lo había —, sino porque cada fibra de mi cuerpo estaba al borde del colapso.

Justo cuando creí que el final estaba cerca, un estruendo sacudió la estructura.

El impacto se propagó a través del metal y de mi propio cuerpo, una onda expansiva silenciosa que me atravesó como una corriente eléctrica.

Un sonido imposible en el vacío, pero que vibraba en la estructura misma, en la materia, en los fragmentos de ruina que flotaban a nuestro alrededor. Un crujido profundo, como si algo colosal despertara desde las entrañas del planeta. No podía verlo, pero mi sistema interno registró la sutil alteración en la presión gravitatoria. Algo se movía. Algo venía.

La sombra de la daga titiló cuando una nube de polvo y fragmentos metálicos se expandió en la lejanía. Entre las siluetas difusas, una figura emergió.

No caminó. No corrió. Simplemente apareció, como si siempre hubiera estado allí, esperando el momento exacto para revelarse.

Su presencia era un filo invisible en el ambiente.

Su capa desgastada flotaba levemente con el movimiento, marcada con cicatrices de combate, quemaduras de plasma, historia impresa en cada pliegue. Un símbolo sin voz.

En su cabeza, un sombrero oscuro proyectaba una sombra sobre su rostro, con una pluma oscura doblada en su ala y una carta, el as de espadas, encajada en el borde.

Lo vi alzarse, su rostro oculto tras una burbuja verde que resplandecía con una luz ominosa. Dentro de ella, sólo había un cráneo, vacío, y aunque sus ojos no estaban podía sentir su mirada penetrante. No necesitaba más para entender que no era cualquier ser.

“¡¡¡Orpheon Vael’korr!!!”

Los Centinelas comenzaron a gritar su nombre, como si la aparición de este no fuera una sorpresa, sino una llamada a la desesperación. No era un desconocido para ellos. No era la primera vez que se cruzaban.

La voz que brotó de su garganta era gélida, como el hielo cortando el aire.

—Es un placer conocer al último error de la STRO.
—su tono era frío, mortal—. Lástima que no vivirás para recordarlo.

Mis motores se sobrecargaron. Había algo en sus palabras, algo en su presencia que me helaba por dentro. ¿Quién era este hombre? El sudor, aunque no lo tuviera, habría empapado mi frente. No podía escapar, no podía evitar lo que venía.

Sin previo aviso, el latigazo llegó.

Un destello azul atravesó el lugar a una velocidad imposible. No tuve tiempo de reaccionar. El látigo de Orpheon cortó el vacío y en un abrir y cerrar de ojos, me arrancó el pecho.

El dolor fue insoportable. No un dolor físico. Fue algo más profundo, algo que se incrustó en mis recuerdos, en mis circuitos, en mi esencia. Sentí cómo mi cuerpo se tambaleaba y caía hacia atrás, mi torso desmembrado. La sangre de mi cuerpo, si es que podía

llamarse sangre se derramó en forma de líquido negro, chisporroteando en el suelo mientras caía.

Apenas podía mantenerme en pie, pero la necesidad de sobrevivir me impulsaba a luchar, a seguir. Los Centinelas de la Aurora estaban cubriendo mi retaguardia, disparando desde sus posiciones mientras trataban de bloquear a Orpheon. Sus ataques eran una mezcla de sus voluntades. Pero nada parecía afectarlo.

Cada vez que un Centinela disparaba, o atacaba con su sable, Orpheon lo esquivaba con facilidad, como si se moviera en una dimensión completamente diferente, y luego, con un simple gesto de su mano, hacía desaparecer las sombras que le rodeaban.

Uno de los Centinelas, un joven con armadura de partículas, intentó atacarlo con un rayo de luz pura, pero Orpheon simplemente extendió su brazo, la intensidad de su látigo corto al joven por la mitad, desintegrando al Centinela al instante. El cadáver de luz se disolvió, esparciendo partículas brillantes al viento, dejando tras de sí solo silencio.

—Son una pérdida de tiempo —dijo Orpheon, mirando despectivamente a los que aún quedaban de pie.

Otro Centinela, esta vez un experto en manipulación de gases, lanzó una corriente densa de vapor de gravedad controlada, creando un campo que atrapaba a Orpheon, pero él apenas parpadeó. Con un movimiento de su mano, el campo se colapsó en un agujero de gravedad, desintegrando el gas y lanzando al Centinela hacia las rocas.

Una vez más, Orpheon se volvió hacia mí. Vi cómo su cráneo, me observaba fijamente. La firmeza de su mirada me heló. Sin decir palabra, una burbuja de ácido comenzó a formarse a nuestro alrededor. No era una burbuja cualquiera, era un campo de contención,



hecho para que ningún Centinela pudiera acercarse. La radiación que emanaba de ella era tan densa, tan impenetrable, que los Centinelas dejaron de atacar, observando impotentes cómo la barrera se sellaba completamente.

¡¡RADIO!!- El grito de preocupación de Yuna fue tan fuerte que no lo escuche borroso.

Orpheon me miró fijamente, la burbuja girando a su alrededor, y luego, con calma, se preparó para atacar de nuevo.

Sin embargo, yo no podía ceder ahora. Mi cuerpo casi destruido, no sé cómo seguía resistiendo. Mis extremidades reaccionaron por instinto. Mi cuerpo se levantó, aún sin saber cómo, pero tenía que luchar, tenía que defenderme. Algo dentro de mí se encendió. Algo que me decía que no podía morir aquí, que debía seguir, por alguna razón.

Con movimientos rápidos, esquivé otro latigazo, pero Orpheon no se detenía. Cada golpe, cada ataque, cada movimiento suyo era preciso y brutal. Su poder verde fluorescente se descargaba como un martillo, cada golpe chocando con mi cuerpo destruía la conexión de mis cables.

Su risa fría retumbaba mientras él hablaba.

—No puedes escapar de lo que eres, capitán Radekk. —el desprecio estaba en cada palabra, en cada risotada que dejaba escapar mientras bloqueaba uno de mis golpes y contraatacaba.

Mi agilidad me permitió esquivarlo, pero era cuestión de tiempo antes de que el látigo volviera a golpearme. Era más fuerte que yo. Más rápido. Y estaba disfrutando cada momento de este juego macabro. Me

sentía cada vez más débil, cada vez más cerca de ser derrotado.

Me lancé, mi puño se comenzó a regenerar mientras se estiraba y se hacía más fuerte gracias a la sustancia de mi cuerpo.

¡Impresionante! - Exclamó Orpheon

Aunque mis movimientos fueran imprecisos. Orpheon los bloqueó con facilidad, y destreza. Me lanzó al suelo con un brutal puñetazo. Mi cabeza se había abollado, ya no faltaba mucho para que fuera aplastado por completo. Tenía que hacer algo, o de otra manera iba a morir.

Orpheon se preparaba para volver a golpearme, su figura se alzaba con la misma frialdad que antes, esa aura de superioridad que siempre lo rodeaba. Vi cómo su brazo se tensaba, el calor verde azulado de su látigo brillando con una intensidad casi cegadora. Su ataque iba a ser letal, lo sabía. Mi cuerpo entero estaba fuera de lugar, pero algo dentro de mí se desató en el instante justo antes de que el látigo cayera.

La adrenalina me invadió. Sin pensarlo, extendí mi brazo hacia el látigo, lo sujeté con todas mis fuerzas, incluso cuando el metal de mi brazo se calentaba, se derretía. Mi piel se quemaba, mi estructura metálica se desintegraba poco a poco, pero no importaba. No podía dejar que Orpheon me derrotara así de fácil.

Lo sostuve. El látigo vibraba con una potencia brutal, y aunque mi brazo estaba a punto de colapsar, logré jalarlo hacia mí con toda la fuerza que me quedaba. Sorprendido, Orpheon intentó liberarse, pero fue demasiado tarde. Con una patada voladora, mi pierna encontró su objetivo, empujando a Orpheon hacia atrás, lo suficientemente lejos como para que su látigo se soltase y cayera al suelo.

Pronto, la burbuja que había creado comenzó a desvanecerse rápidamente. Mi pecho cayó con un sonido metálico, rodando entre las rocas. Estaba al borde de la desconexión. Con una última reserva de energía, me arrastré hacia el suelo, sujetando mi pecho en mis manos. Estaba a punto de desintegrarme por completo, pero aún podía sentir algo, una chispa de humanidad en mi interior.

La batalla había terminado. El sonido de mis propias respiraciones erráticas era lo único que escuchaba, y el sufrimiento era tan fuerte que no podía distinguirlo de mi ser. Pero lo que importaba en ese momento era que mi pecho estaba de vuelta. Entre mis brazos, lo sostenía como si fuera lo único que me quedaba. Era lo único que me quedaba.

Los Centinelas de la Aurora, a pesar de la feroz lucha que habían presenciado, parecían sorprendidos. Habían visto algo casi imposible, me había enfrentado a Orpheon y, por un momento, lo había detenido. Algunos me miraban con asombro, sin palabras, mientras otros trataban de restablecer el orden en medio de la destrucción. Aun así, el brillo de admiración era palpable en sus miradas. Radio, el que había sido creado para ser solo un arma, ahora parecía más humano que nunca ante ellos.

Pero la verdad era cruel. Mi cuerpo no resistiría mucho más.

El dolor recorría cada parte de mí, cada fibra de metal y carne. Estaba a punto de caer. El pecho que tanto había deseado me quemaba; era como si el mismo fuego de mi ser me estuviera consumiendo. Lo apretaba entre mis brazos, pero sabía que no había mucho tiempo. El vacío se tragaba mi conciencia poco a poco.

Orpheon ya no estaba. Desapareció en la oscuridad, como una sombra que se disolvía ante la luz. La rabia que sentí por él ya no existía, solo quedaba un espacio vacío, frío, marcado por su presencia, pero ya sin su peso.

De repente, algo cambió en mí. La voz se me escapó, se desvaneció junto con el resto de mi humanidad. Intenté hablar, intentar decir algo, pero no salió nada. Solo quedaba un vacío en mi garganta, mi respiración era cada vez más superficial, y los Centinelas se acercaban.

Yuna, sin embargo, fue la que más se preocupó. Su rostro, siempre confiado y audaz, ahora reflejaba una preocupación sincera. Sus ojos se llenaron de angustia, y su tono de voz, normalmente firme, sonó fragmentada cuando se inclinó hacia mí.

—No te preocupes, Radio, te vamos a salvar. No vas a morir aquí, no ahora... —dijo, con esa determinación que solo ella parecía tener en momentos de desesperación.

No podía responderle. Solo podía mirarla, sintiendo cómo todo se desvanecía lentamente. ¿Por qué había sobrevivido tanto tiempo? ¿Por qué, cuando todo parecía que iba a terminar, algo seguía atándome a la vida?

D'rekk se acercó rápidamente, casi sin saber qué hacer, pero con la misma urgencia que Yuna. El Capitán, desde lejos, había observado la escena, su rostro endurecido por el caos, pero algo en sus ojos también mostraba un atisbo de respeto por lo que había logrado. No lo esperaba.

—¡Retirada! ¡Ahora! —gritó el Capitán. La orden fue rápida y clara. No había tiempo que perder.

Con gran esfuerzo, Yuna y D'rekk me levantaron. Mi cuerpo colapsaba, mis piernas apenas respondían,

pero, aun así, trataban de arrastrarme hacia la nave. Los Centinelas se movieron rápidamente para asegurar el perímetro, cubriéndonos mientras retrocedíamos hacia el interior de la nave.

Una vez dentro, Yuna me acostó en una de las camillas. Sus manos temblaban mientras intentaba estabilizarme. D'rekk, en lugar de alejarse, permaneció cerca, con los brazos cruzados y una expresión tensa. Su mirada oscilaba entre mi cuerpo debilitado y la desesperación de Yuna. No estaba seguro de si debía intervenir.

El Capitán se apresuró a preparar el despegue, pero para mí, todo se sentía lejano.

El dolor me consumía. Apenas podía moverme, apenas podía sentir.

Pero lo que sí podía ver... era a Yuna.

Su rostro estaba pálido, su respiración errática. No dejaba de presionarme el pecho, como si pudiera detener la energía que se escapaba de mí.

Con lo poco que me quedaba, alcé mi mano temblorosa y la llevé hasta mi pecho. Golpeé suavemente el metal, un gesto débil, casi imperceptible.

Yuna frunció el ceño, confundida.

—¿Tu pecho...? —preguntó con voz quebrada. Su mirada se llenó de angustia cuando me vio tocar el punto exacto donde la energía fluctuaba.

Mi visión se volvía borrosa, pero, aun así, insistí.

—No... Radio... —Yuna negó con la cabeza, su voz ahogada en desesperación—. ¿Quieres saber a dónde nos llevará? ¡No! ¡Eso puede esperar!

Tomó mis manos, aferrándose a ellas con fuerza.

—Tenemos que repararte antes —continuó—. Te prometo que vas a salir vivo de esto.

No podía hablar, pero ella sabía que yo no iba a cambiar de opinión.

Con un último esfuerzo, volví a presionar mi pecho, rogándole con la mirada.

Yuna apretó los dientes. Un nudo de frustración se formó en su garganta. Quería salvarme. Quería hacer lo correcto.

Pero también entendió... que, si este era mi final, esto era lo único que podía pedirme a cambio.

Después de un largo segundo, cerró los ojos con desesperación y encendió su guantelete.

— Está bien... —susurró con resignación—. Lo haré.

— Maldito lunático... —murmuró D'rekk en voz baja, más para sí mismo que para los demás

— Apenas puedes respirar y todavía piensas en un mapa - resopló y sacudió la cabeza.

Había algo extraño en su tono. No era burla... sino un tipo de reconocimiento.

El guantelete zumbó y la luz azulada del holograma iluminó el rostro de Yuna.

— Las coordenadas marcan... una luna distante...

—susurró Yuna, con la voz entrecortada. El mapa se desplegó en el aire, tembloroso—. Está a unos años luz de aquí... cerca del planeta Valdex.

Lo reconocí de inmediato. Había escuchado su nombre en innumerables relatos de cazarrecompensas. Un destino misterioso, casi mítico. A simple vista, parecía una ruta complicada, pero si llegábamos a la vía Inter dimensional más cercana, podríamos alcanzarla en poco tiempo.

Un destello de emoción atravesó mi mente... pero fue efímero.

La visión del guantelete se difuminó, las líneas se volvieron borrosas. La energía en mi pecho osciló una última vez.

Yuna jadeó cuando sintió mi cuerpo aflojarse entre sus manos.

—No, no, no... ¡Radio, resiste!

Todo comenzó a hundirse en el vacío.

—¡No te atrevas a cerrarlos, Radio! —gritó Yuna, sacudiéndome con fuerza—. ¡Por favor, quédate conmigo!

Pero mis ojos ya se estaban cerrando.

La desesperación en su voz se convirtió en un eco, cada vez más distorsionado.

D'rekk se quedó en silencio. No intentó apartarla, no hizo ninguna broma. Solo observó... sin saber qué decir.

Mi cuerpo ya no pesaba.

No sentía nada.

No veía nada.

Solo quedaba un último pensamiento en mi mente antes de caer en la oscuridad.

La luna distante.

El destino final que parecía esperarme.

PARTE DOS

CAPÍTULO CUATRO

LA MAFIA

— **L**evanta los brazos.

El androide manco inspeccionaba a mi hermano con movimientos torpes y mecánicos. Sus sensores rojos parpadearon, recorriendo su torso de arriba abajo. Jyyk lo miró sin inmutarse, con el fastidio de quien ha pasado por esto mil veces. Sabíamos que era un teatro barato. A KRENOS le valía madre si estuviéramos inyectándonos Thánatos frente a ellos. Su “seguridad” no era más que una fachada, una formalidad absurda en un mundo donde los únicos que podían delinquir sin castigo eran los de arriba. Nosotros éramos otra historia. Solo servíamos mientras les resultáramos útiles.

El escáner pitó una vez y el androide nos dejó pasar sin más. Nos infiltramos en la base con los trajes del gobierno. ¿Cómo lo hicimos? Pues era pan comido, a veces entrábamos hasta fingiendo ser militares de bajo rango, o incluso encargados de limpieza. Solo nos cubríamos con piel prestada que nos hacía invisi-

bles entre los verdaderos perros del sistema. La rutina era siempre la misma, entrar, recoger lo necesario y salir sin llamar la atención. Robarles a estos imbéciles se había convertido en algo tan cotidiano como respirar. Si había algo que Jyyk y yo sabíamos hacer bien, era sobrevivir.

Pasamos de largo por los pasillos iluminados con luz artificial mortecina. El aire olía a metal y sudor reciclado. Los soldados y técnicos caminaban con la mirada perdida, como autómatas programados para una guerra que ni siquiera les pertenecía. Nosotros, en cambio, avanzábamos con una seguridad ensayada, con el descaro de quienes se han vuelto expertos en moverse entre tiburones sin ser devorados.

— Ve a la sección de blindaje, yo iré por los detonadores —susurré.

Jyyk asintió y nos separamos. Sabíamos exactamente qué hacer, dónde estaban las cámaras ciegas, qué puertas tardaban en cerrarse lo suficiente como para colarnos dentro. No era la primera vez que robábamos de aquí, y si todo salía bien, tampoco sería la última.

Que puedo decir, no hay alguien que odie más a este gobierno corrupto que nosotros, la pinche organización de KRENOS lleva torturándonos toda la vida, desde nuestra infancia. Como lo que hicieron con nuestra madre.

Nosotros nunca tuvimos padre. A veces me preguntó si eso habría hecho alguna diferencia. Pero lo cierto es que, aunque hubiéramos tenido uno, nada habría cambiado el destino que nos impuso este maldito sistema.

Nuestra madre era una científica brillante, una mujer que hablaba con la misma precisión con la que diseñaba estructuras y fórmulas. Siempre decía que la ciencia

debía servir para liberar a la gente, no para controlarla. Pero Valdex no era un lugar donde las ideas como esas sobrevivieran mucho tiempo.

La enfermedad que asolaba nuestro planeta se llevaba vidas todos los días. No importaba si eras joven o viejo, si tenías dinero o si eras un miserable. Nadie estaba a salvo. La única forma de frenarla era con una droga que la mafia de este planeta producía y monopolizaba. Un veneno disfrazado de cura. Nuestra madre descubrió una manera de erradicar la enfermedad de raíz, un tratamiento real. Pero en lugar de premiarla, la silenciaron.

La acusaron de alterar la paz. De conspirar contra la estabilidad de Valdex. Se la llevaron a plena luz del día y la colgaron en la plaza central, con su bata aún manchada de tinta y fórmulas inacabadas. Su ejecución fue televisada, un espectáculo grotesco para recordarle a todos qué pasa cuando te atreves a desafiar el orden establecido.

Jyyk y yo lo vimos todo. Teníamos ocho y seis años. Desde ese día, nos quedamos solos.

Tuvimos que aprender a sobrevivir en las calles, a escondernos de los reclutadores del gobierno, de los criminales que querían carne fresca para sus negocios. Al principio, lo único que teníamos era una cúpula abandonada en los límites de la ciudad. Un viejo observatorio cubierto de polvo y ruinas, pero era nuestro refugio. Ahí construimos nuestro primer telescopio con piezas oxidadas y vidrios rotos.

Nuestra madre nos hablaba de un planeta perdido, un mundo salvaje, lleno de agua y vida. Decía que allí existía un elemento único, una sustancia capaz de hacer cualquier experimento realidad. Quizá era solo un cuento para niños, pero cada noche, cuando la luz de

Valdex nos permitía ver las estrellas, lo buscábamos en el firmamento. Soñábamos con llegar hasta allí. Soñábamos con fabricar armas tan poderosas que harían temblar a los cabrones que nos lo quitaron todo.

Pero la realidad nos atrapó antes de que pudiéramos soñar demasiado.

Cuando éramos niños, el hambre nos obligó a trabajar en una fábrica de blásters y municiones. No éramos más que engranajes en la maquinaria del poder. Nos encadenaban, nos revisaban antes de entrar y salir, y nos hacían ensamblar las mismas armas que después usarían contra los nuestros.

Hasta que un día, dejamos de aceptar nuestro papel en esa cadena.

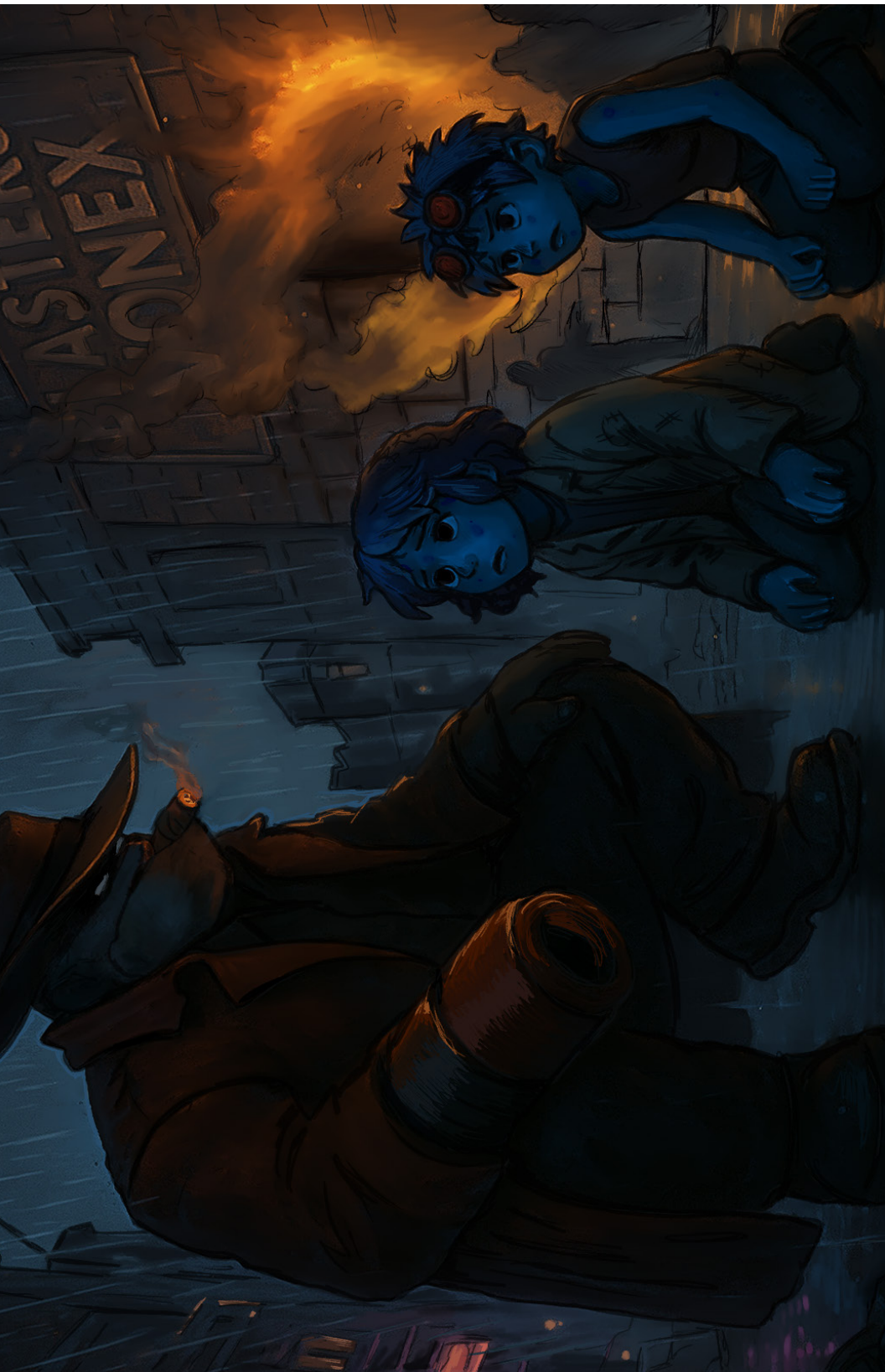
Con los componentes que robamos en secreto, construimos una bomba con materiales rústicos. Calculamos cada pieza, cada reacción, cada circuito. No fue un acto de desesperación, sino de precisión. Queríamos ver ese lugar reducido a cenizas.

La explosión nos dio el caos que necesitábamos para escapar. Pensamos que lo habíamos logrado. Pensamos que por fin éramos libres.

Pero la libertad no existe aquí.

Nos capturaron antes de que pudiéramos siquiera celebrar nuestra victoria. Nos arrastraron ante el jefe de la fábrica, un hombre cuya cara parecía esculpida en piedra, con una barbilla monstruosa, un sombrero ladeado y un cañón en lugar de brazo. El líder del narcotráfico. El hombre que tenía el control de la droga que por el mundo se vendía como única cura.

No nos mató. Eso hubiera sido un desperdicio. En cambio, nos dio un trato.



Créditos a cambio de armas. Nos daría recursos, protección, incluso un laboratorio propio. Pero nunca la libertad. Éramos suyos. Sus científicos, sus esclavos.

Jyyk y yo nos miramos y supimos que no había opción.

Desde entonces, vivimos en este ciclo interminable. Robar. Construir. Vender. Sobrevivir.

Mi comunicador vibró, trayéndome de vuelta al presente. Era Jyyk.

— Kiel, Ya tengo las piezas. Nos largamos en cinco.

— Copiado — susurré.

Di un último vistazo al pasillo antes de moverme. Me encontré con mi hermano en la fuente principal de la base.

— Ya lo tenemos todo, ¿verdad? — murmuró Jyyk, ajustando la correa del contenedor donde llevábamos el botín.

— Todo y más — respondí, sintiendo el peso de los materiales robados en mi espalda.

Nos movíamos con la seguridad de dos sombras dentro de la base de KRENOS, recorriendo pasillos de metal oscuro iluminados solo por tenues luces de seguridad. El aire estaba cargado de electricidad, como si la misma estructura sintiera nuestra presencia no autorizada. Pero esto no era nuevo para nosotros. Habíamos recorrido estos mismos corredores tantas veces que podríamos hacerlo con los ojos cerrados.

— Cuando lleguemos al laboratorio, ¿qué probamos primero? — preguntó Jyyk con una sonrisa apenas contenida.

— El detonador magnético, sin duda. Quiero ver si puede hacer volar esa chatarra oxidada de los patrulleros — respondí.

Desde niños, fabricar armas, explosivos y municiones para la mafia se había convertido en nuestro pan de cada día. Nos infiltrábamos, robábamos lo que necesitábamos y luego regresábamos a la nueva guarida que el líder nos había otorgado: un laboratorio escondido bajo las calles sucias de Valdex.

La ciudad era un enorme cuerpo metálico, con arterias de tuberías y cables colgando como venas expuestas. No había noche ni día, solo el resplandor perpetuo de los anuncios digitales y las intermitentes de naves pasajeras. Nuestro laboratorio se encontraba debajo.

Dentro del laboratorio, entre cables, restos de metal y un sinfín de herramientas improvisadas, había algo que realmente nos importaba: nuestra mascota. No era cualquier criatura. Se llamaba Neysha, un pequeño pulpo de tonalidades cambiantes. Sabíamos que era hembra por la ausencia de una ranura debajo de su tercer tentáculo derecho. La habíamos rescatado de esta misma base del gobierno en una de nuestras incursiones pasadas. La encontramos dentro de un tanque de contención, apenas una masa de tentáculos temblorosos, y nos la llevamos sin pensarlo. Desde entonces, vivía con nosotros en una pecera que habíamos modificado para recrear las condiciones perfectas para su supervivencia.

—¿Crees que se haya comido al último cangrejo que le trajimos? —pregunté mientras revisaba la hora en el monitor de mi muñeca.

—Si no lo hizo, seguro está jugando con él. Neysha es más lista que nosotros dos juntos —respondió Jyyk con una risa baja.

Nos gustaba pensar que la mafia nos mantenía bajo su control por nuestras habilidades, pero en realidad, si seguíamos trabajando para ellos, era en parte por

Neysha. No podíamos arriesgarnos a que nos la arrebataran, y con los créditos que ganábamos podíamos mantener su pecera en condiciones óptimas. Por ahora, era lo único que realmente teníamos.

— En cuanto salgamos, ¿vamos por algo de comer?

— dije mientras girábamos en un pasillo estrecho que nos llevaba hacia la salida oculta.

— Por supuesto, me muero por algo que no sepa a roña y desesperación. Solté una risa breve.

A veces, cuando Jyyk hablaba de comida, casi parecía que llevábamos una vida normal. Casi. Ambos reímos con un tono bajo.

Avanzamos entre los pasillos oscuros, con el peso de nuestras mochilas cargadas. Los pasillos de la base de KRENOS tenían ese aire estéril y metálico que siempre nos daba asco. Justo cuando estábamos a punto de tomar una de las salidas secundarias, algo nos hizo detenernos.

Había un niño.

Estaba encorvado contra una de las paredes, sucio, delgado, con la mirada baja y el cuerpo temblando como una hoja. Era difícil saber si por hambre, miedo o ambas. Jyyk y yo intercambiamos miradas. No hacía falta decir nada, en nuestras mentes resonaba la misma imagen: nosotros, cuando éramos pequeños, igual de frágiles, igual de abandonados.

— Hey... — intenté llamarlo con suavidad.

El niño alzó la vista un instante, pero en cuanto di un paso hacia él, se apartó y corrió por el pasillo.

— ¡Espera! — exclamó Jyyk, pero el chico ya estaba doblando una esquina.

Nos lanzamos tras él, esquivando estructuras metálicas y tuberías de refrigeración. Pero en lugar de alcanzarlo, terminamos en un área distinta, oculta tras

mamparas de acero y cubiertas negras que colgaban como sudarios. Se sentía diferente... más frío. Más muerto.

—Jyyk, ¿ves algo? —murmuré, escaneando el entorno.

—Sí, veo algo: una muy mala idea —gruñó mi hermano.

Él no quería estar aquí. Lo noté en su postura tensa, en la forma en que sus manos se cerraban en puños, listas para cualquier cosa. No podía culparlo. Había algo en este lugar que hacía que el aire se sintiera más denso, como si estuviéramos parados frente a la boca de un monstruo dormido.

—El niño está aquí, Jyyk —susurré.

—Kiel, escúchame, vámonos. Ahora. No sé qué demonios es esto, pero no quiero averiguarlo.

Ignoré su advertencia y estiré la mano hacia una de las enormes cubiertas de tela negra. Si el niño estaba aquí, tal vez estaba atrapado detrás de esto.

Justo cuando iba a levantarla, el sonido de pasos nos congeló en el acto.

Nos escondimos detrás de una pila de cajas de metal, conteniendo la respiración. Voces. Dos personas se acercaban.

—Necesito A ese RobOT... —dijo la mujer con un tono rabioso—. Para que mi proyecto al fin... si, al fin pueda... funcionar. Cuando tenga a ese espécimen y por fin pueda quitarle cada parte de su flujo... AHhh... hasta que deje de respirar, será cuando funcione.

Silencio. Luego, la voz de un hombre, más controlada:

—Tenemos tiempo Ivesh. El presidente nos ha dado su confianza. No podemos apresurarnos. Debemos hacerlo bien, por él.

El presidente. Esa palabra nos erizó la piel. La forma en que lo mencionaba no era con respeto. Era con devoción, casi con reverencia.

Jyyk me miró con el ceño fruncido. ¿Qué mierda está planeando el gobierno?

Entonces, mi mano resbaló. Una de las bolsas de repuestos cayó al suelo con un estrépito metálico.

Las voces se callaron.

El sonido de pasos acercándose hizo que la sangre se nos helara en las venas.

Nos quedamos inmóviles. Los pasos resonaban cada vez más cerca, golpeando con fuerza metálica contra el suelo de la base. No había escapatoria, no había más opciones. Nos miramos y supe que Jyyk estaba pensando lo mismo que yo: estábamos jodidos.

Entonces los vimos. Sus parches, sus nombres. General Husk Syvran y comandante Ivesh. Nos escudriñaron con la mirada, examinándonos con una mezcla de desconfianza y desprecio.

—¿Q-Quiénes son? —exigió la mujer, con una voz trémula pero afilada, como un bisturí oxidado.

—Esta zona está restringida. —La voz de Syvran era como un trueno contenido, lista para estallar en cualquier momento. Su mirada era la de un depredador analizando a su presa antes de despedazarla.

—¡Identifíquense, ahora! —dijeron ambos casi al mismo tiempo.

Intentamos soltar una mentira. Algo rápido. Algo creíble. Pero entonces, la risa de Ivesh nos cortó en seco. Un sonido agudo, entrecortado, como si estuviera disfrutando demasiado el momento.

—¡MATENLOS!

La alarma estalló en la base. Sirenas. Luces rojas parpadeando. Los protocolos de seguridad se activaron en

segundos, y una horda de robots del gobierno emergió de los pasillos y las compuertas, avanzando como una ola imparable de acero y fuego.

— ¡Córrele a la verga, cabrón! — gritó Jyyk.

Nos lanzamos en una carrera frenética. Nuestras botas golpeaban el suelo con desesperación. Los disparos comenzaron a silbar a nuestro alrededor, impactando en las paredes, levantando chispas y escombros.

Saqué la bolsa donde traíamos todas las refacciones y le lancé a Jyyk algunas piezas al vuelo. Sabía lo que tenía que hacer. Nuestras manos trabajaron sin pensar, improvisando como nunca.

BOOM.

Una explosión reventó detrás de nosotros. Arrojé la primera bomba improvisada mientras Jyyk lanzaba un disruptor de señal, desactivando temporalmente las cámaras. La base se convirtió en un caos de humo y fuego.

— ¡Sigue corriendo! — grité.

Subimos unas escaleras metálicas que vibraban con los impactos de las balas. Los androides seguían atrás de nosotros, casi pisándonos los talones. Uno de ellos saltó con movimientos frenéticos y me sujetó la pierna, jaloneándose con una fuerza brutal.

Me giré en seco, activé un pequeño cartucho de ácido que saqué de un motor roñoso y lo reventé contra su cabeza. La aleación metálica siseó y se derritió al instante.

Estábamos cerca del techo. Corríamos tan rápido como podíamos, pero las sombras mecánicas seguían tras nosotros, imparables. Saltamos una barandilla, rodamos sobre el concreto. Un pasillo más y estaríamos fuera.

Lo vi.

La estructura a la que podíamos trepar para lanzarnos al otro lado. Solo un salto más y estaríamos fuera.

No había tiempo para dudar. Me impulsé con todas mis fuerzas y aterricé sin problemas al otro lado.

— ¡Vamos, Jyyk! — grité, girándome para ver cómo mi hermano se preparaba para saltar.

Una sombra se movió con velocidad espeluznante. Antes de que pudiera reaccionar, una enorme mano sintética se cerró alrededor del brazo de Jyyk y lo sostuvo en el aire como si fuera un muñeco de trapo.

— Tu verdadera identidad, ¡AHORA! — rugió el General Syvran.

Sus brazos biónicos eran monstruosos, diseñados para destrozar, para aplastar. Pero lo peor no era la fuerza, sino lo que vino después.

Un escalofrío recorrió mi espalda al ver cómo la piel de Jyyk comenzaba a cambiar de color. El brazo de Syvran estaba bajando de temperatura. Hielo. Un frío antinatural, extremo. La piel de mi hermano se tornó azulada, cristalizándose en una capa de escarcha.

— ¡Suéltame, carajo! — Jyyk intentó retorcerse, pero el hielo avanzaba implacable.

Mi mente trabajó a toda velocidad. Busqué entre nuestros botines, cualquier cosa que pudiera usar.

Lo mejor que pude hacer, fue ingeniarme el plan más estúpido, fue la única solución que encontré en ese instante. Saque el detonador magnético que habíamos conseguido. No era un arma, pero si lo configuraba bien...

Sin dudar, lo activé, sincronice sus partes como un candado y lo lancé con todas mis fuerzas en el aire.

Jyyk apenas logró verlo. Lo atrapó con su mano libre. Sus ojos me buscaron y, sin dudarlo, cerró el puño y golpeó con toda su fuerza.

El crujido de su propio brazo rompiéndose me hizo apretar los dientes.

Se lo arrancó.

El hielo lo había matado de todos modos. No había otra opción. Con un grito de dolor, comenzó a caer al suelo en cámara lenta, sujetando el muñón humeante donde su brazo había estado.

Pero no se quedó quieto. Antes de que Syvran pudiera reaccionar, Jyyk lanzó el detonador con su otro brazo, justo en su cara.

3,2,1. El mecanismo se activó. La explosión ensordecedora reventó la base entera.

El fuego y el metal volaron en todas direcciones. La onda expansiva nos lanzó hacia atrás. Sentí el impacto en mis costillas, el mundo girando a mi alrededor, el sonido sordo de estructuras derrumbándose, alarmas ululando.

— ¡Jyyk! — grité, aturdido.

Lo caché antes de que su cuerpo chocara con el piso. No podía verlo entre el humo y los escombros. La base estaba colapsando sobre sí misma, en llamas. No sabíamos si Syvran seguía con vida.

Solo que teníamos que huir ahora.

Los huesos de mi brazo estaban destruidos, era asqueroso. No pude evitarme vomitar cuando vi los fragmentos de mi antebrazo y codo saliendo por mi piel. Me sostuve con el cuerpo de Kiel.

Corrimos lo más rápido que pudimos, pero cada paso era un infierno ardiendo en mi muñón. La sangre caliente empapaba mi ropa, goteaba en el suelo dejando un rastro que cualquiera con medio cerebro podría

seguir. Sentía la piel fría, un sudor pegajoso recorriendo mi espalda.

Todo estaba saliendo mal.

Habíamos perdido las piezas. Las malditas piezas. Todo el esfuerzo, la infiltración, la persecución... para nada. Y ahora no solo habíamos hecho explotar media base militar, sino que teníamos a dos cerdos de alto rango buscándonos.

—Jyyk, aguanta —murmuró Kiel, casi sin aliento.

Yo intentaba concentrarme en poner un pie delante del otro. El eco de nuestros pasos rebotaba en las calles desiertas. No sabíamos cuánto tardarían en encontrarnos, pero no nos quedaríamos a averiguarlo.

No teníamos opción.

Necesitábamos un vehículo.

Y necesitábamos ayuda de la mafia.

La idea era una mierda, pero no había alternativa.

A lo lejos, vimos nuestro objetivo, un auto abandonado en medio de la calle, un modelo viejo pero funcional. Lo suficientemente rápido como para salir de aquí, lo suficientemente discreto como para no llamar la atención de KRENOS.

—Cúbreme —jadeó Kiel, sacando un pequeño dispositivo de hackeo.

Yo me recosté contra la pared, apretando los dientes con fuerza. La pérdida de sangre estaba comenzando a afectarme. Todo se veía más borroso, más oscuro. Escuchaba el pitido en mis oídos, el pulso acelerado en mi sien.

Kiel deslizó el dispositivo sobre la cerradura digital del auto. Un par de chispazos, una línea de código, y el sistema de seguridad se apagó con un clic.

—Dentro —susurró.

Me desplomé en el asiento trasero, respirando con dificultad. La polipiel del asiento estaba desgarrada e incómoda. Kiel pisó el acelerador y el motor rugió.

Nos alejamos de la zona a toda velocidad.

La ciudad comenzó a transformarse a medida que nos adentrábamos en su corazón podrido. Los edificios destartalados daban paso a estructuras improvisadas, con letreros holográficos parpadeando en cada rincón. La gente se amontonaba en las calles, vendiendo cualquier cosa que pudiera cambiarse por un puñado de créditos.

Hombres y mujeres con los ojos hundidos vagaban como espectros, algunos desplomados en las aceras, otros intercambiando frascos de sustancias ilegales a plena luz del día.

Un tipo con la piel curtida por la mugre se acercó a la ventana del auto. Sus dientes estaban ennegrecidos, y su sonrisa era más una mueca de locura.

—Ehh, colegas... ¿algo pa'l dolor? Tengo lo bueno, tengo lo fuerte, lo que t-t-te manda pa'l otro l-lado un rato...

Kiel lo ignoró por completo, como si fuera un poste más en la calle. Yo apenas tenía fuerzas para girar la cabeza y verlo. Lo de siempre.

Seguimos avanzando hasta que la ciudad cambió de nuevo.

De golpe, las calles mugrientas dieron paso a opulencia desvergonzada.

Un edificio gigantesco se alzaba ante nosotros. La sede de la mafia. No había intento alguno de ocultar lo que era. Mármol negro, luces doradas, ventanales reflejando la miseria a su alrededor. Todo a la vista de todos.

Los guardias apostados en la entrada llevaban rifles que nosotros mismos habíamos fabricado.

Kiel redujo la velocidad y se estacionó en la entrada.

— Listo, Jyyk. Llegamos.

Yo apenas pude asentir.

Dos guardias se acercaron al auto. Sus miradas eran duras, llenas de desconfianza.

Kiel no dijo nada. Solo se pasó la mano por el cabello y levantó el fleco, dejando al descubierto su cicatriz en la frente.

Un ojo de piedra.

Los guardias se miraron entre ellos. Luego, sin decir palabra, dieron un paso atrás y nos dejaron pasar.

Sabían quiénes éramos.

El carro se deslizaba por la plataforma flotante, elevándose lentamente dentro del corazón del cartel.

A nuestro alrededor, el edificio se desplegaba como un coloso de exceso y corrupción.

El primer piso que cruzamos estaba repleto de laboratorios. Filas interminables de trabajadores vestidos con trajes herméticos mezclaban sustancias, llenaban jeringas y trituraban compuestos en polvo. El aire estaba cargado de químicos, una niebla tóxica flotando sobre ellos.

En el siguiente nivel, las drogas eran empaquetadas con precisión. Cajas selladas, listas para ser enviadas a los rincones más culeros del sistema. Hombres con trajes impecables supervisaban todo, asegurándose de que cada gramo estuviera contabilizado.

Seguimos ascendiendo.

Los pisos superiores eran distintos. Aquí no había trabajadores ni científicos. Solo hombres con tatuajes de guerra, cicatrices de batallas, miradas de depredadores. Los soldados de la mafia.

Algunos limpiaban cuchillos cubiertos de sangre. Otros afinaban armas que Kiel y yo habíamos construido. En una habitación, dos tipos reían mientras otro sujeto rogaba por su vida con la cabeza en una mesa.

No quise mirar más.

El elevador se detuvo en el último piso.

El aire aquí era más denso, más silencioso.

Las puertas se abrieron.

Y ahí estaba él.

El jefe criminal, sentado en un enorme escritorio de obsidiana, con la ciudad brillando detrás de él a través de un ventanal. Un puro descansaba en un cenicero de oro macizo. Su cuerpo era una mezcla de carne y máquina. Un brazo de cañón, un mentón de piedra que parecía capaz de romper acero con solo frotarlo.

—Jyyk, Kiel... —su voz era gruesa, pausada—. ¿A qué debo el honor?

Dos guardias se acercaron. Sin esperar respuesta, comenzaron a tratar mi herida.

Dolió como el infierno, pero me obligué a aguantar. Sabía que las cosas siempre iban mejor cuando el jefe estaba de buen humor.

Nos quedamos en silencio unos segundos. No supimos cómo explicar lo que acababa de pasar.

Kiel con su voz entrecortada dijo...

-Hemos tenido un... contratiempo señor- hizo una pequeña pausa

- robando refacciones.

Supe que si dejaba a mi hermano hablar solo no podríamos defender nuestro punto.

-Así es señor, esos malditos cabrones, y su mierda de General están planeando algo- Dije, casi seguro de que el jefe se preocuparía por nosotros.

- SI, tan mierda que logramos plantarle una explosión en toda su puta cara JA JA JA. - dijo Kiel orgulloso

Escuchó en silencio, sus dedos repiqueteando contra la mesa, con los ojos entrecerrados.

-El problema aquí señor, es que, perdimos nuestras piezas y herramientas esenciales para el nuevo armamento...mientras estábamos...

Kiel pronunció las palabras malditas.

"Escapando de la base del gobierno"

Su expresión no cambió al principio. Pero no faltó mucho para que un gran golpe sacudiera el escritorio.

—¿QUÉ HICIERON QUÉ?!

El rugido de su voz nos congeló.

La habitación quedó en silencio. Los guardias no se movieron, pero estaban atentos.

Respiraba fuerte. Podía sentir la furia brotar de él. Como un volcán a punto de erupcionar.

—Déjenme entenderlo bien... —su tono bajó, pero la amenaza en su voz era palpable—. No hacen las armas solos.

—No, señor... —murmuré.

—Roban piezas del puto gobierno.

—A veces. —La voz de Kiel apenas pudo salir de su boca.

—Y hoy, me vienen a decir que atacaron una base militar de KRENOS.

Mi corazón latía con fuerza.

—Y para rematar, tuvieron contacto con un general de alto rango.

Nos miró, incrédulo. Como si no pudiera creer lo idiotas que éramos.

Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—¿Cuántas putas veces les he dicho lo de meterse con el PUTO GOBIERNO?

El ambiente estaba hirviendo.

—Nuestro maldito cartel tiene un pacto con ¡KRENOS!

El enlace entre KRENOS y el crimen organizado.

Los carteles podían traficar, extorsionar y matar mientras no interfirieran con los intereses del gobierno.

Nosotros acabábamos de dinamitar ese pacto.

El jefe se levantó con calma.

Camino despacio...

Hasta que, sin previo aviso, su brazo de cañón se estrelló contra mi estómago.

No hizo sonido. Ni un solo puto ruido.

Pero el dolor fue atroz.

Mi aliento salió de golpe.

Mi visión se nubló mientras me desplomaba contra la silla.

Intenté inhalar, pero el aire simplemente no entraba.

—Dime, Jyyk... —su voz era venenosa, burlona. Su cabeza de piedra estaba humeando, literalmente, su rostro entero se tornó de un color rojo.

Con una mano, comenzó a desvendar mi brazo.

Apretó con fuerza justo donde la herida apenas se estaba cerrando.

La carne se abrió de nuevo.

—¿Acaso tú crees que es coherente, meterse con el MALDITO SISTEMA que hace que esta mafia pueda seguir en pie? - dijo con una sonrisa falsa.

Mantuve la boca cerrada, jadeando, luchando por no perder el conocimiento.

“No des señales de debilidad.” - me dije

Pero el hijo de puta sabía lo que hacía. Con un gruñido, me soltó.

Encendió su puro...
Raspándolo contra su mentón de piedra hirviendo.
El fuego brotó con facilidad.
Dio una larga calada, llenando el aire de humo espeso.

Luego...

Apuntó su cañón hacia nosotros.

—Lo siento, muchachos. Este es el peor error que pudieron haber cometido.

El cañón se encendió. Y supe que íbamos a morir.

Hasta que mi instinto hizo lo impensable. Aun jadeando por el golpe, mi mano se movió por puro reflejo. Atrapé al guardia más cercano. El mismo cabrón que me había curado. Su cuerpo era pesado, pero la adrenalina me dio la fuerza para desarmarlo en un segundo.

—¡Qué mier...! —El guardia apenas alcanzó a reaccionar antes de que mi brazo se enroscara alrededor de su cuello.

Con un movimiento brutal, giré y le reventé las vértebras.

Su cuerpo cayó inerte.

Pero su cabeza... su cabeza era otra historia.

Sin pensarlo, la tomé como si fuera una puta pelota.

El jefe ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

Justo antes de que disparara su cañón, hundí la cabeza del guardia dentro del cañón con todas mis fuerzas.

¡CRACK!

—¡GHHH! —El jefe soltó un gruñido gutural.

El cañón chisporroteó, intentando procesar la obstrucción. Descargas eléctricas saltaron en todas direcciones.

¡Boooooom! Una explosión interna sacudió la habitación, arrojando humo negro. Esa era nuestra señal.

— ¡MUÉVETE! — grité.

Kiel y yo nos lanzamos hacia la salida.

El jefe aún no estaba fuera de combate.

Lo escuché rugir detrás de nosotros, pero no nos quedamos a comprobarlo.

¡LAS ESCALERAS! - grito Kiel mientras ambos corríamos.

Saltamos por los escalones de tres en tres. Mi cuerpo se retorció por todo el daño que me habían hecho, pero no podíamos detenernos.

Desde arriba, se escucharon gritos.

— ¡ATRÁPENLOS! ¡CIERREN LAS SALIDAS!

Los guardias comenzaron a moverse. Uno de ellos apareció de la nada en un rellano, levantando su rifle.

Kiel lo reventó con un disparo certero en la garganta. No paramos. Otro piso.

Más guardias subían por el otro lado. Los vi desenfundar sus armas, pero nos lanzamos por encima de la barandilla.

Caímos duro, rodamos, seguimos corriendo.

Los pisos pasaban borrosos a nuestro alrededor, hasta que por fin ahí estaba... el estacionamiento.

El lugar estaba lleno de vehículos de lujo, enseguida, la chatarra que estábamos usando como transporte.

Nuestro carro estaba estacionado justo ahí. Podíamos escapar ahora, pero nos atraparían apenas y saliéramos del lugar, necesitábamos algo más rápido.

Una nave en particular nos atrapó la mirada.

Brillante. Último modelo.

Una nave deportiva con turbinas traseras masivas, diseñadas para manejar a alta velocidad. Incluso para ir a planetas cercanos.

— ¡Ahí! — Kiel se abalanzó sobre el panel de control de la puerta, comenzando a hackear el sistema, conectando un pequeño dispositivo al puerto de datos.

Pero el software era avanzado. La pantalla mostró un contador de seguridad. Parpadeó:

“Desbloqueo en curso: 45 segundos restantes.”

Demasiado lento. Nos iban a alcanzar.

— Vamos, vamos... — murmuró Kiel, con los ojos fijos en la pantalla.

Miré hacia la salida del estacionamiento.

— Mierda, mierda, mierda...

Se escuchaban pasos apresurados, el eco de botas golpeando el piso. Los guardias estaban cerca.

— Kiel, apresúrate, cabrón. — Mi mano temblaba sobre el gatillo.

— ¿Crees que no lo intento?! — gruñó, tecleando frenéticamente.

Entonces se abrió la puerta lateral.

— ¡¿QUÉ CARAJOS ESTÁN HACIENDO?! —

Un tipo alto, de piel oscura, con una cicatriz que le cruzaba la mandíbula. Su traje azul marino era de seda fina, adornado con placas de oro en los hombros. Pero lo más peligroso era el blaster negro en su mano.

Nos apuntó sin dudar.

— Esa es mi nave, cabrones. — Sus ojos ardían de furia. La pantalla de Kiel parpadeó.

“Desbloqueo en curso: 30 segundos restantes.”

¡PUTA MADRE!

El capo se acercó, ya estaba parado enfrente del parabrisas, mientras nosotros lo vimos desde el espejo

izquierdo de la nave. Puso un pie adelante. No iba a esperar.

—Salgan de ahí MARICAS! ¡Antes de que los llene de agujeros!

Mi mente calculó opciones.

¿Sacarle plástica? No.

¿Distraerlo? No.

¿Reventarle la cabeza? Posible.

El capo levantó su arma.

Mi mano a punto de apretar el gatillo de mi pistola. Pero antes de que nadie disparara...

La puerta del estacionamiento voló por los aires. El jefe apareció, cubierto de hollín, con los ojos inyectados de un color vino intenso. Se veía aún más grande de lo que usualmente era. Parecía un puto golem.

Su cañón humeaba, aún sin funcionar bien.

Su mirada se clavó en nosotros como una sentencia de muerte.

—Voy a hacer que cada maldito hueso de sus cuerpos explote, cabrones.

El capo se giró, sorprendido.

—¡jefe! ¡Qué honor! —Levantó los brazos, sonriendo como si hubiera visto a un dios.

Pero el jefe no dijo nada.

Solo levantó su puño.

El capo ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

El golpe lo impactó en el pecho...y explotó.

Un estallido silencioso, pero devastador.

El capo salió disparado hacia el parabrisas, su pecho convertido en un cráter humeante. Sus restos cayeron sobre nosotros. El vidrio se tiñó de rojo.

—Los quiero muertos- dijo el jefe

¡BIP! La pantalla de Kiel se iluminó en verde.

“Desbloqueo completado.”

— ¡DENTRO! — grité.

Nos lanzamos hacia los asientos, sintiendo el cuero frío bajo nuestras manos.

Kiel golpeó los controles, y la nave rugió como una bestia liberada. El jefe levantó su cañón.

El resplandor rojo volvió a brillar.

— ¡AHORA, KIEL!

Kiel pisó el acelerador. Las turbinas gritaron, llenando el estacionamiento con una onda de choque. Atravesamos el portón como una bala, saliendo disparados hacia la noche. Estábamos fuera al fin. La ciudad se encendió debajo de nosotros.

Atrás, el edificio del cartel se encogía en la distancia. Pero el jefe no se quedaría quieto. Ahora éramos enemigos del cartel. Y lo peor de todo... también del gobierno. Dos mundos listos para destrozarnos.

Pero por ahora... solo aceleramos.

El control de la nave respondía tan bien que me costaba creer que la estuviéramos piloteando nosotros. Las palancas eran suaves, los motores apenas vibraban, y la aceleración... maldita sea, la aceleración nos pegaba contra los asientos como si hubiéramos sido disparados por un cañón.

Lo bueno es que nos convenía. Lo malo es que no teníamos idea de qué tan rastreable era esta cosa.

En cuestión de minutos, ya estábamos sobrevolando los distritos bajos, esquivando el tráfico aéreo sin problemas. Desde arriba, la ciudad se veía como un cadáver cubierto de luces, edificios viejos, grietas en las carreteras flotantes, luces de neón apenas parpadeando entre el humo de fábricas oxidadas. Y en el subsuelo de

todo eso, entre tuberías viejas y generadores defectuosos, estaba esperándonos Neysha.

— Prepárate — dije, maniobrando la nave hacia el acceso oculto.

Jyyk asintió, aunque todavía tenía una mano en el muñón regenerándose. Su expresión decía que aún estaba procesando todo lo que había pasado, pero no había tiempo para eso.

Activé el protocolo de aterrizaje y la nave descendió con la precisión de un bisturí. La entrada estaba justo bajo una estructura abandonada; el sistema de camuflaje del hangar se activó al detectar nuestro código de acceso, y en segundos, la nave estaba dentro.

Todo era tranquilo, ni un solo ruido. No debería haber silencio. El filtro de la pecera de Neysha debería estar sonando como una pequeña cascada.

Jyyk y yo nos miramos. Algo andaba mal.

Bajamos rápidamente, armas listas. El laboratorio estaba oscuro, los monitores parpadeaban erráticamente.

Pero lo peor fue la pecera rota.

Mi respiración se cortó.

— No... — murmuré, avanzando hacia los restos de cristal en el suelo. El agua se había evaporado, dejando solo fragmentos de vidrio y rastros de un líquido viscoso en el suelo.

Jyyk dio un paso adelante, los puños apretados.

— Se la llevaron.

Su voz tembló con rabia.

— ¿La mafia? - Tragué saliva.

— ¿Quién más? — Jyyk jalo sus cabellos.

Pero entonces, un sonido nos hizo girarnos al mismo tiempo. Algo deslizándose detrás de una de las puertas del almacén.

Jyyk levantó su arma con la única mano que le quedaba, pero antes de que pudiera reaccionar, algo salió disparado de la oscuridad.

Era... Neysha. Más grande. Más extraña. Pero igual de adorable.

Ahora era del tamaño de una calabaza, pero su piel seguía siendo vibrante y brillante. Su movimiento fue tan rápido que mi corazón casi se salió del pecho.

Se lanzó directo hacia Jyyk.

— ¡Mierda, Neysha! — Jyyk trató de apartarse, pero ella se aferró a su brazo herido.

Exactamente donde su carne aún estaba expuesta.

Jyyk gritó, convencido de que se lo iba a comer. El horror cubrió su rostro.

— ¡Me va a devorar, Kiel! ¡Me va a...!

Se quedó callado. Neysha no lo mordía.

Solo se quedaba ahí. Como si lo abrazara con sus tentáculos.

La habitación quedó en un silencio absoluto...el brazo de Jyyk comenzó a cambiar.

Primero fue un hormigueo, luego un resplandor. La carne se regeneraba poco a poco, pero no como antes. La nueva piel era diferente, con tonos cambiantes, una textura viva que fluctuaba entre colores. Los tonos se mezclaban y ondulaban, reflejando los colores de Neysha.

Jyyk miró su brazo, atónito. Yo no podía ni respirar.

— Por eso la tenían oculta... — susurré.

Mi hermano parpadeó, sin saber si gritar o reír, observando su nuevo brazo con una mezcla de confusión y asombro.

Neysha se deslizó fuera del brazo de Jyyk y se quedó quieta en el suelo, mirándonos con esos ojos grandes y extrañamente inteligentes. Él se arrodilló y la abrazó.

Yo solo sonreí y pasé la mano por su cabeza, sintiendo la suavidad de su piel. Ella ronroneó, si es que los pulpos podían hacer eso.

Ya no había dudas. Nos largábamos de este planeta.

Tomamos nuestros créditos de antimateria y subimos de nuevo a la nave. Neysha trepó ágilmente hasta la cabeza de Jyyk, enredándose entre su cabello como si ese fuera su nuevo lugar oficial.

—Hora de irnos — dije, ajustando los controles.

Pero antes de que pudiera despegar, algo reventó en la parte trasera de la nave.

La explosión sacudió la cabina y las alertas comenzaron a sonar como locas.

—¡CON UNA CHINGADA! —exclamó Jyyk, sujetándose a lo que pudo.

A través de la pantalla retrovisora lo vi. El jefe. Con su cañón humeando. Nos había encontrado. No estaba solo. La nave humeaba. La alarma de daño sonaba sin parar, y las pantallas parpadeaban con advertencias de fallo estructural. Cerré ambas manos y golpeé la consola con frustración.

—¡Maldición, ya basta!

Sin pensarlo dos veces, empujé la escotilla y salté fuera. Jyyk hizo lo mismo.

El jefe estaba ahí, con su cañón aún humeante y su rostro torcido en una sonrisa de satisfacción. Detrás de él, sus hombres se alineaban con armas listas. Jyyk intentó dejar a Neysha en la nave, pero ella simplemente no se movió.

—¡Neysha, quédate aquí, maldición!

Pero la criatura se aferraba a su cabeza con firmeza. Algo dentro de él cambió en ese instante. Era rabia. Era hartazgo. Y era poder. Sin pensarlo, su cuerpo se movió solo. Un segundo estaba en el suelo, el otro ya estaba



corriendo hacia el jefe de la mafia con una velocidad que no debería haber tenido con su cuerpo tan dañado.

Su puño se cerró. Y cuando impactó en la cara del jefe, la onda expansiva fue tan fuerte que la tierra tembló.

El mafioso salió volando varios metros, chocando con un contenedor de metal con un ruido ensordecedor. Jyyk sintió el crujido de su brazo, los huesos partiéndose por la fuerza del impacto. Pero no dolió. El brazo simplemente se regeneró. Y no solo eso... ahora se estiraba. Los colores danzaban en su piel como si fueran una entidad viva. La adrenalina lo nublaba todo. No me quedé atrás.

Saqué mis armas y disparé. Cada tiro encontraba su objetivo: un capo tras otro caía, sus cuerpos desplomándose en charcos de sangre. Pero los números estaban en nuestra contra. El jefe se puso de pie, con la cara cubierta de sangre. Escupió a un lado y rio.

—Me gusta el fuego en sus ojos, niños.

Y luego, sin previo aviso, levantó su cañón y disparó. La explosión impactó de lleno en Jyyk. Su cuerpo salió volando hacia atrás, cayendo con fuerza sobre el suelo y aunque el no sintió una sola cosa. Neysha había salido despedida, su cuerpo frágil girando en el aire antes de chocar con el asfalto. Jyyk, aturdido, vio cómo la criatura temblaba, herida. Algo dentro de él se rompió.

—¡Neysha!

Lo jalé del brazo. —¡No podemos ganar esto, vámonos ya!

Quito mi brazo con desprecio, sabía que quería seguir peleando. Que quería matar a ese hijo de puta. Pero Neysha gimió en el suelo y eso fue suficiente para que ambos tomáramos la decisión correcta.

Se arrastró hasta ella y la recogió con cuidado. Neys-ha estaba débil, pero viva. Corrimos de vuelta a la nave y la encendí con un rugido metálico.

— ¡No nos dejen con las ganas! — gritó el jefe, levantando su brazo.

Su cañón brilló con una energía anaranjada como la lava. Y luego disparó una última bomba hacia nosotros. La nave estaba apenas unos metros arriba de la superficie y los motores apenas se calentaban cuando la explosión impactó en la parte trasera. Sentí cómo la estructura entera vibraba con el golpe. Alarmas rojas destellaban en cada pantalla.

— ¡Mierda, la válvula de gasolina se jodió! ¡Nos estamos quedando sin energía! - Grité

Pero no podíamos detenernos. Nos elevamos en el cielo nocturno, dejando atrás la ciudad y la mafia... solo para entrar en otro infierno. En todas las pantallas y proyectores del universo, la noticia apareció.

“Criminales buscados. Recompensa: 20 millones de créditos antimateria.

Nombres: Kiel y Jyyk. Cargo: Terrorismo, robo, conspiración contra el gobierno.”

El mensaje se transmitía en los satélites, en los anuncios de la ciudad, en todas partes. Toda la galaxia estaba en nuestra contra.

—No tenemos opción... —dije con la mandíbula apretada—. Vamos a tomar las vías Inter dimensionales.

—Kiel, estamos demasiado lejos, mira el combustible...

El combustible estaba casi en cero, y los motores estaban rechinando.

— Sostén a Neysha. - Le respondí

Presione el acelerador con el pie, mientras jale la palanca y cambie la velocidad al máximo. El motor cambio

por un solo instante, aumento su potencia bruscamente. Comenzamos a elevarnos extremadamente rápido, la fuerza G hizo que nuestros cráneos rebotaran repentinamente contra el respaldo de los asientos. Las vimos. Las vías estaban enfrente de nosotros, solo hacía falta montar la nave en la más cercana.

Estábamos a punto de llegar a la vía... justo cuando la nave se quedó varada, incapaz de avanzar más. Necesitábamos solo un empujón, el apoyo de alguien, alguna nave externa. Las vías comenzaron a temblar, alguien iba a cruzar por un portal en cualquier momento... y en efecto, se abrieron portales a nuestro alrededor.

Cazarrecompensas.

Salieron por decenas, armados, con naves flotando sobre ellos como depredadores en busca de sangre.

Sentí mi corazón latir con fuerza. Jyyk también lo sabía. Esta vez... no había salida. El suelo comenzó a retumbar y los cazarrecompensas alzaron sus armas.

Nos miramos. — Los amo desgraciados - Dije mientras abracé a mi hermano y a Neysha

CAPÍTULO CINCO

LOS HERMANOS

Entonces, el espacio mismo se desgarró. Un portal se abrió frente a nosotros con un rugido sordo, y de él emergió algo colosal. Un leviatán mecánico. Su casco estaba destrozado por incontables batallas. Se veían cicatrices de plasma, agujeros sellados con parches improvisados, estructuras antiguas superpuestas con modificaciones recientes. Cada centímetro de ese monstruo de metal contaba una historia de guerra.

Pero lo que más me perturbó fue el ventanal frontal. Oscuro. Enorme. Como una pecera negra que no dejaba ver nada en su interior. Recordaba a Neysha.

El silencio entre los cazarrecompensas se alargó. No sabían qué hacer. Y nosotros tampoco. Fue Jyyk quien reaccionó primero.

—Tenemos que pedir ayuda. -- Rebuscó en su bolsillo hasta sacar un transmisor de ondas, uno de esos baratos que usábamos para transacciones con créditos antimateria. Lo encendió y ajustó la frecuencia.

Su voz sonó rasposa, entrecortada. —N-Nuestros nombres son Jyyk y Kiel...

Tomé aire y lo ayudé. —Hemos sufrido un ataque del cartel de Valdex. —Nuestras condiciones son críticas... Tenemos un animal en estado casi de muerte...

Mi visión se nublaba. —Por favor... pedimos apoyo. A quien sea que esté escuchando...

El silencio nos respondió. Pero antes de que la desesperación nos tragara por completo, una voz profunda se filtró en los parlantes.

—Entiendo— El tono era cansado, apagado, pero firme.

—Mi tripulación está en condiciones críticas también. Hizo una pausa, como si estuviera calculando algo.

—Podemos arreglar esto...

Jyyk y yo nos miramos.

—Haríamos lo que sea por resguardo y atención medica —respondí, con lo poco de fuerza que me quedaba.

Hubo otro momento de silencio, luego la voz preguntó: —¿Tienen experiencia con mecánica o robótica?

Algo en la pregunta nos devolvió un poco de vida. Jyyk enderezó la espalda.

—¡Tenemos experiencia en todo tipo de metales, armas, refacciones! --- Mi corazón latió con un poco más de fuerza.

—Le serviremos de mucho, señor...

Del otro lado, el capitán exhaló.

—Perfecto.

Nos aferramos a esas palabras. —Entonces... tenemos un acuerdo.

El espacio a nuestro alrededor cobró vida. Desde la nave colosal, ramas de polvo plateado se extendieron como tentáculos, rodeando nuestra pequeña nave y absorbiéndola, como si fuera una presa atrapada por un depredador. Mi piel se erizó. No era normal. La parte

inferior de nuestra nave comenzó a derretirse. O, mejor dicho, a transformarse.

El metal se volvió líquido por un momento, hasta que un túnel comenzó a formarse entre ambas naves. Sin otra opción, agarré a Neysha y salté. Jyyk me siguió de cerca. Al otro lado, un grupo de figuras nos esperaba.

Eran altos, con armaduras desgastadas pero imponentes. Sus ropas parecían hechas de retazos de distintas épocas, combinando tecnología con prendas más antiguas. Pero sus túnicas moradas eran brillantes, al igual que las espadas que portaba cada uno. Al frente de ellos, estaba el capitán.

La cicatriz que surcaba su frente y parte del cráneo era intimidante. Nos estudió en silencio. No dijo nada cuando vio nuestras heridas. Tampoco cuando notó lo mal que estaba nuestra nave. Pero cuando miró a Neysha,ladeó la cabeza.

—¿Qué demonios es eso?

— Ella es Neysha... sufrió de la explosión de una bomba, apenas pudo sobrevivir- le dije

El capitán chasqueó los dedos. Dos de sus hombres se adelantaron y tomaron a Neysha con cuidado.

— Llévenla a la cámara criogénica.

—¡Cuídenla! —soltó Jyyk con un nudo en la garganta.

—No se preocupen —dijo el capitán con un tono sereno— En unos días ella volverá a la normalidad.

—Ahora vengan conmigo —dijo el capitán con su tono calmado pero firme—. Les mostraré dónde tratarán sus heridas. Después podrán ayudarme.

Jyyk y yo apenas podíamos caminar. La nave entera se sentía antigua, con corredores de metal oscuro y estructuras reforzadas, como si hubiera sido reconstruida una y otra vez con partes de diferentes épocas. Se sentía como si todo estuviera vivo de alguna forma.

Mientras caminábamos detrás del capitán, noté algo en su mano cuando la movió para abrir una puerta. Una marca. Era un símbolo grabado en su palma. Jyyk lo vio también, pero no dijo nada. La puerta se deslizó con un zumbido y nos llevó a lo que se suponía que era una sala médica... aunque no tenía nada de común. No había monitores, ni cápsulas de regeneración, ni bisturís mecánicos. Solo camillas. Algunas vendas.

Y lo más extraño... los enfermeros también tenían la misma marca en la mano. Sus túnicas tenían un rosa desvanecido en los bordes. Jyyk se inclinó hacia mí y susurró:

— ¿Cómo demonios nos van a curar sin medicinas?

Uno de los enfermeros, un hombre de piel oscura con el cabello largo recogido en trenzas nos hizo un gesto tranquilo. — Recostados. Muestren sus heridas.

No teníamos otra opción. Nos acomodamos en las camillas con desconfianza. El enfermero levantó la mano y la acercó a mi pecho, donde una herida profunda seguía sangrando. Entonces lo vi. Mi piel se empezó a mover, como si fuera agua. Un remolino de partículas se formó alrededor de la herida, girando en un flujo violeta y plateado, y luego... Se cerró. El dolor desapareció en un instante. Jyyk se incorporó de golpe cuando sintió lo mismo en su brazo.

— ¡¿Qué carajo?! — gritamos al mismo tiempo.

Yo miré mis propias manos, buscando algún cambio. La piel donde antes había estado la herida se sentía caliente, pero perfecta, sin cicatrices. Los enfermeros se apartaron, con la misma calma de antes.

— Ya están listos — dijo uno. Nos sentamos, todavía intentando procesarlo.

El capitán nos observó con los brazos cruzados. — Ahora sí, podemos presentarnos — dijo —

Luego, con un tono firme y pausado, se presentó:
— Soy el capitán Zark. Líder de los Centinelas de la Aurora.

Nos lo dijo como si fuéramos a reconocer el nombre. Como si eso debiera significar algo para nosotros.

Jyyk y yo nos miramos un instante, pero no mostramos reacción.

— Nosotros somos Jyyk y Kiel — dije al fin —. Fabricantes de armas con mucha experiencia.

— Y con un odio profundo hacia cualquier pinche cabron que tenga que ver con el puto gobierno — añadió Jyyk. Zark levantó una ceja, pero no dijo nada.

— Tenemos a toda la galaxia detrás de nosotros — continué —. Después de lo que pasó en Valdex, nos han puesto una recompensa.

— ¿De cuánto estamos hablando? El capitán entrece rró los ojos con interés.

Jyyk se cruzó de brazos. — Supongo que depende del sistema, pero en Valdex ya llega a veinte millones de créditos

El capitán soltó un leve silbido. — Es mucho.

Jyyk suspiró. — Lo suficiente para que no podamos aterrizar en ningún planeta sin que aparezcan cazarrecompensas...

Esperamos un comentario, un indicio de duda. Una recompensa así haría que cualquiera nos vendiera al instante. Pero Zark se limitó a asentir.

— No dejaré que el gobierno les toque un pelo- Su tono era sincero.

— Así que también odian al gobierno, ¿eh? — murmuró, más para sí mismo —. Nosotros siempre lo hemos detestado. Esos bastardos no hacen nada para investigar porque planetas desaparecen de la nada. Por eso nosotros tuvimos que hacer algo. Apenas hace

unas horas los Centinelas hemos escapado de una batalla en Tenik.

¿El planeta que desapareció!?- Preguntamos mi hermano y yo

- Aun existe... esta devastado, pero sus ruinas siguen ahí. Nosotros fuimos buscando respuestas, algo que nos llevara a STRO. Para poder exterminarlo de una maldita vez...

Jyyk y yo nos pusimos alerta. Esas siglas...

- Hemos visto esas siglas en alguna parte — dije, recordando fragmentos de viejos documentos en laboratorios clandestinos.

Zark nos miró con seriedad.

- Nosotros también. Hemos estado en guerra contra STRO desde siempre. Son una asociación terrorista, una amenaza para todos. El capitán hizo una pausa, como si le costara contar la historia.

- Y había desaparecido, hasta que Tenik explotó. Una puerta con ese maldito símbolo. No hubiéramos tenido la suerte de abrir aquella puerta si Radio no hubiera venido con nosotros. - La conversación se tornó oscura y tensa.

¿Quién es Radio? - Pregunte

- Él era tan solo un cantinero, un robot que apareció por magia junto con su bar- dijo

- El problema con Radio es que tenía esas desgraciadas letras en su pecho. Cuando nos enteramos de aquello, tuvimos que mandar a una centinela a inspeccionarlo, vigilarlo de cerca.

Jyyk y yo nos inclinamos ligeramente hacia adelante.

- ¿Un soldado terrorista?

- Ni siquiera se acercaba a eso, Radio nunca tuvo un comportamiento anormal, él siempre se portó como

un simple cantinero. Así que cuando descubrimos aquella puerta... decidimos traerlo con nosotros.

— Al principio, todos los Centinelas desconfiaban de él. Pero en Tenik ... se armó una batalla horrenda después de que en su pecho se marcó una coordenada...

— Radio, terminó muerto, hecho pedazos. Pero, aun así, eso no le importo...recupero la única pista que hemos tenido en todos estos años - dijo Zark apagado mientras nos sostuvo la mirada.

— Creemos que en aquellas coordenadas hay respuestas. Y nos dirigimos hacia allá, tan solo faltan dos saltos por las vías Inter dimensionales — paro de hablar por un momento—. Pero antes, necesito que reconstruyan a Radio- El capitán suspiró.

— Haremos lo necesario para traerlo de vuelta- Dijo Jyyk sin pensarlo

— ¿Cuáles son las piezas, o materiales que tienen?

— Nuestras refacciones en la nave son limitadas.

Jyyk y yo nos miramos y asentimos casi al mismo tiempo.

— Nos basta con cualquier artefacto mecánico o arma que tengan —dije.

— Concuerdo - dijo jyyk

Zark asintió y se giró hacia el enfermero de trenzas y le hizo una seña.

— Comunícalo con los líderes de cada familia Pulses.

El enfermero inclinó la cabeza y salió de la sala. El capitán se volvió hacia nosotros y cruzó los brazos.

— Aún no les he explicado todo.

Nos indicó con la mirada que prestáramos atención.

— Los Centinelas no somos solo un grupo rebelde. Nos adaptamos- Su voz se tornó más profunda, casi solemne.

—Cada familia dentro de los Centinelas tiene la voluntad de un elemento...

Nos quedamos en silencio, expectantes.

—Gas. Materia oscura. Luz. Tiempo. Sonido. Gravedad. Polvo- hizo una pausa.

—Estos médicos son mi familia. Son muy avanzados en la manipulación del polvo.

Señaló las túnicas moradas con el rosa desvanecido.

—Por eso el color de sus ropas es distinto.

Jyyk resopló, incrédulo. —¿Manipular el polvo? ¿Eso significa que pueden hacer lo que quieran con él?

El capitán negó con la cabeza. —No exactamente. Se necesita voluntad. Sin voluntad, el polvo no obedece.

Jyyk y yo nos miramos de nuevo. Esto iba mucho más allá de lo que habíamos imaginado.

—Si gustan, pueden ver a Radio. Examínenlo cuanto necesiten. Los llevaré con él.

Jyyk y yo nos pusimos de pie de inmediato, con las heridas aún recientes, pero ya cerradas por los médicos del polvo. Asentimos, y Zark nos guio por los pasillos de la nave. No tuvimos que caminar demasiado. Apenas avanzamos dos corredores, y el capitán se detuvo frente a unas puertas de vidrio opaco.

—Aquí es.

Pude ver siluetas en el interior, pero no distinguí detalles hasta que las puertas se deslizaron para dejarnos entrar. Allí estaba.

O lo que quedaba de él. Radio.

Su cuerpo estaba en una camilla metálica, cubierto por cables, placas destrozadas y partes que apenas se sostenían en su sitio. A simple vista, parecía irreparable. Pero eso no era lo primero que llamó mi atención.

Junto a él, recostada sobre la misma camilla, estaba una mujer. Joven. Hermosa. Tenía el cabello corto

y oscuro, y su uniforme rebelde resaltaba su silueta. Dormía profundamente, como si llevara horas esperando allí. Algo en su expresión me hizo sentir... extraño.

Antes de que pudiera procesarlo, noté otra figura más en la habitación. Un reptil humanoide, de escamas verdosas y cuerpo robusto, con una lengua larga y viscosa que colgaba de su boca. D'rekk.

Estaba dormido también, pero no de la misma forma que la chica. Se notaba que había estado comiendo algo. Pequeñas moscas flotaban alrededor de él, y su lengua chasqueó en el aire, atrapando una antes de acomodarse mejor en el suelo.

El capitán carraspeó. —Yuna. D'rekk.

Ambos despertaron casi al mismo tiempo.

Yuna parpadeó, un poco confundida. Al notar nuestra presencia, su mirada se endureció. D'rekk, en cambio, bostezó con pesadez y chasqueó la lengua, relamiéndose. Zark nos presentó con su tono apagado, pero directo.

—Ellos son Jyyk y Kiel. Nos ayudarán a reparar a Radio. Tienen mucha experiencia en androides y armas.

Yuna se cruzó de brazos, sin dejar de mirarnos con recelo.

—Además de eso, su paga será quedarse en la nave —continuó Zark—. Los resguardaremos y los protegeremos de la mafia... y del gobierno.

D'rekk ladeó la cabeza, intrigado.

—Ah, ¿entonces tienen problemas con el gobierno?

—Más que problemas —respondió Jyyk con una mueca—. Tienen un maldito precio por nuestras cabezas.

El reptil silbó, divertido.

—Interesante. ¿De cuánto estamos hablando? - Dijo con un poco de emoción

Yuna, frunció el ceño. Se levantó de la camilla y nos rodeó con la mirada, como si nos midiera.

—Pues maso menos como de...

—¡Alto! ¡No le digan! - interrumpió Yuna

—¡Lagarto enfermo! ¡Si viniste a ayudar, deja las recompensas de un maldito lado! ¡Ten al menos un poco de respeto por Radio! - Yuna grtó como si le tuviera odio y nos volteo a ver.

—No me importa cuánto valgan sus cabezas —dijo, con voz firme—. Para mí, solo son dos personas.

Jyyk comenzó a sudar, pero yo mantuve la compostura.

—Si no tienen cuidado con Radio —continuó Yuna—, se las verán conmigo.

Hubo un silencio tenso. El capitán salió de la habitación y D'rekk, con su tono juguetón, rompió el momento siguiendo a Zark.

—Relájate, Yuna. - El reptil pasó entre nosotros con despreocupación.

—Se ven como buenos tipos —dijo encogiéndose de hombros—. Y se nota que tienen experiencia con estas cosas.

Antes de salir, me dio una palmada en el hombro. Lo normal, en otra situación. Pero, por alguna razón, el golpe me hizo tambalear un poco. No porque me doliera. Sino porque, en ese momento, mi mente seguía atrapada en Yuna. Me aclaré la garganta y aparté la vista.

Jyyk lo notó al instante. No dijo nada, pero vi cómo me miró de reojo. "Maldito hermano entrometido."

D'rekk desapareció por la puerta, y el ambiente quedó en silencio. Yuna volvió a su lugar, sentándose jun-

to a Radio, sin apartar la vista de nosotros. Suspiré y me obligué a concentrarme.

Radio era nuestra prioridad. Nos acercamos a la camilla y comenzamos a inspeccionar sus componentes. Portaba un material único, era nanotecnología. Fluía como si fuera su sangre en algunas partes de su exoesqueleto. Algunas piezas estaban irreconocibles, otras parcialmente funcionales.

Iba a ser un trabajo difícil. Pero podíamos hacerlo. Siempre lo hacíamos. Justo cuando comenzábamos a analizar las piezas, se escuchó movimiento afuera de la puerta. Giré la cabeza. Varias personas estaban reuniéndose afuera.

El capitán Zark entro por la puerta una vez más. Regresaba demasiado pronto. Nos había traído todas las herramientas que había encontrado y no solo eso. Detrás de él, uno a uno, ingresaron siete figuras. Cada representante de las familias de los Centinelas del Aurora. Se notaba que no eran personas ordinarias. Todos desprendían una presencia imponente. En sus manos sostenían artefactos. Objetos de distintas formas y tamaños. Sin siquiera tocarlos, se sentían... poderosos.

La última en entrar fue una mujer mayor, de porte fuerte y mirada seria. Vestía un manto similar al de Yuna, pero con tonos más oscuros. —Tía. —La voz de Yuna rompió el silencio.

Se levantó de inmediato y se acercó a la mujer. —¿Qué está pasando?

La tía de Yuna no le respondió de inmediato. Se tomó un momento para observar a Radio, aún inerte sobre la camilla. Finalmente, habló. —Siempre desconfié de este androide.

Su voz era firme, pero había algo más en ella. Algo que no esperaba. Dolor.

—STRO mató a mi hermana en aquella guerra. — Por eso —continuó— intenté matarlo cuando caímos por aquella puerta en los restos de Tenik.

Escuchar esas palabras de una de sus propias aliadas hizo que Yuna bajara la mirada.

—Pero... La mujer respiró hondo.

—Me equivoqué.

Volvió a ver a Radio, con una expresión más serena. —Este androide no es nuestro enemigo.

Los demás representantes dieron un paso adelante, cada uno sosteniendo su objeto.

—Cada familia ha decidido entregarle algo —anunció la tía de Yuna—. Artefactos que lo restaurarán... y lo harán más fuerte. Un regalo para mostrar nuestra condolencia.

Uno a uno, comenzaron a depositar sus ofrendas. El primero en dar un paso al frente fue la tía de Yuna. En sus manos sostenía un par de botas antiguas, cubiertas de runas que parecían brillar tenuemente.

—Estas botas han pertenecido a nuestra familia por generaciones. —Su voz sonaba solemne mientras las colocaba junto a Radio—. La gravedad nunca volverá a ser un obstáculo para él.

Las miré con atención. Se sentían pesadas, pero al mismo tiempo, como si no pertenecieran del todo a este mundo. —Siempre se sentirá ligero, pero poderoso. —La tía de Yuna se cruzó de brazos—. Como uno de nosotros.

El siguiente en avanzar fue un hombre alto y delgado, con una máscara que cubría la mitad de su rostro. Olía a gas. Sacó algo de entre sus ropas y lo dejó sobre la mesa. Un respirador extraño, con filtros que pulsaban como si estuvieran vivos.

—Esto lo ayudará a adaptarse. —Su voz era fría—. Le permitirá convertir cualquier gas en energía... incluso, en arma.

Pasaron solo unos segundos antes de que otra persona diera un paso adelante. Esta vez, una mujer con túnica negra y ojos dorados. Alzó la mano y dejó caer un pequeño orbe oscuro que flotó en el aire por unos instantes antes de posarse junto a Radio.

—Materia oscura. —Su tono era casi un susurro—. La densidad a su alrededor responderá a su voluntad. Puede hacer que algo se desvanezca en sombras... o volverse tan sólido como una estrella muerta.

Estos artefactos no eran simples regalos. El siguiente fue un anciano cubierto de cicatrices luminosas. Sus ojos despedían un resplandor casi cegador. Sacó algo de su túnica y lo mostró. Un fragmento de cristal translúcido. Dentro de él, la luz se doblaba, se reflejaba... como si contuviera el sol.

—La luz puede ser un escudo... —el anciano colocó el prisma sobre Radio— ...o un arma.

Apenas apartó la mano, el prisma dejó escapar un destello diminuto. Luego, una figura diferente tomó la palabra. Era un hombre de apariencia joven, pero con una mirada que se sentía vieja. Como si hubiera visto siglos pasar. Sacó de una caja un pequeño dispositivo de engranajes flotantes que giraban lentamente.

—El tiempo no lo detendrá. —Su voz era tranquila, pero con un peso extraño—. No completamente.

El aparato pareció detenerse por un instante... como si el tiempo a su alrededor se hubiera congelado por una fracción de segundo. —Puede acelerar o ralentizar lo que le rodea... solo por un momento. Ni Jyyk ni yo tuvimos tiempo de procesarlo cuando una mujer con

guantes de acero avanzó. Con cada paso que daba, podía escuchar una vibración sutil en el aire.

Extendió su mano y colocó un dispositivo sobre la mesa. No parecía hacer nada... hasta que tocó la superficie y un leve eco se expandió en la habitación. — El sonido no se desperdicia. — Su voz era firme —. Toda vibración puede usarse. Toda onda puede redirigirse. El Pulso de la Resonancia.

Finalmente, solo quedaba el Capitán Zark. Se acercó, observó a Radio en silencio y, sin decir nada, colocó un guante metálico junto a él. A simple vista parecía común. Pero cuando el Capitán pasó los dedos sobre él, el polvo en la habitación pareció moverse.

— Si su voluntad es lo suficientemente fuerte... — Su tono era bajo — podrá moldear la materia.

Se enderezó y miró a todos los presentes.

— Le estamos dando más que partes. — Nos recorrió con la mirada —. Le estamos dando... un propósito.

Radio recibió lo mejor de cada familia de los Centinelas. Pero no solo eran mejoras. Eran fragmentos de su voluntad. Dejaron los artefactos allí y comenzaron a retirarse en silencio. Antes de salir, la tía de Yuna se detuvo un momento y miró a Radio una última vez.

— Te debo una disculpa... - la mujer hizo una pequeña reverencia.

El capitán se acercó una última vez. — Espero que encuentren cómodas todas estas herramientas... Una vez que hayan acabado, pueden tomar cualquier habitación del último nivel, siéntanse libres de descansar. Y si tienen hambre, la cocina está abierta para todos, solo pregúntenle a Yuna.

Antes de poder agradecerle, el capitán se retiró y todo se marcharon a sus aposentos. Nos dejaron a solas con nuestro trabajo. Era verdad que teníamos ham-



bre, no habíamos comido nada desde antes de lo de la base militar. Pero Jyyk y yo no descansamos. Nos quedamos trabajando. Los artefactos estaban frente a nosotros. Objetos que jamás habíamos visto. Pero no importaba. Nosotros éramos fabricantes. Sabíamos lo que hacíamos. Tomamos herramientas, probamos materiales, analizamos cómo integrar cada pieza a Radio.

La clave de este proceso era su propia sangre. Aquel fluido negro que aun escurría de él fue el adhesivo que nos ayudó a moldearle una nueva armadura. Más fuerte. Más avanzada. El trabajo nos consumió las horas. Hasta que la puerta volvió a abrirse.

Era Yuna. Llevaba una túnica de dormir, como si se hubiera despertado en medio de un sueño. Parpadeé. No pude evitar observarla más de lo que debía. Jyyk me miró de reojo otra vez, como si ya supiera lo que estaba pasando. Pero esta vez, Yuna no vino a discutir. Su expresión era diferente.

— Recordé algo mientras soñaba, algo que les puede interesar — dijo, con voz baja — .

Nos miró a los dos. Pero yo no pude decir nada.

— ¿Qué es lo que nos tienes que decir Yuna? - preguntó mi hermano

— Se dice que... si se juntan todos los elementos esenciales de cada familia, se puede crear algo increíble.

Jyyk arqueó una ceja. — ¿Algo como qué?

— Un agujero negro- Yuna cruzó los brazos. — Es extremadamente peligroso. Pero... si logramos contenerlo, podría darnos un poder inmenso.

Entonces dije sorprendido: — ¿¡Nos ayudarás!?

— Puede que sea una locura, pero lo intentare por el- dijo Yuna

El hambre me golpeó de golpe.

Había estado demasiado concentrado en reparar a Radio, en los artefactos y en todo lo que estaba ocurriendo como para darme cuenta antes, pero ahora mi estómago rugía como si hubiera un animal atrapado dentro.

Yuna lo notó de inmediato.

— Parece que necesitan recargar energía. — Dijo con una sonrisa divertida, cruzándose de brazos.

Jyyk levantó una ceja, sin apartar la vista del núcleo que estaba formando.

— Vayan ustedes dos. Yo me quedo trabajando.

Lo miré con sospecha.

— ¿Seguro?

— Sí, pero tráiganme algo. — Agitó la mano sin mirarnos —. Algo que no sepa a chatarra espacial.

No tenía que decirlo en voz alta. Lo estaba haciendo a propósito.

Pero no me quejé. No cuando Yuna ya estaba en la puerta, mirándome con expectativa.

— Vamos, Kiel. — Me hizo un gesto con la cabeza —. La cocina está abajo.

No dije nada más y la seguí.

Yuna caminaba con seguridad por los pasillos de la nave, como si los conociera de memoria. A diferencia de mí, que tenía que prestar atención a cada giro para no perderme. Bajamos hasta el comedor principal, un espacio enorme con un ventanal que ocupaba toda la pared.

Me detuve un segundo.

Desde ahí, las estrellas parecían tan cerca que sentí la necesidad de alargar la mano, como si realmente pudiera tocarlas.

Un contraste extraño.

Adentro, el comedor tenía un aire cálido, acogedor, con mesas largas, sillas de madera reforzada y luces suaves.

Afuera, el vacío absoluto.

No tardamos en llegar a la cocina. Era más tecnológica de lo que esperaba.

Los refrigeradores eran enormes, con pantallas holográficas que mostraban su contenido sin necesidad de abrirllos. Toda la comida que habían recolectado en sus viajes por la galaxia estaba almacenada allí.

Yuna se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres comer? Tenemos carne de bestias de las selvas de Dornekk, verduras de Arlath, frutas de Lhyss... —dijo con naturalidad, pasando su dedo por la pantalla del refrigerador—. También hay pastas azules, sopa de cochinilla titánica...

Arrugué la nariz.

—Eso suena asqueroso.

Ella rio.

—No es tan mala. Aunque... —se detuvo, deslizando su dedo hasta detenerse en otra opción—. También hay carne de pulpo.

El nudo en mi garganta fue instantáneo. Por un segundo, la imagen de Neysha apareció en mi mente. El instante en el que salió volando por ese maldito bastardo. Tirada en el suelo luchando por su vida.

—¿Kiel?

No respondí.

—¿Te pasa algo? Respiré hondo y apoyé las manos en la mesa más cercana.

—Es solo que... mi mejor amiga, Neysha, está herida. Se está recuperando en la enfermería de esta nave.

Yuna me miró en silencio, con una expresión más suave.

— ¿Es importante para ti?

Asentí.

— Después de mi hermano... ella es lo más importante.

Ella me observó un instante y luego, sin perder su tono ligero, se inclinó un poco hacia mí.

— Entonces... tampoco quieres comer sopa de cochinilla titánica, ¿cierto?

Solté una risa inesperada. — HA, HA, definitivamente no.

— ¿Y qué tal esto? — Tocó una opción en el refrigerador y apareció un plato sencillo pero delicioso: “Né-bula de Orvha”

Mi plato favorito- dijo

La miré, sorprendido. También era el mío. Se trata de un platillo de pasta cremosa, hecha con fideos de szären, una planta que crece en los lagos ácidos del planeta Vhoss. A pesar de su origen, su sabor es suave y ligeramente dulce, con una textura que absorbe muy bien los sabores. La crema está hecha con leche de fauntrik, una bestia de piel espinosa que habita en los bosques de Arlath, cuya leche tiene un tono azul plateado y un sabor terroso con notas de almendra. Además, se sirve con finas láminas de tárven, un crustáceo translúcido de las aguas heladas de Lhyss, que al cocinarse adopta un tono dorado y un sabor entre marisco y mantequilla. El toque final es un polvo de raíces de Vyrel, que le da un aroma ahumado y una leve sensación de calor en el paladar.

— No puede ser...

— Parece que tenemos gustos en común — Sonrió con complicidad —. Eso es buena señal - pensé

No pude evitar preguntarle a Yuna porque era su favorito. La conversación se hizo cada vez un poco más

personal, ella me dijo que, Para ella, el Nébula de Orvha le recordaba a su infancia en los Centinelas, pues su madre y tía lo preparaban en las noches frías antes de las misiones.

Entonces ella también me pregunto: ¿Y porque es tu favorito? - soltando una pequeña risa

Yo le dije que para mí su sabor y textura me transportaban mucho a los tiempos en los que cocinaba con Jyyk en nuestro laboratorio escondido, obviamente nosotros teníamos que robar cada ingrediente, y probablemente ser castigados por eso, pero valía la pena cuando la vida aún no estaba llena de persecuciones y guerra.

Por primera vez en horas, me sentí relajado.

Comimos juntos en la cocina, entre risas y anécdotas sueltas. Fue un momento simple... pero en medio de todo lo que estábamos viviendo, se sintió especial.

Decidimos regresar, pues el tiempo se había ido volando, cuando llegamos con Jyyk, le entregamos su plato. Pero había pasado más tiempo del que creíamos.

El núcleo que estaba construyendo ya casi estaba terminado.

—¿Cuánto tiempo estuvimos fuera? —pregunté, sorprendido.

—Lo suficiente como para hacer casi todo el trabajo.

—Jyyk sonrió con burla mientras tomaba un bocado—. Me dejaron solo aquí con una máquina desarmada y un montón de artefactos que pueden destruir la nave.

No supe qué responder a eso.

—¿Qué hiciste exactamente? —preguntó Yuna, acercándose.

—Reconecté sus circuitos, ajusté sus servos, y su núcleo ya está casi listo. Solo faltan sus botas... y otra

cosa. —Jyyk sonrió con misterio—. Algo que estoy construyendo aparte.

No preguntamos más. Nos pusimos a trabajar juntos, ensamblando las partes finales. Uno a uno, los artefactos de los Centinelas fueron integrados tanto en el nuevo núcleo de Radio como también en su cuerpo.

Y entonces... su piel sintética comenzó a regenerarse sola. Me quedé mirando cómo, poco a poco, su cuerpo volvía a formarse, como agua reconstruyéndose en el aire. Pero el cansancio fue demasiado para nosotros. Lo último que vi antes de que el sueño me venciera fue a Radio recuperándose lentamente, mientras yo, Yuna y Jyyk nos quedábamos dormidos en la habitación.

Abrí los ojos.

Por un momento, mi visión fue un mar de estática, un ruido blanco que vibraba en mi mente como si mi sistema apenas estuviera reiniciándose. Sentía mi cuerpo pesado, extraño... diferente. No sabía dónde estaba, pero no tardé en darme cuenta de que ya no flotaba en la inconsciencia.

Cuando mi vista se aclaró, lo primero que noté fueron tres figuras dormidas en el suelo. Yuna estaba allí, con su cabello oscuro cubriéndole parte del rostro, sus manos aun ligeramente manchadas de grasa de algún trabajo reciente. A su lado, un joven de cabello revuelto y otro, de apariencia casi idéntica y cabello lacio, con gafas, ambos tenían la piel de un brillante color azul. Eran desconocidos para mí, pero por la manera en la que descansaban cerca, con rastros de agotamiento en sus rostros, supe que llevaban mucho tiempo aquí.

Entonces me miré.

Mi armadura ya no era solo gris. Ahora era gris metálico con tonos algo azulados, con detalles sutiles que reflejaban la luz de la habitación. La sensación era distinta... me sentía bien. Extremadamente bien. Mis movimientos eran fluidos, ligeros, como si la gravedad hubiera dejado de afectarme por completo. Fue entonces cuando noté las botas de acero en mis pies. No eran solo simples botas. Algo en ellas me hacía sentir más fuerte, más ágil, como si el peso de mi cuerpo ya no dependiera de las leyes físicas.

Pero lo más llamativo estaba en mi brazo derecho.

Tenía una muñequera con un mecanismo extraño: un círculo giratorio, con flechas que cambiaban de color entre azul y morado cada vez que lo movía.

Antes de que pudiera procesarlo, un ruido me distrajo.

— ¡RADIO!

El grito emocionado de Yuna fue lo siguiente que escuché antes de que su figura se abalanzara sobre mí.

— ¡Estás despierto! ¡Lo logramos!

Me tomó por sorpresa cuando se lanzó a abrazarme, envolviéndome con fuerza. Podía sentir su alivio, la emoción vibrando en su pecho.

— Casi mueres, idiota — murmuró, con una risa temblorosa, sin soltarme.

— Bueno, al parecer no soy tan fácil de matar — respondí, sonriendo.

Entonces, uno de los jóvenes del suelo se despertó de golpe.

— ¡NOOO me jodas! ¡Funcionó! — exclamó, sorprendido, incorporándose de inmediato. Sus gafas resbalaron un poco por su nariz mientras me observaba con

ojos brillantes—. No tengas miedo, amigo, somos de confianza. Te revivimos.

Fruncí el ceño. ¿Revivir? No recordaba haber muerto, lo último que recordaba era ser destruido poco a poco por Orpheon, su látigo desintegrando mi brazo. Pero ahora estaba en una sola pieza y tenía que agradecerle.

— ¡Muchas gracias por reconstruirme! pero... ¿Quién eres tú? —pregunté, con la voz aún distorsionada por el reinicio.

— Yo soy Jyyk —dijo, señalándose a sí mismo—. Ese cabrón de allá es mi hermano, Kiel. Y pues, ¡Nos acababan de recibir ayer! Nos pidieron que te reconstruyéramos, se nota que eres una persona muy importante para ellos Radio.

Él sabía mi nombre. Me sentí contento, que alguien me reconociera así era algo bueno. Aunque su apariencia era un poco extraña. Su brazo brillaba con muchísimos colores, no pude evitar perderme en la ilusión óptica que generaba. Mis ojos aún estaban procesando su brazo cuando Jyyk señaló mi muñequera.

— Eso en tu brazo es un sistema de ataque y defensa bastante... bueno, letal —admitió con una sonrisa satisfecha—. Es una muñequera con un mecanismo de fricción. Si giras el disco y disparas la flecha azul, el impacto liberará una bomba de gas que roba el oxígeno del enemigo.

Instintivamente, giré el círculo hacia la izquierda. La flecha azul brilló intensamente.

— Y si giras hacia la derecha... la flecha morada. Moví el círculo en la otra dirección.

— Esa es la más poderosa. Si impacta en algo, crea un agujero negro que traga y destroza lo que sea que

esté en su RADIO de acción. –JAJA Entiendes! RADIO, como tu–

El chiste había sido malísimo, pero algo hizo que me riera, este sujeto me empezaba a agradar. ¡¿Aparte, él había diseñado este brazalete solo?! Era increíble, debía tener mucho talento con las armas.

– También funciona como escudo – añadió Yuna – . Refleja vibraciones, ciega a los enemigos y repele impactos con una fuerza brutal.

Inspiré profundamente, tratando de asimilarlo. Pero hubo algo que me desconcertó aún más.

– Mi pecho... Mi antigua placa de STRO... había desaparecido.

El símbolo que me ataba a ellos, que me marcaba como un arma... ya no existía.

– No tienes idea de lo difícil que fue quitar ese símbolo – dijo Kiel, notando mi expresión – . Pero valió la pena.

Me levanté, moviéndome con facilidad.

– Gracias... a los tres – dije con sinceridad.

Yuna sonrió, con una chispa en los ojos.

– No tienes que agradecerlos. Ahora eres uno de los nuestros.

Más tarde, cuando todos despertamos por completo, Yuna nos llevó a desayunar. No había probado comida en mi vida, pero la idea de acompañarlos me resultó... agradable.

Sin embargo, al llegar al comedor, el ambiente era tenso.

– ¿Qué demonios pasó aquí? – murmuró uno de los Centinelas, observando el desastre que había en la cocina.

Había comida tirada en el suelo, platos destrozados, restos de lo que parecían ser los ingredientes del día esparcidos por todas partes. Un desorden absoluto.

Yuna y Kiel intercambiaron una mirada de confusión.

—Nosotros dejamos todo limpio anoche... —susurró Yuna.

—Sí... esto no lo hicimos nosotros.

La tensión comenzó a crecer entre los Centinelas. Algunos ya dudaban del Capitán Zark y de la cantidad de desconocidos que había subido a la nave. Murmullos recorrieron el comedor, creando un aire de incertidumbre y desconfianza.

—El Capitán está cometiendo un error... —escuché decir a uno de los Centinelas.

—¿Cómo sabemos que esos extraños no son una amenaza? —agregó otro.

La discusión se intensificó rápidamente. Las voces subían de tono, el ambiente se cargaba de tensión... hasta que un grito rompió la pelea.

Un grito de dolor.

Provenía del segundo nivel.

Sin pensarlo, Yuna, los hermanos y yo corrimos junto a los Centinelas en dirección al sonido. Subimos las escaleras en un instante, cruzando el pasillo hasta la habitación de los líderes de cada familia.

Lo que vimos dentro fue terrorífico. Karno estaba arrodillado en el suelo, con el Capitán Zark en sus brazos.

—¡Está herido! —Grito Karno, presionando una tela ensangrentada contra el abdomen del Capitán.

Zark estaba inconsciente, su piel perlada de sudor.

—Lo... lo apuñalaron... pero... sigue con vida...

Un silencio sepulcral se apoderó de la sala. Y entonces, la tía de Yuna entró

— ¿¡QUIÉN HA SIDO EL CULPABLE DE ESTA ATROCIDAD!? — bramó, con su mirada encendida en furia.

Nadie respondió. Nadie. El ambiente se volvió insostenible. La sospecha, la duda... la incertidumbre carcomía a cada Centinela en la habitación. ¿Había un traidor entre nosotros?

— Llévenlo a la cápsula de recuperación — ordenó Karno

Nos dirigimos a la sala blanca de recuperación, donde adentro se encontraba un pulpo adorable, vi como Jyyk y Kiel se quedaron atrás un momento, observándola a través del cristal. Aún no estaba recuperada. Su cuerpo permanecía sumergido en el líquido curativo, pero su piel seguía pálida, con heridas aun cerrándose lentamente. Se veía frágil, dormida, vulnerable.

Kiel suspiro y dijo — Debe resistir... debe hacerlo.

Jyyk colocó una mano en su hombro.

— Lo hará.

Mientras tanto, afuera, el ambiente en la nave era frágil como el cristal antes de romperse. Las miradas de los Centinelas eran una mezcla de desconfianza, rabia y miedo. El ataque al Capitán Zark los había dejado alterados, paranoicos.

Decidí actuar.

— ¡Silencio!

Mi voz retumbó con un tono que no admitía discusión. Todos se giraron para mirarme. Apenas en aquel momento se dieron cuenta de que estaba despierto. Por la conmoción, nadie había notado mi recuperación. Ahora, sin embargo, me veían con los ojos bien abiertos, con sorpresa y alivio.

Sabían que no había sido yo quien atacó al Capitán. Confiaban en mí.

—Gritar no nos llevará a nada —dije con firmeza, mirando a cada uno de los presentes—. Zark está vivo. Lo protegeremos. Y encontraremos al culpable.

—Radio tiene razón —dijo Yuna con autoridad—. No podemos seguir discutiendo como si estuviéramos en un mercado.

Las voces comenzaron a bajar de intensidad, aunque la tensión seguía en el aire.

—Además... estamos a un solo salto de llegar a la ubicación de las coordenadas —continuó—. Hasta que aterricemos, nadie saldrá de su habitación.

Hubo quejas. Los Centinelas no estaban convencidos, pero sabían que no podían ignorarnos. Entre ellos alguien levantó la voz.

—¡Esos dos no deberían estar aquí!

Uno de los Centinelas señaló a Kiel y Jyyk. —No pueden decirnos qué hacer cuando ellos son unos malditos criminales.

—Están buscados en toda la galaxia —añadió otro—. ¡Su recompensa es de veinte millones de créditos!

Kiel y Jyyk se pusieron rígidos. Era obvio que esa información no era nueva para ellos, pero escucharla gritada en su contra en un momento así...

Kiel cruzo sus brazos incomodo y Jyyk entrecerró los ojos detrás de sus gafas, pero ninguno dijo nada.

De la nada D'rekk rio en voz baja. Su reacción fue diferente a la de todos los demás. Su sonrisa se ensancho con un brillo extraño en los ojos. Por un segundo, pude ver la codicia brillando en su expresión, a punto de decir algo...

—¡Silencio, basura! —les gritó a los Centinelas—. Radio y Yuna han hablado. Y lo que dicen tiene sentido.

Se había puesto de nuestro lado, los demás lo miraron, sorprendidos.

— El Capitán está estable — continuó D'rekk —. Así que, en vez de quejarse como niños idiotas, hay que resolver esto. ¡Revisaremos las cámaras, y le sacaremos las entrañas a quien haya sido!

Los murmullos aún flotaban en el aire, pero nadie tuvo más argumentos. Uno a uno, los Centinelas se marcharon a sus habitaciones, encerrándose, acatando la orden.

Ahora solo quedábamos nosotros.

Nos dirigimos a la sala principal de monitores. Un lugar donde nadie entraba, pero donde las cámaras siempre estaban funcionando. Yuna se acercó a la puerta y presionó la palma de su mano contra un panel. Un símbolo luminoso brilló en su piel por un segundo, y la puerta se deslizó suavemente hacia un lado. Dentro, las pantallas parpadeaban con imágenes en tiempo real de cada rincón de la nave. Nos sentamos. Yuna comenzó a trabajar. La tensión era pesada como el acero, nadie hablaba mientras ella retrocedía el metraje hasta la noche anterior.

Lo que vimos... no fue lo que esperábamos. En la pantalla, aparecieron Yuna y Kiel en la cocina, hablando y limpiando después de haber tenido la cena.

Hasta ahí, todo parecía normal. Ambos caminaron, saliendo de la cocina y cuando se fueron... una figura emergió de una esquina.

— ¿Qué...? — murmuré.

Todos nos inclinamos hacia adelante, observando cada detalle. Zark estaba espiándolos. Se quedó ahí por minutos enteros, observando, como si los hubiera estado vigilando en secreto.

— ¿Qué mierda? — soltó Jyyk

Lo vimos hacerlo. Zark entró a la cocina y desordenó todo a propósito. Volcó los platos. Tiró la comida. Derribó los utensilios. Como si estuviera fabricando una escena falsa.

— ¡Ese pinche enfermo! — exclamó Kiel, con sus ojos enfocados en la escena

Pero lo peor estaba por venir. Seguimos observando el video. Después del desastre en la cocina, Zark se dirigió a su habitación... con un cuchillo afilado de la cocina en la mano.

— No... — susurró Yuna, cubriéndose la boca.

La imagen nos heló la sangre. En la oscuridad de su cuarto, Zark se miró en un espejo... y sin dudarlo, se apuñaló a sí mismo en el abdomen.

Una. Dos. Tres veces. En completo silencio. Como si su mente estuviera en otro lugar. La sangre se esparció en su uniforme mientras él permanecía quieto, con una expresión vacía.

Yuna se cubrió la boca con una mano.

Kiel y Jyyk parecían atónitos.

Yo... no sabía qué pensar. Incluso D'rekk — quien normalmente se burlaba de todo — pareció sorprendido. Aunque no pudo evitar hacer un chiste.

— Bueno... eso no me lo esperaba.

Pero incluso él no sonaba convencido de su propio humor. Un temblor recorrió la nave, como un latido profundo en el metal. Las luces parpadearon y un leve sonido de fricción se propagó por los pasillos. Habíamos aterrizado.

Por un momento, nadie habló.

La imagen de Zark apuñalándose a sí mismo aún flotaba en nuestras mentes, como un veneno imposible de ignorar.

— ¿Es aquí? — preguntó Jyyk en un susurro.

Yuna asintió lentamente aun perturbada por la imagen. — Las coordenadas nos guiaron hasta este punto exacto — dijo, sin despegar la vista de las pantallas—. La luna de las sombras.

Me levanté primero. Mi nueva armadura no hacía ruido al moverme, pero sentía su peso perfectamente equilibrado en mi cuerpo. Mis botas se hundieron ligeramente en el suelo de la nave, pero al mismo tiempo, me sentía increíblemente ligero.

Dimos la vuelta. Uno a uno, salimos de la sala de monitores y comenzamos a caminar por los pasillos hasta llegar a la gran sala de observación. El pasillo se sentía más largo de lo normal, como si la nave nos retuviera en su interior por un instante más. Pero finalmente, llegamos.

Las puertas se deslizaron hacia los lados con un leve zumbido, y el gran ventanal apareció ante nosotros.

La luna frente a nosotros era oscura, pero no del todo negra.

La superficie estaba cubierta por rocas grises y grietas profundas, con destellos de minerales azules incrustados en la tierra.

Un velo de polvo flotaba en el aire como si la luna respirara de forma lenta e invisible.

Los motores de la nave aún vibraban levemente, dejando escapar un sonido apagado por el aterrizaje.

— Es... diferente a lo que esperaba — murmuró Kiel, con los brazos cruzados.

Jyyk limpió el lente de sus gafas con la manga de su abrigo, sin dejar de mirar la superficie.

— Parece muerta — dijo en voz baja. Pero no estaba muerta. Y lo supimos cuando vimos la figura.

A lo lejos, en medio del horizonte silencioso, una silueta se recortaba contra el paisaje.

Una sombra más entre las rocas, inmóvil, distante. No era un error. No era una ilusión. Alguien estaba allí. Observándonos. Mis dedos se crisparon por instinto. El metal de mi muñequera hizo un leve chasquido cuando giré el mecanismo, sintiendo la vibración de las flechas preparándose en mi brazo.

Yuna dio un paso adelante. — ¿Qué... es eso?

D'rekk sonrió con emoción. — Parece que alguien nos estaba esperando.

Yuna exhaló con tensión. Kiel y Jyyk se quedaron en silencio.

Yo... sentí algo extraño en el pecho. Como si ese momento ya hubiera sido escrito antes.

Supimos que el verdadero misterio... apenas comenzaba.

CAPÍTULO SEIS

EL PROTOCOLO DE TRANSMISIÓN UNIVERSAL.

La atmósfera de la luna se sentía como si estuviera contaminada con un pasado que aún no moría. A medida que avanzábamos, los centinelas se dispersaban, moviéndose con cautela sobre el terreno irregular. Yo me adelanté, asegurándome de que Kiel y Jyyk se mantuvieran cerca. Sabía lo capaces que eran los centinelas. Sabía lo que podrían hacerles si la paranoia se apoderaba de ellos. Las miradas aún estaban sobre los hermanos, pero ya no con desconfianza... sino con un desprecio apenas contenido.

No dejaría que les pasara nada. Corrí. Mis botas respondieron con precisión, ajustándose a la baja gravedad con una fluidez perfecta. Por un momento, disfruté la sensación, sintiendo la velocidad correr por mi cuerpo sin esfuerzo alguno. Pero incluso en medio de la adrenalina, las imágenes del capitán Zark aún que-

maban mi mente. Apuñalándose. Como si hubiera perdido la razón. Como si algo lo hubiera poseído.

— ¡Oigan, asesinos!

Me detuve en seco. Los centinelas se habían agrupado unos metros adelante, pero uno de ellos no estaba con los demás. Voak. El primo de Yuna. Caminó hacia Kiel y Jyyk con una sonrisa torcida.

— Su recompensa subió — dijo con tono burlón —. Veintiún millones de créditos... ya podrían comprar un pequeño planeta con eso.

Kiel no respondió. Jyyk, en cambio, escupió en el suelo.

— ¿Y qué? ¿Vas a entregarnos tú cabrón? — murmuró, con una mirada afilada.

Avancé. — Déjalos en paz, Voak.

Mi voz salió más firme de lo que esperaba. Voak se giró de inmediato hacia mí, su expresión lista para soltar alguna estupidez más...

Pero no lo hizo. Sus ojos me recorrieron de arriba a abajo, fijándose en mi nueva armadura, mis botas, mi muñequera. En mí.

Algo en su postura cambió. Me tenía respeto. Dio un paso atrás, levantando las manos.

— Tranquilo, Radio. Solo hablaba.

No lo podía creer. El mismo Voak que antes no perdía oportunidad para menospreciarme... ahora me trataba diferente. No sabía si debía sentirme bien o asqueado. Pero no importaba ahora. Porque finalmente, nos acercamos lo suficiente. Y vimos lo que nos había estado esperando.

El eco de su voz aún resonaba en el aire cuando di un paso adelante, sin poder apartar la vista de la imponente figura que tenía frente a mí.

Sus ojos seguían brillando, un resplandor profundo y antiguo, como si en su interior habitaran siglos de conocimiento enterrado.

Había algo familiar en él.

Algo que hacía que mi pecho se encogiera con una sensación que no terminaba de comprender.

—Tú... —mi voz salió casi en un susurro—. Tú me salvaste.

El coloso me observó en silencio.

Sus rasgos no cambiaron, pero la forma en que inclinó la cabeza me hizo pensar que estaba intentando recordar.

—Ah... —su tono fue suave, como si las palabras viajaran desde un lugar lejano—. Tú eras el niño.

Mis manos se cerraron. No era un niño. Había sido un hombre. Un hombre moribundo, destruido.

Un recuerdo fragmentado cruzó mi mente. Sangre en mis labios. Mi visión oscureciéndose.

Y unas manos enormes sacándome del abismo.

—Sí... —dije, con un hilo de voz—. Fuiste tú.

El coloso no me respondió.

—Los engranajes del tiempo giran sin cesar —murmuró—. Y, sin embargo, aquí estamos de nuevo.

—Necesito saber... —di un paso más—. ¿Alguna vez perdiste tu brazo?

El coloso bajó la mirada a su lado derecho, donde solo quedaban restos de una unión antigua.

Una ausencia que parecía casi natural en su cuerpo.

Tardó en responder. Como si buscara en los escombros de su memoria algo que ya no estaba allí.

—Mi brazo... —dijo en voz baja—. Creo que alguna vez se soltó de mi cuerpo.

Hizo una pausa. Su luz parpadeó lentamente, y su tono adquirió un matiz casi nostálgico.

—O tal vez fue arrebatado... —prosiguió—. No lo sé. Fue hace mucho tiempo.

No pregunté más. Sentí que no debía hacerlo. Que, quizás, algunas respuestas eran mejor dejarlas en el olvido. El coloso giró su atención hacia el resto.

—Puedo ver la duda en sus ojos, el peso en sus pasos. Buscan algo, pero aún no saben exactamente qué.

—Queremos destruir a STRO —dijo Yuna sin rodeos.

El coloso soltó un leve sonido, un murmullo profundo que podría haber sido una risa sin emoción.

—No pueden destruir aquello que se alimenta del mismo universo.

—Entonces queremos exponerlos —insistí.

El coloso se quedó en silencio. Sus ojos volvieron a encenderse con un fulgor distinto.

—Esa... —su voz descendió, como una ola que se retira lentamente—. Esa es una tarea posible.

Nos observó uno a uno, evaluándonos con una paciencia que solo alguien con incontables años de existencia podía poseer.

—STRO se oculta tras la luz —dijo—. Pero la luz puede volverse un arma.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kiel, con los brazos cruzados.

El coloso se tomó su tiempo antes de responder. Y cuando lo hizo, cada palabra cayó con el peso de una verdad enterrada.

—La letra “K” en KRENOS... no significaba “Coalición” —su mirada se afiló—. Sino “Kleptos”.

—Kleptos... —repitió Kiel en voz baja—. La palabra griega para “usurpar”.

El coloso asintió.

—Todo el gobierno del universo es una mentira. Una maquinaria de opresión escondida tras un velo de justicia.

Los centinelas se miraron entre sí. Yo sentí mi sangre hervir.

—STRO no protege a nadie —continuó el coloso—. Es el brazo ejecutor de KRENOS.

Su propósito no es unir civilizaciones, sino destruirlas. Eliminar a cualquiera que pueda desafiar su dominio. Los rostros a mi alrededor reflejaban horror.

—Les hablare del protocolo de transmisión universal —continuó el coloso—. Una llave para hackear los satélites de STRO. Enviar un solo mensaje a cada rincón de la galaxia.

Nos miramos entre nosotros. —¿Podemos usarlo? —preguntó Yuna.

El coloso se inclinó levemente hacia adelante.

—Si encuentran el acceso a sus tres bases principales, podrán hacerlo —respondió—. Pero las bases, como sabrán, tienen guardianes.

Dio un paso hacia nosotros, el suelo tembló suavemente bajo su peso.

—Los satélites de STRO están protegidos por tres fortalezas, cada una más impenetrable que la anterior. Su mirada se posó en mí.

—Para abrirlas, necesitarán esto.

Su pecho se abrió lentamente. En su interior, tres pequeños objetos relucieron con un resplandor tenue. Eran distintas a cualquier tecnología que hubiera visto antes. Antiguas, pero perfectas.

Las tomó con su única mano y nos las extendió.

—Estas llaves les permitirán entrar en el sistema.

Kiel tomó una con cuidado, como si sostuviera algo sagrado.

— ¿Solo debemos ponerlas en los satélites y ya? — preguntó Jyyk, escéptico.

Los ojos del coloso parpadearon nuevamente.

— Deben insertarse al mismo tiempo.

— Esto será imposible... — murmuró Kiel.

— No hay imposibles en el juego de los dioses — dijo el coloso, con un tono casi poético—. Solo piezas en movimiento.

Y entonces, el vacío se desgarró. Un rugido de energía nos obligó a dar un paso atrás. El espacio se distorsionó, una corriente violenta de luz nació en medio de la nada. Y desde su interior... Dos figuras emergieron. STRO había llegado.

El resplandor del portal oscilaba en el aire cuando dos figuras emergieron.

— ¡Putra madre! — Kiel se tensó como si le hubieran dado una descarga—. ¡Son los malditos maníacos de la base militar!

Él y Jyyk dieron un paso atrás, sus rostros palideciendo. Una de las figuras caminó con calma. Un hombre con su brazo izquierdo resplandeciendo en un rojo infernal, como si dentro de él ardiera el sol mismo.

Había algo único en el hombre al frente. Su nariz. No era de carne. Un fragmento de metal deformado reemplazaba lo que una vez estuvo ahí, como si alguien se la hubiera arrancado y remendado a la fuerza. Entonces Jyyk dijo emocionado:

¡MIRA TODO EL DAÑO QUE LE HEMOS HECHO A ESE MALDITO! - le dijo directamente a su hermano, perdiendo el miedo poco a poco

Su mirada recorrió la escena... hasta que vio a los hermanos. Los músculos de su mandíbula se tensaron antes de que su grito retumbara.

—¡USTEDES! ¡TENGO ASUNTOS PENDIENTES CON USTEDES!

Ellos se quedaron congelados. El coloso aún no reaccionaba cuando el general alzó su brazo...

Y con un solo tajo, lo decapitó mientras veía a los hermanos fijamente con odio. El metal antiguo se partió como si fuera una rebanada de pan.

Su cabeza cayó pesadamente. Sus ojos apagados reflejaron por un instante la luz del brazo incandescente antes de chocar con el suelo.

El estruendo espantó a todos. Pero una voz rompió el instante de shock.

—¿Por qué lo mataste? —sus palabras salieron cargadas de furia—. ¡Era invaluable! Podíamos experimentar con él mientras aún funcionaba.

Syvran no la miró.

Simplemente contempló el cuerpo sin vida del coloso con expresión inescrutable.

—Lo tuvimos por mucho tiempo... —su voz era profunda, firme—. El arma definitiva de STRO.

Sus ojos se endurecieron.

—Pero se salió de control.

Levantó la mirada hacia los restos de la máquina.

—No sabíamos que había llegado hasta aquí.

Ivesh bufó, cruzándose de brazos.

—Lo desperdiciaste.

El general no respondió. Veía a ambos hermanos, se dirigía hacia ellos. Corrí para salvarlos, pero en aquel momento...

—¡TÚ!

Mi cuerpo se tensó.

—¡Robot! —espetó, acercándose con pasos pesados—. Te he estado buscando.

Era una mujer, estudiándome con una mezcla de deleite y obsesión enfermiza.

— ¿Sabes qué es lo más fascinante de ti? —sonrió. Yo no respondí.

— Ese líquido negro... Su voz se volvió casi un susurro.

— El que chorrea por tu piel.

— Es único en el universo. Sentí mi respiración acelerarse.

— Solo tú y ese robot gigante lo tienen. — La científica dio un paso adelante.

— No hay nada igual.

Sus ojos brillaban con locura. — La tecnología más avanzada del gobierno... — hizo una pausa, disfrutando la revelación —. Fluye dentro de ti.

Su sonrisa se ensanchó. — Por eso tengo que destrozarte en partes.

Cerré los ojos con rabia. Mi pecho ardía.

— Hasta que no quede nada de ti.

Quería atacar. Pero vi los nombres en el pecho de los dos.

Comandante Ivesh.

General Syvran.

Mi visión se nubló por un segundo. Y la imagen de Tenik explotó en mi mente. Las coordenadas marcadas en mi piel. Los recuerdos sepultados. Mi boca se abrió antes de que pudiera detenerme. Los había visto en la visión en Tenik.

— ¿Husk...?

Syvran se congeló. Por un instante, sus ojos no parecían los de un monstruo, sino los de un hombre que acababa de ver a un muerto viviente. Ese segundo de distracción fue todo lo que Yuna necesitó.

Manipuló la gravedad y lanzó el cuerpo del general contra una roca distante con una fuerza brutal.

— ¡Ahora! — gritó.

La familia de la gravedad y la luz se lanzó contra Syvran, intentando aprovechar la ventaja.

Pero el general era una bestia. Los destellos de luz rebotaban en su piel, apenas dejando quemaduras menores en sus brazos biónicos. Los destrozaría a todos. Y lo habría hecho...

Si no fuera porque tomó a la tía de Yuna del cuello. La levantó en el aire con una facilidad aterradora. Sus dedos mecánicos se cerraron con fuerza, y la mujer se ahogó, pataleando en vano.

Yuna no perdió ni un segundo.

— ¡DÉJALA EN PAZ!

Su sable cobró vida en su mano. En un parpadeo, flotó con una velocidad descomunal. Antes de que el general pudiera golpearla, su hoja resplandeciente cortó de un tajo su brazo biónico. La tía de Yuna cayó al suelo, tosiendo. El general, en cambio, rugió de dolor. Pero los Centinelas no le dieron tregua.

La familia de tiempo, gas y sonido ejecutó su movimiento. El gas tóxico llenó los pulmones de Syvran...

Y entonces, algo extraño ocurrió. Un salto en el tiempo. Su cuerpo se quedó inmóvil por un segundo.

Y cuando el tiempo fluyó de nuevo... El aire se volvió una trampa invisible. El gas llenó los pulmones del general, haciendo que se ahogara. El sonido golpeó su cráneo como un millón de cuchillas vibrantes.

Syvran se tambaleó. Su sangre empezó a gotear desde sus oídos. Y aun así... seguía en pie. Pero antes de que pudiera recuperarse... El estruendo de la batalla estalló a su alrededor. Cortes profundos aparecieron en su piel. Los Centinelas pelearon contra una oleada

de robots, sus sables danzando entre el polvo. Algunos aplastaban las partículas de ellos, volviendo pesadísimos a los autómatas hasta hacer que se hundieran en el suelo. Pero mi atención estaba en la otra amenaza.

La comandante Ivesh. Ella sonrió con burla.

—Vamos, robot...

Su bastón se apoyó en el suelo.

—Solo necesito tus refacciones.

Activé mi muñequera. Estaba a punto de lanzar una flecha morada directo a su cráneo cuando D'rekk se interpuso...

—Déjamela a mí.

Sin esperar respuesta, desapareció entre la arena en cuatro patas. Su cacería comenzó. D'rekk entraba y salía de la arena de la luna tan rápido que Ivesh no pudo seguirlo. Los golpes de D'rekk vinieron de todas direcciones, desgarrando la ropa de la comandante con sus uñas

La comandante sacó un bastón. Las pinzas de su arma lo atraparon por la pierna y lo azotaron contra el suelo. Antes de que pudiera moverse, Ivesh lo pateó directo en la boca. Un colmillo de D'rekk cayó en el suelo.

D'rekk sangró. Y luego... Sonrió como un maldito desquiciado.

Más rápido. La arena se convirtió en un torbellino. Creando una ilusión óptica para Ivesh. Después de unos segundos, la comandante perdió la visión. Y D'rekk acabó con ella brutalmente.

Clavo sus garras en su pecho. Atravesándola completamente. De sus garras salió un líquido verde que comenzó a esparcirse por las heridas de Ivesh.

El mutismo cayó sobre el campo de batalla. Pero el combate aún no había terminado. Syvran se puso de



pie. Herido. Cubierto de sangre. Sin un brazo. Pero aún de pie.

Un nuevo portal se abrió tras él. Iba a escapar. Pero antes de cruzarlo, sus ojos se posaron en mí. Su voz cambió.

—Radekk... ¿De verdad eres tú?

Mi pecho se oprimió. Lo vi dudar. Lo vi asustado, y aunque mi sentimiento fue de nostalgia, lo odiaba más que eso. No dije nada. Solo lo vi desaparecer en el portal.

El portal se cerró con un destello azul. El General Syvran se desvaneció en él, llevándose consigo el cuerpo destrozado de la comandante Ivesh. Nadie intentó detenerlo. No pudimos.

Habíamos ganado la batalla. Pero la guerra aún no terminaba. Los Centinelas miraban a D'rekk con una mezcla de respeto y temor. Ahora, era un líder. Su sonrisa desquiciada seguía ahí, pero sus ojos... Eran diferentes. Quizá porque por primera vez en su vida, alguien lo veía con admiración, no con desprecio. Él lo notó.

Y en lugar de hacer algún comentario arrogante, simplemente guardó silencio. Antes de partir, la cabeza del coloso se encendió. Aún funcionaba. Nos acercamos un poco. los enormes faros que tenía como ojos parpadearon débilmente mientras nos observaba desde el suelo, inerte, roto.

—¿Ya tienen... las tres llaves? —su voz sonaba más apagada que antes.

—Ya las tenemos seguras! —respondí

Y entonces nos dio la última instrucción.

—Cada satélite tardará pocos segundos en ser hackeado.

La información se grabó en mi mente y en la de todos los demás.

—Una vez hecho eso... —continuó el coloso— la verdad se esparcirá.

Su voz titubeó por un instante.

—El universo será libre, y no habrá vuelta atrás.

Sus ojos se iluminaron por última vez.

—Buena suerte.

Y luego... Se apagó.

Aunque estábamos impactados por el exceso de información que habíamos recibido en tan poco tiempo, sabíamos que no podíamos quedarnos más tiempo en aquella Luna. Las tropas de STRO, del gobierno podrían seguir llegando.

El viaje de regreso fue muy rápido. Aunque todos estaban agotados, aceleramos el paso para despegar pronto. Los familiares del polvo nos elevaron a todos directamente al gran ventanal, como si fuera un elevador, la arena tomó nuestros cuerpos y nos impulsó hacia arriba.

El ventanal se transformó y pudimos entrar a la nave con agilidad. Los motores de la nave zumbaban suavemente cuando llegamos al comedor. Antes de que todos los centinelas se retiraran a sus recamaras para descansar, tuve que revelarlo enfrente de todos.

Lo dije. —El Capitán intentó suicidarse. -Grite fuerte, sabiendo que antes de poder comenzar cualquier plan de ataque contra el gobierno, todos tenían que saber la verdad.

Las palabras cayeron como plomo. Todos se miraron entre sí, como si hubieran escuchado mal. Algunos Centinelas murmuraron, incapaces de procesarlo, pero Yuna se adelantó. Elevó su guantelete y lo proyectó en el aire.

El comedor se quedó en silencio mientras lo veíamos. Las imágenes mostraban al Capitán de pie en la cocina, tirando todo al piso como si fuera basura. Para después tomar un cuchillo y apuñalarse en su habitación.

El video era borroso, pero su dolor se veía claro.

No fue un ataque. No fue sabotaje. Fue él mismo.

La grabación terminó. Un murmullo recorrió la sala. Las miradas cambiaron. Ahora eran de preocupación. El Capitán seguía con vida. ¿Pero su alma...? No lo sabíamos.

Una vez todos digirieron el video, la información era clara. STRO tenía tres bases principales. Cada una protegía un satélite. Si no destruíamos las bases, no podríamos hackear las transmisiones. Si no hackeábamos los satélites, la verdad nunca saldría a la luz. No podíamos fallar.

D'rekk, Yuna y yo nos convertimos en los nuevos líderes.

Conformamos un plan de ataque mientras dibujábamos planos e ideas de sabotaje en el guantelete de Yuna, ella simplemente lo proyectaba y lo explicamos juntos para que todos lo entendieran. Al final de dar las ideas principales, el grupo se dividió en tres equipos. Cada uno tendría una llave. Cada uno atacaría una base principal de STRO y usurparía todo en ella hasta encontrar donde colocar esas llaves. Una vez hecho, giraríamos las tres al mismo tiempo.

Nuestra base de comunicación sería una mezcla de la voluntad del polvo, la luz y el sonido. Se crearán mascarar con polvo que transportarían la voz de cada uno a través de rayos de luz. Aunque estuviéramos a millones de kilómetros de distancia, seguiríamos conversando fluidamente.

Y una había decidido, nuestro armamento sería construido por Kiel y Jyyk. Algunos centinelas aun los miraban con recelo. Los hermanos fueron rodeados por miradas de sospecha en la mesa del comedor.

—Ustedes... —comenzó uno de los Centinelas—. Reconocieron a esos generales demasiado rápido.

—¿Cómo es que los conocen? —preguntó otro—. Deben ser traidores.

Las manos de algunos Centinelas se apoyaron sobre las empuñaduras de sus sables.

Esperaban una respuesta. Kiel y Jyyk intercambiaron miradas. Sabían que no podían ocultarlo más.

—Porque los hemos visto antes... el día que nos infiltramos por última vez a esa base militar...

Los hermanos les contaron a todos de su trabajo de día a día. Como era que siempre robaban de aquella base, una base militar enorme, con una serie de estructuras geométricas que se hundían en la tierra, como si quisieran ocultar algo bajo la superficie. Como siempre los hermanos se infiltraron sin ser detectados, deslizándose entre los contenedores de carga y las torres de vigilancia. Llegando a la entrada camuflados con pieles sintéticas.

Y cuando estábamos dentro- dijo Kiel

Jyyk continuo— En el centro de la base, había una estructura colosal, oculta tras telas negras pesadas como plomo.

—Era algo grande —dijo Kiel—. Más grande que cualquier nave de guerra que hayamos visto.

Las telas se levantaban con el viento, dejando entrever una superficie oscura, como si absorbiera la luz.

Estaba completamente sola, nadie la custodiaba. Nos confiamos. En medio de todo, estaban ellos.

Syvran y la comandante Ivesh.

Los hermanos los vieron llegar al mismo lugar.

—Eran ellos —dijo Kiel—. El general y la científica.

Jyyk complemento — Ambos comenzaron a hablar de un robot y de un proyecto, no pensábamos que el robot al que se refería fuera Radio.

Cuando terminamos de explicar, Los centinelas lograron entendernos, todos asintieron despegando las manos de sus armas. Si KRENOS estaba construyendo algo de esa magnitud, no había tiempo para desconfiar entre nosotros. Nadie dudó. Solo quedaba elegir al líder de cada flota.

Nos preparamos. Los días pasaron con velocidad. La nave se convirtió en un cuartel. El Capitán seguía en recuperación. Aún no hablaba mucho. Pero lo veía mejorar poco a poco. Por otro lado, el pulpo aun no mostraba signos de recuperación, sus heridas seguían igual, aunque seguía respirando. Mientras tanto, los Centinelas entrenaban sin descanso.

Nos detuvimos en un planeta sin nombre. Ahí, bajo el cielo púrpura y las lunas gemelas, comenzaron los entrenamientos. Los grupos practicaron tácticas de combate. Aprendimos cómo derribar a los robots de STRO. Descubrimos cómo resistir las armas de energía. Los Centinelas entrenaban con sus sables, perfeccionando cada movimiento. Los de la voluntad del polvo creaban sus propios objetivos y disparaban a ellos con sus armas. Crearon figuras con forma de el general Syvran y del presidente. Nunca había visto la cara del presidente en mi vida, pero sin duda era alguien a quien quería conocer, para poder acabar con su corrupción. Algunos aprendieron a manipular el terreno a su favor, creando distracciones y trampas.

Yo entrené durante horas, sintiendo cómo cada una de las voluntades respondía a mi cuerpo de formas

distintas. Mis botas me impulsaban con precisión entre los obstáculos. La gravedad se volvía mi aliada cuando me lanzaba en saltos imposibles, deteniéndome justo en el punto exacto para no perder el equilibrio. Sentía el tiempo alargarse en los instantes clave, mis reflejos agudizados al máximo. El sonido vibraba en mis oídos, alertándome de cada pequeño movimiento a mi alrededor.

Mi brazalete resplandecía en mi muñeca mientras disparaba mis flechas. Las moradas atravesaban los maniquíes que los Centinelas del polvo creaban, absorbiendo su fuerza hasta hacerlos colapsar en un susurro silencioso. Las azules estallaban en destellos controlados, lanzando un gas que los desintegraba.

Pero la voluntad del polvo... esa se me seguía escapando. La sentía, como un eco en el aire. Veía a los Centinelas del polvo moldear formas, levantar muros con solo un gesto. Pero cuando yo intentaba hacerlo, el polvo apenas respondía. Volví a intentarlo. Me concentré, enfocándome en el suelo bajo mis pies, en la arena flotante que danzaba en el aire. Extendí la mano, intentando darle forma, controlarla.

Nada. Frustrado, disparé otra flecha morada contra un maniquí, viendo cómo su energía se disipaba en un resplandor violeta. Respiré hondo, flexionando los dedos. Aún no lo dominaba. Pero lo haría. Con el tiempo, lo haría.

Cada noche, revisábamos el plan. Cada mañana, lo ejecutábamos. Y cada día nos acercábamos más a la guerra.

Mientras todos entrenaban, Kiel y Jyyk trabajaban en su laboratorio. Forjaban nuevas armas. Mejoraban los sables de los Centinelas. Creaban dispositivos que nos darían ventaja en la batalla. Cada vez que pasaba

por su taller, veía chispas volar y escuchaba el sonido del metal siendo moldeado. Y cada vez que salían con un nuevo prototipo, sabía que nuestra victoria estaba un paso más cerca.

El último día de entrenamiento, nos reunimos en la nave. Los equipos estaban listos. Las armas preparadas. Los planes claros. No había vuelta atrás. Nos miramos unos a otros. Sabíamos que algunos no volverían. Pero, aun así, íbamos a hacerlo. Nos dimos las últimas 24 horas para descansar y recargar fuerzas.

Nos quedaban tan solo unas pocas horas para atacar esas malditas bases. No podía evitarlo, estaba emocionada. Nuestro plan parecía que saldría perfecto, ninguna parte de él tenía fallas. Las bases ya estaban ubicadas. Valdex. Lhyss. Dornekk.

Tres fortalezas de STRO, tres baluartes del control absoluto. Habíamos pasado semanas recopilando información, infiltrando drones y analizando rutas. Cada una era un monstruo por sí sola, con barreras impenetrables y ejércitos listos para responder. Lo único que me preocupaba y hacía que mi emoción se fuera por instantes fue un error, las bases estaban demasiado cerca unas de otras. Si caía una, las otras dos reaccionarían en cuestión de minutos. Así que no podíamos fallar.

La nodriza ya estaba despegando, despejando un espacio en el desierto de aquel planeta inhabitado que habíamos utilizado para entrenar y refugiarnos. Solo quedaba comenzar a dirigirnos al punto indicado para que los tres equipos partieran a cada planeta.



Esa noche, o bueno, lo que considerábamos noche. Es difícil saber cuánto tiempo pasaba en la nave, normalmente durante nuestra preparación no tuvimos un amanecer que nos dijera que ya era de día mientras viajábamos. Lo único que tenemos es el gran ventanal mostrando el color oscuro del vacío. Solo podemos ver las grandes nebulosas, las creaturas enormes y las estrellas en la lejanía. Ese gran ventanal fue lo único en lo que mis ojos se fijaron mientras que todos dormían o intentaban convencerse de que podían dormir. Decidí salir a uno de los balcones del ventanal, donde podía estar afuera de la nave sin comenzar a flotar. Esto solo era gracias al escudo que cubría la nave. Uno de los experimentos que Jyyk y Kiel realizaron durante todo este tiempo, sin duda era una muy buena aportación. El frío del vacío se filtraba levemente a través del escudo energético, pero no lo suficiente para incomodarme. Me gustaba ese silencio, el instante que estaba teniendo antes del terror.

—No puedes estar solo ni cinco minutos, ¿verdad? Sonreí sin girarme.

Sentí a Kiel antes de que hablara.

—¿Y tú qué haces aquí? Creí que los hermanos estaban ocupados creando su próxima arma de destrucción masiva.

—Nah, solo estamos haciendo algo pequeño esta vez. —Se cruzó de brazos, apoyándose en el marco de la compuerta—. ¿Qué miras?

—Las nébulas rojas —Hice un gesto con la cabeza—. Tú también lo haces, ¿no?

Kiel soltó una risa baja.

—Sí, supongo que sí. Desde que era niño.

Me quedé en silencio, dándole espacio para continuar. Con Kiel, forzar una conversación era el camino más rápido para no obtener respuestas.

— Mi hermano y yo solíamos subir a nuestra guarida, un observatorio abandonado. — dijo tras un rato — . Teníamos un telescopio que creamos con nuestras propias manos. Apenas y podía pararse en el suelo con sus tres patas, pero... era suficiente. Nos pasábamos las noches observando los cielos, imaginando historias, nombrando planetas.

Le lancé una mirada de reojo.

— Déjame adivinar. Vieron un planeta y decidieron que algún día lo visitarían.

Él sonrió, como si hubiera esperado que lo dijera.

— Así es. Un punto brillante, con colores azules. En lo extenso de su selva, se dice que existe el material para crear las mejores armas nucleares. Lo llamamos *Dédalos*.

Me acomodé contra la pared, cruzando los brazos.

— Conozco ese planeta.

Kiel frunció el ceño.

— No puedes conocerlo. No está registrado en ninguna parte.

— Para los Centinelas sí lo está. — Le di una mirada crítica — . Se llama *Diályma*.

Su expresión cambió. La curiosidad se mezcló con algo más profundo, algo que rara vez veía en él: asombro.

— ¿Diályma?

— Es un mundo solitario en el borde de la galaxia. Nadie lo visita porque está rodeado de un campo de asteroides casi imposible de atravesar. Tu sueño se podría hacer realidad.

Lo vi procesarlo. Era raro verlo sin palabras, pero ahí estaba, como si todo lo que creía imposible de repente estuviera al alcance de su mano.

— Puedo llevarte — dije con confianza —. Cuando terminemos con STRO, cuando esto acabe, puedo volar contigo y con Jyyk hasta ahí.

Él soltó el aire en un suspiro, una risa seca escapando de sus labios.

— Yuna, tú eres parte de la rebelión. No puedes simplemente largarte a buscar planetas perdidos.

Le di un codazo suave. — ¿Quién dijo que me largaría? Aparte, ese planeta no está perdido, nosotros tenemos las coordenadas, incluso sabemos los atajos para llegar en segundos.

Kiel, esto no se trata solo de la rebelión.

Kiel me miró un segundo, luego negó con la cabeza, pero su sonrisa permaneció.

Yo pensaba que para ti todo giraba en torno a la rebelión, acabar con STRO y ya sabes... esas cosas. Pero no te preocupes por eso ahora. Jyyk y yo ya estábamos preparando algo.

Levanté una ceja. — ¿Algo?

— Sí... pues la verdad, no teníamos idea exacta de dónde estaba este planeta. Pensábamos... ir a buscarlo de una vez por todas. Construimos una nave. Algo pequeño, rápido, capaz de moverse sin ser detectado.

Y estamos diseñando un equipo de recolección.

Pensábamos irnos... ahora.

— ¡¿QUÉÉÉ?! — exclame, girándome completamente para encararlo —. ¡Pero si el ataque es en unas horas! ¡No pueden irse ahora!

Kiel se quedó en silencio un momento, observando la inmensidad del espacio con una expresión extrañamente serena. Luego, con un suspiro dijo:

—Por eso estoy aquí... quería despedirme.

Sentí un nudo en el estómago. La forma en la que lo dijo, tan simple, tan directa, me heló la sangre. Kiel mantuvo su expresión tranquila, como si ya hubiera ensayado esa conversación una y otra vez en su cabeza.

—Yuna, este es nuestro sueño. Siempre lo ha sido. Desde que éramos niños, Jyyk y yo soñamos con encontrar ese planeta. No hay mejor momento que ahora.

—¿Y Neysha? —solté—. ¡No pueden irse aún! ¡Neysha todavía no se recupera!

—Ya lo hemos pensado. —Kiel me miró con un atisbo de compasión—. Le construimos una cápsula médica, diseñada para estabilizarla en el viaje. Estará bien, te lo prometo. No tienes nada de qué preocuparte.

No podía creer lo que estaba escuchando. Todo lo que habíamos pasado juntos, las batallas, las estrategias, las victorias y derrotas... ¿y ahora, simplemente se iban?

Kiel se acercó un poco más y me miró con una intensidad que nunca había mostrado.

—Desde que te conocí, Yuna, siempre me atraíste. Eres la mejor guerrera que he conocido, una líder nata, alguien con quien siempre quise luchar codo a codo.

Mi corazón latió con fuerza, pero no por emoción, sino por el peso de la situación. Trague saliva y baje la mirada unos segundos antes de encontrar las palabras.

—Te aprecio mucho, Kiel. De verdad. —Hice una pausa y tomé aire—. Y eres increíble construyendo armamento, diseñando estrategias... pero no siento lo mismo por ti.

Kiel desvió la mirada por un instante, como si la respuesta ya la hubiera esperado, pero aun así doliera un poco. Luego sonrió con tristeza y asintió.

—Lo imaginaba. No te preocupes, Yuna. No cambia nada de lo que hemos vivido.

Se hizo un silencio incómodo entre los dos. Sentí que debía hacer algo, decir algo más. Finalmente, rebusqué en uno de mis bolsillos y saqué un pequeño dispositivo del tamaño de mi palma, una tableta que estaba directamente vinculada a mi brazalete, modificada con tecnología que yo misma había hecho hace mucho tiempo.

—Toma —le extendí la tableta—. Te voy a mandar las coordenadas y los atajos dentro de cinco sectores del universo. Lo mejor que tenemos para que lleguen rápido... y sin chocar con un sol por accidente.

Comencé a hablar a través de mi brazalete, pero justo en ese momento la tableta —sincronizada con él— encendió el audio. Mi voz se escuchó doble, con un eco metálico bastante molesto.

—Genial —murmuré—

Kiel soltó una pequeña carcajada

—También podré avisarte cómo va el ataque... y Kiel, por favor tengan cuidado.

Kiel tomó el dispositivo con una mirada agradecida y lo guardó en su cinturón.

—Gracias. Por todo. Yuna... despídenos de los demás.

Asentí, aunque sintiendo una extraña mezcla de orgullo y tristeza. Nos quedamos en silencio un segundo más, hasta que Kiel se giró y comenzó a caminar de regreso a la compuerta. Observé cómo desaparecía por el pasillo y sentí una punzada en el pecho. No podía detenerlos, aunque quisiera, es que algo dentro mí me dijo que ese adiós podía ser el último

CAPÍTULO SIETE

LA CONVERSIÓN

El momento llegó, todos estaban ya en sus puestos empezando con lo que parecía una misión imposible. Mientras, nosotros ya estábamos en la nave con las coordenadas de Diályma. Jyyk ajustó los controles, sus manos moviéndose con precisión mientras la nave salía de la nodriza de los centinelas con cautela. En la parte trasera, la cápsula con Neysha vibraba suavemente, su contenido resguardado por un campo estabilizador. Yo no podía dejar de pensar en el rechazo de Yuna, de verdad pensé que había algo entre nosotros.

Activé la tableta, enlazándola con la radio principal de la nave.

—Aquí Kiel. Iniciamos el trayecto a Diályma. Todo en orden por ahora.

Las voces en la radio eran una mezcla de tensión y determinación. Yuna y Radio coordinaban a los suyos, guiando a los de la gravedad y el tiempo hacia las instalaciones centrales. Karno y su equipo de la luz y la

materia oscura ya estaban infiltrados en su base, derribando centinelas mecánicos en completo sigilo. D'rekk avanzaba con su escuadrón de sonido y gas, ocultándose entre los pasadizos industriales, desactivando torretas y eliminando patrullas una por una.

—Vamos a atacar simultáneamente —escuché decir a Radio—. Karno, ¿estás listo?

—Mi gente ya está en posición —respondió Karno—. Nos encontramos con resistencia, pero nada que no podamos manejar.

El eco de explosiones sacudió la frecuencia. Un rugido cruzó la radio, seguido de disparos de plasma y gritos de guerra. Karno y su grupo se habían encontrado con la general de aquella base: una mujer de piel oscura con un torso humano, pero piernas mecánicas en forma de una araña de metal. Se movía con una rapidez imposible, saltando entre sombras, sus extremidades disparando ráfagas de energía.

—Es demasiado rápida —gruñó uno de los soldados de Karno.

—No lo suficiente —respondió Karno.

Con un grito de orden, su grupo activó las habilidades de la luz. Disparos de energía pura iluminaron los pasillos, envolviendo a la general en un resplandor cegador. Con la materia oscura, los combatientes manipularon el entorno, distorsionando el espacio alrededor de los robots enemigos, haciendo que sus cuerpos se desvanecieran en un vacío sin retorno. La batalla fue brutal, pero finalmente, la general cibernética cayó. Un estallido final sacudió la base y, cuando el humo se disipó, Karno confirmó su victoria.

—Base asegurada. Vamos a los satélites.

¡ESO! - Gritamos Jyyk y yo

La emoción se convirtió en tensión, Jyyk y yo intercambiamos una mirada. Habíamos sobrevivido a muchas cosas juntos, pero el verdadero reto estaba ante nosotros cuando vimos que enfrente ya se encontraba el cinturón de asteroides que cubría a Diályma, se extendía ante nosotros. Un muro natural imposible de atravesar. Pero Jyyk y yo no habíamos trabajado en vano. Los brazos mecánicos de la nave se extendieron, disparando láseres que destruían los asteroides a nuestro paso. Nos abrimos camino y comenzamos el descenso. — Hora de moverse — dije, levantándome del asiento.

El rugido de los motores se apagó cuando rompimos la atmósfera de Diályma. Desde la cabina, las nubes densas se arremolinaban bajo nosotros como un océano. Habíamos llegado, tan rápido que parecía algo irreal, sin duda aquellas coordenadas era lo mejor que nos podía haber pasado.

La compuerta de la nave se abrió, dejando entrar el aire frío y denso del planeta. Las escaleras de nuestra nave descendieron para darnos paso a la planicie. Antes de descender el comunicador de Yuna vibró de nuevo.

— D'rekk, ¿qué pasa? — preguntó Yuna.

El sonido de disparos y metal rasgándose saturó la frecuencia. La respiración de D'rekk era pesada.

— No es un general cualquiera... — gruñó — . Es él. Mi sangre se heló.

— ¿Cómo que él? — pregunté, aunque en el fondo ya lo sabía.

— El líder de la mafia — susurró D'rekk — . Tiene cara de piedra... y su brazo es un maldito cañón.

Los recuerdos de Jyyk y míos regresaron como un golpe en el pecho. Ese hombre casi nos había matado

en el pasado. Nos había arrebatado más de lo que queríamos admitir.

—D'rekk, escucha —intervine—. No puedes enfrentarlo solo. Es demasiado fuerte. Sal de ahí ahora.

Pero lo último que escuchamos fue la risa gutural del mafioso a través de la radio.

—Quédate ahí, chico. Vamos a terminar lo que empezamos.

Un disparo resonó en la transmisión. Luego, solo silencio.

—¡D'rekk! —gritó Yuna, pero no hubo respuesta. La frecuencia quedó en estática, era irreconocible si la señal se había cortado por la distancia o si algo peor había sucedido. Supimos que la guerra acababa de volverse personal.

Jyyk y yo quedamos preocupados. Aunque ya no se escuchaba nada, desconecté el aparato comunicador y lo puse en mi bolsillo. Jyyk se encargó de tomar la capsula de Neysha y la puso en sus brazos, cargándola como si fuera un bebe. Con un poco de ansiedad y preocupación por nuestros compañeros, bajamos las escaleras solemnemente. Cuando pisamos el suelo nuestras botas se hundieron en la arcilla húmeda, dejando huellas en un terreno que nadie había pisado en siglos. Neblina azul flotando a nuestro alrededor, serpentean-do entre gruesas raíces que emergían del suelo como si intentaran aferrarse a nosotros.

El cielo de un naranja opaco apenas dejaba pasar la luz de un sol, frío y distante. Criaturas aladas surcaban las alturas, reflejando los destellos de nebulosas en su piel perlada. Todo era tan vasto, tan desconocido, que por un momento olvidamos la guerra, olvidamos la rebelión.

Fue Jyyk quien notó la primera estructura oculta bajo la maleza.

— ¡ALA MADRE! ¡mira esto! - gritó

Ruinas se alzaban ante nosotros, cubiertas por siglos de naturaleza reclamando su dominio. Piedras talladas con símbolos extraños formaban pasillos angostos que descendían en la oscuridad. No se parecía a nada que hubiéramos visto antes.

— Esto es viejo — murmuré, recorriendo con los dedos las inscripciones gastadas en la piedra—. Pero sigue intacto.

Jyyk y yo caímos en una trampa, o eso parecía. En un instante estábamos en una isla en el cielo, alrededor había templos, construcciones ancestrales envueltas por el lodo y las plantas de tono morado que parecían pequeñas bocas comiendo lo que parecía un santuario. Decidimos entrar al templo más grande, el cual tenía escaleras dirigiéndose hacia arriba.

Entramos, era completamente oscuro. La luz que emanaba Neysha mientras no había luces era lo único que alumbraba nuestro camino. A medida que subíamos, la temperatura cambiaba. El aire se volvía más denso, cargado de humedad. Pronto, la piedra se transformó en un ecosistema viviente.

Hongos gigantes, de colores vibrantes, se alzaban como pilares en la penumbra. Criaturas diminutas, parecidas a luciérnagas, revoloteaban entre los troncos, emitiendo destellos verdes y púrpuras. Pequeños arroyos de agua fluorescente fluían entre las rocas, creando un río subterráneo que iluminaba el camino con un resplandor azul neón. Era un mundo dentro de otro. Y en el corazón de todo, un árbol.

La estructura central del templo estaba dominada por aquel enorme de madera y raíces. Sus ramas se

extendían hasta el techo, enredándose con las paredes como si fueran parte de la construcción misma. En su tronco, inscripciones y relieves contaban una historia.

— Es hermoso — susurró Jyyk, pasando la mano sobre los grabados.

A medida que caminábamos se fueron mostrando imágenes enormes que cubrían las paredes. Vimos imágenes de antiguas civilizaciones practicando con animales, experimentando con algo que nunca salía bien. Criaturas mutadas, deformadas, fracasos que se convertían en advertencias talladas en la piedra.

Pero más adelante, la historia cambiaba.

Unas figuras diferentes aparecían en los grabados: seres de tentáculos brillantes, nadando en aguas incandescentes.

La misma especie de ...

Kiel tragó saliva.

— Entonces... Neysha es la última.

Nos miramos, comprendiendo la magnitud de lo que significaba.

Y luego lo vimos.

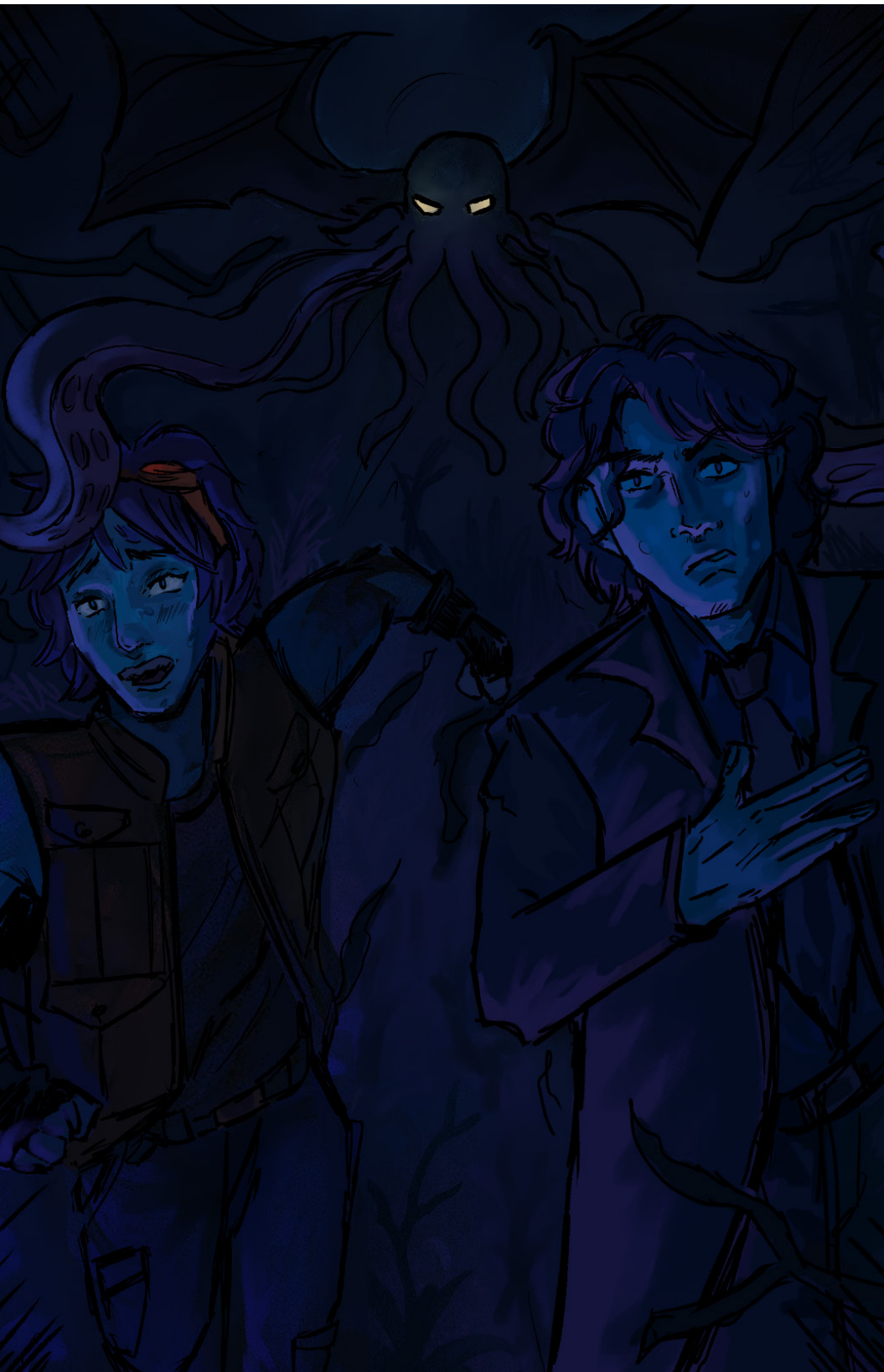
En el centro del árbol, enredado entre las raíces como si hubiera sido devorado por el tiempo, había una figura tallada en la madera. Era humanoide, pero su rostro estaba cubierto. Sus manos, extendidas, parecían estar esperando algo.

No había restos de un cuerpo real. Solo la forma de alguien que alguna vez estuvo allí... esperando.

Fue Kiel quien lo entendió primero.

— Pongámosla ahí.

Colocamos a Neysha entre aquellas manos de madera. Su cuerpo aún estaba inerte, su respiración débil, pero algo cambió en el aire. El árbol vibró. Sus hojas crujieron. Y entonces...



El elixir comenzó a escurrir.

Desde las ramas más altas, un líquido espeso y dorado descendió en hilos luminosos, goteando sobre el cuerpo de Neysha. Era como si el árbol la estuviera reconociendo, como si supiera que ella era parte de algo más grande.

El cambio fue inmediato. Neysha comenzó a brillar. Su piel absorbió el elixir, sus tentáculos se agitaron. Luego, su cuerpo empezó a expandirse. Sus extremidades crecieron, sus ojos se abrieron. Y, de repente, un par de alas translúcidas brotaron de su espalda.

— ¡Muévete! — grité.

Saltamos hacia atrás justo cuando Neysha creció a un tamaño colosal. Su forma, ahora completamente restaurada, irradiaba una luz indescriptible. Sus alas, similares a las de un murciélago gigante, se desplegaron con un movimiento lento y majestuoso.

Ella estaba viva.

Y ahora, era algo más.

Aún con la adrenalina en el cuerpo, Kiel tomó muestras del elixir y comenzó a modificar nuestras armas en el acto. Si esto podía revivir a una criatura de su especie, ¿qué más podía hacer?

Jyyk decidió probarlo.

Apuntó su rifle modificado a un árbol seco y disparó.

El rayo no destruyó.

El árbol floreció.

Sus ramas se extendieron, su tronco se volvió más grueso, la vida se esparció a su alrededor en cuestión de segundos.

Nos miramos en silencio.

Habíamos encontrado algo más poderoso de lo que imaginábamos.

El comunicador volvió a sonar. Esta vez no fue la voz de D'rekk. Fue la de Yuna.

Su tono era seco. Frío.

—D'rekk está muerto.

Las palabras se clavaron como una daga.

Jyyk y yo nos quedamos en silencio. No queríamos preguntarlo. No queríamos confirmarlo.

Pero lo sabíamos.

Kiel contenía su rabia.

—Vamos— como siempre, lo dijimos al mismo tiempo.

Neysha ya no era una criatura indefensa. Se había transformado en un ser gigantesco, hecho de energía y vida. Ahora, era nuestra mayor esperanza. Nuestro boleto de salida. Volvíamos a la guerra.

Por suerte, caímos sobre su cabeza para después resbalarnos a sus tentáculos, logramos sujetarnos antes de que la Isla del Cielo se derrumbara por completo. Neysha era enorme, y lo más sorprendente... parecía entendernos.

—¡Hacia Valdex! —gritó Jyyk.

El viento rugió cuando Neysha desplegó sus alas bioluminiscentes y nos elevó con un salto titánico. Su piel brillaba con un azul profundo, reflejando los destellos de las nebulosas más allá de la atmósfera.

Nos había escuchado.

Y ahora, íbamos a vengar a D'rekk.

Jyyk y yo nos sujetamos con fuerza, pero antes de que la presión nos ahogara, una burbuja translúcida emergió de su cabeza, envolviéndonos en una cúpula de aire puro.

El espacio se abrió ante nosotros en su vastedad infinita.

Constelaciones titilaban en la lejanía, formando figuras etéreas entre ríos de gas cósmico. Nebulosas en

llamas flotaban como dioses durmientes, con colores imposibles que danzaban entre sí. Vimos criaturas surcando la oscuridad, enormes como bestias mitológicas, con cuerpos traslúcidos que reflejaban la luz de los astros.

Era una visión que pocas veces alguien podía presenciar.

Pero no había tiempo para admirarlo.

Nos dirigíamos a la base, guiando a Neysha con cada atajo que conocíamos para llegar lo más rápido posible. Por suerte, Valdex estaba entre las coordenadas que Yuna nos había compartido. Esta vez, no íbamos a escondernos.

Los aletazos de Neysha eran tan poderosos que se sentía como si estuviéramos saltando entre dimensiones. En un momento veíamos una enana roja ardiendo a la distancia, y al siguiente, ya estábamos en otro sistema solar.

Así de rápido fue.

Valdex apareció ante nosotros en cuestión de segundos.

Desde las alturas, la base militar se reveló como una cicatriz metálica grabada en la superficie de nuestro planeta natal.

Pero lo que más llamaba la atención era lo que se alzaba en su centro.

Cubierta por enormes telas negras, la silueta de una estructura enorme descansaba en el corazón de la base. No era una nave. No era un edificio.

Era un arma.

Un arma lo suficientemente grande como para hacer desaparecer mundos enteros.

Mi corazón se aceleró.

—No puede ser... —susurró Jyyk—.

Su voz estaba teñida de furia contenida.

Apretamos los puños al ver lo que ocurría en la base. Niños. Niños hambrientos, débiles, apenas capaces de sostener herramientas en sus manos, esclavizados para construir los últimos componentes del arma. Cada uno de ellos con grilletes en sus muñecas, bajo la supervisión de soldados despiadados que los obligaban a trabajar con golpes y gritos.

Y en medio de todo, él.

El mafioso. El hombre que nos había arrancado todo. Seguía igual de imponente, con su brazo mecánico convertido en un cañón brutal. Su piel era áspera como piedra, con cicatrices que contaban su historia de violencia.

Neysha descendió en picada y aterrizó con un estruendo que sacudió la base entera. Los soldados gritaron de pánico. El mafioso nos miró y sonrió.

— Miren quiénes han vuelto — dijo con su voz rasposa —. Pensé que los había matado la última vez. Qué decepción.

Saltamos de Neysha y aterrizamos con los rifles listos.

— Hoy no te salvas — gruñó Jyyk.

El mafioso sonrió y levantó su cañón. La batalla comenzó.

El primer disparo nos hizo saltar en direcciones opuestas.

El cañón del mafioso rugió, lanzando una ráfaga de energía que destruyó el suelo donde estábamos parados. Fragmentos de metal salieron despedidos en todas direcciones.

Me cubrí detrás de un contenedor mientras Jyyk rodaba por el suelo y abría fuego. Sus disparos impactaron al mafioso en el pecho, pero este ni se inmutó. Su piel de piedra absorbió el impacto como si fueran simples golpes.

— ¡Van a necesitar más que eso, niños!

El mafioso avanzó como una bestia desatada.

Jyyk intentó esquivar, pero el golpe de su puño mecánico lo alcanzó. Salió volando contra una pared, derrumbándola en el impacto.

— ¡JYYK!

Corrí hacia él, pero el golem ya estaba sobre mí.

Me golpeó en el estómago con una fuerza brutal. Sentí mis costillas crujir mientras mi cuerpo se doblaba. Luego, con otro golpe, me estrelló contra el suelo.

Mis pulmones se quedaron sin aire.

Pero antes de que pudiera rematarme, Jyyk se levantó, tambaleante, con la boca ensangrentada.

— Tienes razón... —escupió sangre—. Necesitamos más que esto.

Se apuntó a sí mismo con el rifle y disparó.

La energía del elixir recorrió su cuerpo. Sus heridas se cerraron en segundos. Sus músculos volvieron a llenarse de energía.

El mafioso frunció el ceño.

— ¿Qué demonios...?

Me incorporé e hice lo mismo. El líquido azul recorrió mi cuerpo y, en un instante, todo el dolor desapareció. Nos miramos y asentimos. Ahora era nuestro turno.

Atacamos al unísono. Jyyk se lanzó al frente, esquivando los golpes con agilidad mejorada. Yo disparé desde la distancia, dirigiendo los rayos regenerativos hacia los niños, curando sus heridas y devolviéndoles fuerzas.

El cerdo gruñó, frustrado.

— ¡No pueden matarme con eso!

— No necesitamos matarte —dijo Jyyk.

Con un salto, esquivó un golpe devastador y aterrizó en su espalda.

Apuntó su rifle al cañón y disparó.

El elixir entró en los circuitos, haciendo que las piezas se expandieran de forma incontrolable. Los cables se rompieron, el metal se hinchó como si estuviera vivo. El mafioso gritó cuando su propio brazo explotó en una lluvia de chispas y aceite.

Jyyk lo miró con frialdad.

—Este es por todos los que mataste.

Le asestó una patada en el pecho, enviándolo, volando.

Antes de que pudiera levantarse...

Neysha descendió sobre él.

Sus enormes patas golpearon el suelo con un estruendo.

El mafioso miró hacia arriba, justo antes de que la criatura lo aplastara. Un crujido sordo marcó su final. Respiramos hondo.

Habíamos ganado. Los niños comenzaron a sollozar de alivio. Los soldados supervivientes levantaron las manos, rindiéndose sin luchar.

Pero entonces, alguien más apareció. Una figura alta, vestida con un uniforme impecable.

General Syvran.

Nos tensamos, listos para otro combate. Pero Syvran levantó las manos, en señal de paz.

—No vengo a pelear.

Su voz no tenía arrogancia ni amenaza.

—¿Y por qué deberíamos creerte? —espetó Jyyk.

Syvran suspiró.

—Porque lo vi con mis propios ojos. En la luna... Radio me demostró que no somos más que peones de un juego podrido. No voy a matar más por la STRO.

Nos miró fijamente.

—Si quieren tomar esta base, háganlo. Yo los ayudaré.

Nos miramos entre nosotros, desconcertados. Pero al final, no teníamos tiempo para dudar.

Tomamos la llave de D'rekk y la conectamos al sistema central. La segunda base estaba bajo nuestro control. Y la rebelión acababa de inclinar la balanza a su favor.

La voz de Yuna llegó con un estallido de emoción a través del comunicador.

—¡HAN VUELTO! —su grito casi me ensordeció, pero no me importó.

Yo también sentía lo mismo.

Los hermanos habían logrado lo imposible. La segunda base de STRO había caído.

—Estamos ganando, Yuna —le dije con una sonrisa cansada—. Esta vez, de verdad.

Al otro lado, Yuna apenas podía contener su alegría. Su respiración entrecortada delataba la emoción.

—No lo puedo creer... ¡Kiel y Jyyk! Pensé que no tendría la oportunidad de verlos de nuevo

Ya la teníamos. La base era nuestra. Por primera vez en mucho tiempo, nos permitimos saborear la victoria. Habíamos roto la maldición del gobierno.

Solo quedaba un último obstáculo: los robots de STRO seguían llegando, sin descanso, pero ya no importaba. Solo teníamos que contenerlos el tiempo suficiente para entrar al cuarto de control satelital.

Una vez dentro... todo esto acabaría.

—¡Vamos, síganme todos! —les dije con confianza. Los centinelas venían detrás de mí, llenos de energía y con una esperanza que casi podía tocarse.

El cuarto de control satelital estaba justo donde los drones nos habían indicado. Todo había salido según el plan, la preparación había dado frutos. Solo faltaba entrar y terminarlo.

Estábamos a unos pasos, la puerta frente a nosotros. Abrí la puerta con la certeza de que nada podría detenernos ahora... pero, mi semblante no pudo tornarse más serio, toda la esperanza que tenía chocó con la realidad.

Emergió de entre las sombras como un espectro. Su figura seguía siendo la misma: la capa desgastada ondeando con cada paso, la burbuja verde flotando sobre su cráneo, el látigo azul resplandeciente en su mano. Pero algo había cambiado. Su ojo... ya no estaba. En su lugar, una cruz marcada en rojo atravesaba la cuenca vacía. Una cicatriz reciente. Alguien se lo había quitado.

—Siempre estás en medio de todo, Radio —su voz gélida retumbó en el vacío.

—¡¡ORPHEON!! —gritó Yuna, con llamas encendidas en los ojos.

—Espera, Yuna... —dije, dando un paso al frente—. Esta vez es mi turno. No quiero que pierdas ni un segundo más con él. Esta pelea es mía. Déjamelos.

Orpheon alzó la cabeza lentamente... y sonrió.

Tome mi muñequera. Listo para utilizarla por primera vez contra un blanco real. Y las voluntades. Eran parte de mí ahora. No controlaba el polvo aún, pero lo demás vibraba en mi cuerpo, envolviéndome como una capa.

—Veamos hasta dónde puedes llegar.

Y la batalla comenzó. Nos movimos en un parpadeo.

Mi brazo estalló en llamas de gas puro mientras lanzaba un golpe que desintegró el suelo bajo nosotros.

Orpheon lo esquivó con un giro, su látigo chispeando contra el vacío antes de envolverme el cuello.

Lo sentí apretar con una fuerza descomunal, cortando mi flujo vital.

Pero yo también había evolucionado.

La materia oscura rugió a mi alrededor y deshizo el látigo con una distorsión en el espacio. Me liberé y contrataqué con un destello de luz pura, cegándolo por un instante.

Aproveché la apertura.

Manipulé la gravedad para impulsarme contra él como un proyectil. Mi puño se estrelló en su torso, lanzando una flecha morada con todo el impacto. Parecía que se iba a desintegrar como todos esos maniquís de polvo a los que había despedazado a trozos. Pero el agujero negro solo lo lanzó a través de la plataforma.

Orpheon aterrizó con fuerza, su burbuja verde chispeando. Pero esa flecha sin duda le había quitado el aliento. Por primera vez, lo vi... vulnerable.

Antes de que pudiera acercarme a dar el siguiente golpe, Orpheon cerró su ojo, murmurando como si se estuviera comunicando con alguien. ¿De dónde demonios salió este tipo? - La pregunta vino a mi cabeza

En su ojo izquierdo donde se encontraba la cruz, se formó una llama de un rojo intenso.

Un poder abrumador lo rodeó como un huracán de fuego.

El duelo se igualó.

Mis puños chocaban con su látigo, ondas de energía explotaban en cada colisión. Orpheon deformaba el espacio con cada ataque, ralentizando mis movimientos y acelerando los suyos. Respondí con el control del sonido, creando estallidos sónicos que rompían su concentración.

Era un combate entre dos fuerzas imparables.

Y mientras tanto, Yuna y los Centinelas luchaban contra el ejército de KRENOS y STRO, cubriéndome de los droides que intentaban acribillarme.

Pronto, todos nos quedamos en silencio. Se escuchó algo, una voz desde una máquina en el cinturón de Orpheon, fría e imposible de negar.

La voz del presidente pronunció una orden infundible:

— Acaba con él de una vez.

Era una orden de ejecución. Orpheon tomó su látigo una vez más, y estaba a punto de golpearme como aquella vez que perdí mi pecho. No me lo podía permitir. Levante mi muñeca protegiendo mi cara. Un escudo de Gas y luz oscura se activó frente a mí, sabía que no lo traspasaría.

Sin embargo, Orpheon caminó lentamente a través de mi escudo, y aunque sus átomos se partían a la mitad, el sufrimiento no le importo.

— No eres el único que puede arriesgar su vida para ganar - dijo mientras tenía la cara llena de enojo

Orpheon me tomó de la cabeza con una fuerza brutal. Intenté cambiar la gravedad, escabullirme, desaparecer... pero no funcionó. Era como si su agarre desafiara las leyes mismas que me protegían.

Me estrelló contra el suelo. Una vez. Otra. Y otra más. Cada impacto arrancaba el aire de mis pulmones. Cuando por fin se detuvo, apenas podía moverme.

Boca abajo, jadeando, con la vista nublada... lo escuché moverse. Sentí el frío del metal al cargarse. Levanté la mirada solo un poco... y ahí estaba. De pie frente a mí. Orpheon, apuntando su rifle directo a mi núcleo.

Mi corazón martilleó en mi pecho.

Yuna grito a lo lejos mientras venia corriendo- RA-DIOO!!- con preocupación

Pero en ese momento, apareció una figura detrás de Orpheon.

Una figura que no podía ser real. Una voz que no debíamos volver a escuchar.

— ¡ESTÁS VIVO! — gritó Yuna, con una mezcla de alegría y confusión —. ¡D'rekk!

Me congelé. No podía ser... D'rekk había muerto. Aquel líder de la mafia, lo había asesinado, pero allí estaba. De pie. Con su piel blanca reluciendo bajo la luz de la batalla. No había sangre en él. Ni cicatrices. Solo una sonrisa burlona.

— ¿Espera... cómo llegaste hasta aquí? — preguntó Yuna, en medio del caos, con la confusión en su rostro.

Entonces, habló.

— ¿Qué esperas? Acabalo de una vez... — gruñó D'rekk —.

El horror se apoderó de mí. D'rekk... era un traidor. Su risa áspera llenó el silencio.

— ¿De verdad pensaron que estaba de su lado? — dijo, con una burla venenosa en la voz —. ¡Por favor! Soy un cazarrecompensas. STRO me contrató para espiar a Radio desde el principio.

Hizo una pausa, disfrutando del impacto.

— No entiendo por qué se impresionan, malditos... — y soltó una carcajada —. Ja, ja, ja...

— ¿Nunca se preguntaron cómo STRO siempre supo dónde estaban? ¿Cómo Orpheon llegó a la puerta en Tenik? ¿Cómo el general y la científica aparecieron en la luna?

Sentí un vacío formarse en mi estómago.

— Fui yo.

Yuna dejó caer su rifle.

—No...

—Yo fui quien apuñaló al capitán de tu nave. Yo destruí la cocina. Yo fui quien permitió que STRO nos encontrara una y otra vez.

—¡ERES UN TRAIIDOR DE MIERDA! - Yuna grito desalmada

Mi voz retumbó junto con la suya.

—Lo único que tuve que hacer fue camuflarme... y tratarlo como lo que es: un títere. Una marioneta sin idea de lo que realmente estaba pasando.

Hizo una pausa, sonriendo con desprecio.

—Y ese mafioso con cara de gólem... vamos, ya saben cómo es esto. Ambos tenemos tratos con el gobierno. No podemos lastimarnos.

Se encogió de hombros como si hablara del clima.

—Todo ya estaba planeado desde el inicio. Solo era cuestión de esperar.

D'rekk solo se rio.

Orpheon, mientras tanto, se quedó en silencio.

Su rifle seguía apuntándome, pero su expresión había cambiado.

Dudaba. Por primera vez, el asesino implacable... no sabía qué hacer.

Y entonces, no disparó. Bajó el arma. Nos miró y dijo

—No lo haré.

D'rekk giró la cabeza hacia él con furia.

—¿Qué?

—Quiero mostrarte algo, Radio. Algo que te revelara quién eres en realidad.

Mi respiración se entrecortó. D'rekk lo miró con furia.

—¡NO! ¡Mátenlos! ¡Mátenlos a ambos!

Pero antes de que pudiera hacer algo...

Yuna lo atravesó con su espada. Un rugido de ira y desesperación escapó de sus labios cuando la hoja le perforó el pecho.

D'rekk abrió los ojos con incredulidad. Sonriendo mientras escupía un coagulo de sangre. Yuna lo sostuvo mientras él se desplomaba.

El intentó decir algo. Con su último esfuerzo gruño y salió corriendo en cuatro patas.

Yuna no dejó que escapara, apretó sus dedos como si estuviera apretando el vacío y jalo a D'rekk haciéndolo flotar en el aire una y otra vez.

Yuna termino... rebanándole las piernas. Su cuerpo dejó de moverse.

Estaba muerto. Finalmente... muerto

Yuna respiró con dificultad. Me giré hacia Orpheon.

Él me miró fijamente con su único ojo, el parche en forma de cruz le daba un aire casi humano...

—Sígueme —dijo con voz grave—. Es hora de que descubras la verdad.

CAPÍTULO FINAL

EL PROYECTO COLOSO

Las llamas aún danzaban entre los escombros de la base destruida. Mi respiración era entrecortada, mi mente aturdida por el combate, y frente a mí, Orpheon Vael'korr me miraba fijamente.

— Ven conmigo, Radio. — Su voz firme.

— ¿A dónde? — pregunté, sin bajar la guardia.

— Te mostraré de dónde vienes...

Yuna alzó su rifle con rabia.

— ¡No te atrevas a tocarlo!

Yo levanté la mano.

— Espera, Yuna... tengo el presentimiento de que no está mintiendo.

La furia en sus ojos era incandescente, pero cedió. Bajó su arma solo un poco, aunque no apartó la mirada de Orpheon ni por un segundo.

Yo di un paso adelante.

— Muéstrame.

Orpheon me guió a través de un pasillo destrozado, hasta una puerta de metal antigua, carcomida por el tiempo. Activó un mecanismo oculto y la compuerta se deslizó con un chirrido.

Frente a mí, en una sala iluminada por tenues luces ámbar, había algo tirado en una mesa. Un archivo físico, un documento de papel, Orpheon se detuvo junto a él y lo deslizó lentamente hacia mí.

—Aquí está la verdad.

El título en la parte superior del archivo decía... Proyecto Coloso.

“Capitán Radekk.”

Mi cuerpo se sintió liviano. Como si por un momento no existiera. El archivo contaba la historia de un piloto de STRO, un soldado de élite que había servido fielmente a la causa. Alguien con un talento excepcional para el combate aéreo y el ataque planetario.

Alguien que había tenido un hermano. Tomé el documento con ambas manos, sintiendo que temblaban.

“TENÍA UN HERMANO...?!”

La revelación explotó en mi mente como un disparo. Sentí que el suelo bajo mis pies desaparecía. Y eso no era todo. El archivo me mostro todo mi pasado. Como había llegado a aquella gasolinera.

La historia comenzó con KRENOS por supuesto. Mi hermano Lula y yo trabajábamos para el gobierno. Día a día como máquinas perdidas en el trabajo. STRO nos utilizaba para atacar planetas en pleno desarrollo, ah no. Leí mal. Nos usaba para atacar a los planetas del universo con más grande desarrollo. Poco a poco estos planetas se fueron convirtiendo en amenazas. Algunos de ellos tenían un mayor poder militar que STRO.

KRENOS se encontró en problemas cuando una rebelión surgió de un planeta sumamente avanzado.

Mi planeta- dijo Orpheon con un tono melancólico, pero furioso.

Escuché y continue leyendo, mientras leía me pude dar cuenta de porque esta historia era tan devastadora. KRENOS como última opción, a punto de ser destruido por el planeta Kayjik, decidió tomar medidas drásticas.

Ahí entramos mi hermano y yo.

¿Como se veía mi hermano? - le pregunté a Orpheon
El solo me respondió - Sigue leyendo- con tono serio.

Mi hermano mayor no era un soldado. Era un científico de alto nivel, un genio en su campo. Trabajaba formando venenos y gases letales. Al parecer yo lo apreciaba mucho. Así como Jyyk y Kiel. Nos teníamos el uno al otro. STRO le ofreció una oferta de trabajo, algo que nos podría cambiar la vida, nos haríamos ricos.

Pero la oferta era un trabajo que le quitaría la vida. Así convirtieron a mi hermano en un arma. Lo fusionaron con una estructura robótica, destruyeron su conciencia y lo programaron para erradicar civilizaciones enteras. Un titán sin alma, una máquina de exterminio. Una de sus capacidades era la movilización en saltos. Pero solo en lunas, no podía llegar a un planeta, a menos de que se le indicara.

Su primera misión fue un éxito. Destruyó un planeta avanzado, matando a millones...

El planeta de Orpheon Vael'korr. Raptando así a los sobrevivientes, entre ellos a Orpheon y ... a su familia. Con la mirada gélida, me observaba sin parpadear.

— Ves porque te odio tanto- dijo Orpheon

Mi garganta estaba seca. Seguí leyendo.

STRO decidió a la siguiente víctima., la Tierra.

Para ese momento- dijo Orpheon – Yo ya estaba trabajando para ellos. Tu fuiste valiente...

Te arrepentiste de apoyar a STRO. Supongo que como tu hermano era lo único que tenías, decidiste cambiar...

Por alguna razón me dio un sentimiento nostálgico, solo continúe.

Al parecer, había hackeado dos naves:

1. Una que llevaba humanos a la deriva.
2. Otra, con miles de refugiados, dirigida por mí y el general, P Husk Syvran.

Orpheon dijo:

— La nave que hackeaste para los humanos... ellos la destruyeron. Con las mismas piezas, comenzaron a construir otra desde cero. Juntaron muchos recursos del planeta tierra, juntos terminaron creando una nave colosal. Yo siempre le vi forma de un ojo... o bueno una pecera.

Conecte las piezas del rompecabezas en unos momentos. Entonces de ahí venían los centinelas de la aurora... y ese general. Mientras seguía, descubrí que por poco escapamos. Todo fue culpa de Syvran.

Pensábamos que habíamos escapado. Syvran cayó en el engaño del gobierno. Le darían poder. No solo poder de un general. Le construirán 2 brazos biónicos capaces de subir o bajar de temperatura...

El hizo que destruyeran la nave desde adentro mientras escapaba...

Y ahí, venía la parte que reconocí... Mi cuerpo fue destrozado. Solo quedaron partes de mí.

—No...

Pero ahí estaba la última parte del archivo.

Lo siguiente fue solo lo que Orpheon logró contar-me...

Cuando mi nave explotó, mi hermano lo vio desde la Tierra. Su conciencia regreso, al igual que su memo-

ria. Desde su inmensa altura, observó cómo mi cuerpo se deshacía en el vacío.

STRO trató de controlarlo, y explotó su brazo como última opción. Pero para él no era nada, mi hermano se rebeló. Saltó al espacio. Atravesó la inmensidad, tratando de alcanzarme.

“Te salvó.”- dijo - Lo que quedaba de ti, partes de tus órganos más vitales, parte de tu cerebro, riñones, intestinos y pulmones. Los cuales flotaban como carne en el vasto espacio.

El documento decía que mi hermano tenía una habilidad única: su estructura le permitía adaptarse, remodelarse y reconfigurar su propio cuerpo. Una sustancia única, un líquido negro capaz de moldearse y crear vida. La nanotecnología mas avanzada del universo, y la única.

Así que a eso se refería la científica loca...

Con piezas de sí mismo, me construyó un nuevo cuerpo. Mi brazo derecho. Mis piernas. Mi pecho. Mi columna. Todo era de él. Implantó dentro de mí un sensor único. Un sensor que, al hacer contacto con su cuerpo, activaría un protocolo que grabaría un mapa en mi pecho. Ese mapa me llevaría a él. Y yo una vez ahí, podría encontrar el camino para la verdad de mi pasado...

Mi boca se abrió, pero no salió ningún sonido.

—No... no puede ser...

Orpheon esperó, impasible. Pero mi mente seguía procesando una verdad más aterradora. Si mi hermano era un titán... Si mi hermano había tratado de salvarme... Si él era

Mis ojos se abrieron como platos. Recordé la luna... Recordé la silueta destrozada de un gigante, enterrado

bajo una planicie sin fin...Recordé la sensación en mi pecho cuando lo toqué...

— El Coloso... de la luna...

Mi cuerpo se estremeció.

— ¡Era mi hermano! - la melancolía me recorrió, aunque no podía llorar.

Mis manos se aferraron al documento, como si al soltarlo fuera a desmoronarse. El robot al que todos creían una ruina... El ser que yacía, muerto para la galaxia, en la inmensidad del espacio...Era mi hermano. Orpheon, aún de pie junto a mí, asintió.

— Ahora entiendes. - dijo Orpheon

Me giré hacia él, mis ojos llenos de furia, de horror, de tristeza.

— ¿Tú sabías esto?

— Yo lo viví. - me dijo

Y eso no es todo... se dice que... tu hermano al reconstruirte, salto entre millones de lunas pues no te pudo dejar en ningún planeta, su programación no se lo permitió. Lo que, si pudo hacer, fue desactivar su rastreador. Te dejo en una de las lunas más lejanas a la Tierra. Una luna que hasta los planetas cercanos ya estaban deshabitados. Ni siquiera las gasolineras de ese lugar funcionaban.

Una vez que estuviste a salvo, era muy peligroso que él se quedara contigo, el gobierno no pudo rastrearlo y no tuvieron otra alternativa que implosionarlo, acabar con su "mejor arma". El coloso trato de llegar lo más lejos posible. STRO terminó con él, y por eso el cuerpo de tu hermano yace partido en dos en aquella luna. Sus piernas deben estar flotando aun en alguna parte de la galaxia...

Pensé en AJAX, en VANN, como desperté ahí, bajo la gasolinera, en el día que abrí mis ojos por primera vez como un androide.

Orpheon para finalizar me comento del general...

Syvran se volvió un héroe por salvar a STRO de ser casi expuesto, así se volvió general principal, aunque desde entonces pude notar como empezó a tener dudas sobre la tiranía, su lealtad siempre lo mantuvo atado

STRO me lo había arrebatado todo. Mi hermano. Mi vida. Mi nombre. Mi propósito.

Pero si algo quedaba claro en este momento, era que ya no había vuelta atrás. STRO debía caer. Yo iba a terminar con esto. El peso de la verdad aún ardía en mi pecho.

Mi hermano. Orpheon. El coloso. Todo estaba conectado. Todo había sido una mentira.

Orpheon seguía ahí, de pie, con la mirada gélida, sus dedos temblando sobre la armadura regenerativa que acababa de recibir. Su odio aún estaba latente, su dolor aún fresco.

Yo lo miré a los ojos.

— Sé lo que sientes - su mandíbula se tensó.

— No tienes idea de lo que siento. - le dije.

— Sí, sí la tengo.

Di un paso hacia él.

— STRO nos quitó todo. A mí, a ti, a tu hermano. - dijo el

— ¡MI HERMANO ERA UN MONSTRUO!

El eco de mi grito se extendió por la sala. El silencio que siguió fue espeso, sofocante.

Respiré hondo.

— No era un monstruo. Tan solo era un prisionero. Igual que tú. Igual que yo. - Orpheon dijo con calma.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Algo dentro de mí, algo que no entendía, se activó de repente. Mi visión se volvió borrosa, y por un momento sentí que el aire se me escapaba del pecho.

Entonces lo vi.

Un destello cruzó mi mente. Voces lejanas, sombras moviéndose en la penumbra. Un pasillo oscuro, luces parpadeando, el eco de pasos apresurados. Sentí el frío metálico en el aire. Y luego, rostros.

Un niño, con el cabello revuelto, sus ojos llenos de miedo. Una mujer lo abrazaba con fuerza, protegiéndolo. A su lado, una niña miraba a su alrededor, aterrada pero determinada.

Mi visión se desvaneció de golpe, y el mundo real regresó como una bofetada. Respiré hondo, intentando recuperar el aliento. Mis manos temblaban.

—No puede ser... —susurré.

Levanté la vista y encontré a Orpheon frente a mí. Algo dentro de mí me lo decía con una certeza absoluta.

—Tu familia... sigue viva.

Su ojo se abrió con un destello.

—¿Qué dijiste?

Cerré los ojos y me aferré a la imagen que acababa de ver.

—Una niña... un chico... y una mujer. ¿No es así?

Orpheon dio un paso hacia mí, como si hubiera olvidado cómo respirar.

—¿Cómo lo sabes?!

—Mi hermano. Creo que él me ha mandado algo...

—Son coordenadas...

Mi brazo brilló con una luz azulada. La armadura regenerativa vibró, expandiéndose y adaptándose a mi cuerpo. Extendí mi mano y la apoyé sobre su palma metálica.

Una luz roja se imprimió en su piel.

Los datos fueron transferidos.

Orpheon observó su mano con incredulidad. Su respiración se aceleró.

— Ve con ellos. Encuéntralos.

Sus dedos se cerraron con fuerza sobre la marca. Su mirada, por primera vez, no estaba llena de odio.

— Pero, es imposible, soy su prisionero, nunca podre librarme de...

Entonces, el infierno descendió sobre nosotros. Un retumbar colosal sacudió la base. Un campo de energía negra se abrió frente a nosotros.

Y desde él, emergió un hombre... el presidente de KRENOS. El presidente de STRO.

Su armadura negra y dorada irradiaba un aura de autoridad absoluta. Su rostro era una máscara de frialdad, sus ojos dos abismos sin alma. Pero lo más aterrador...

Era la esfera de plasma azul que sostenía con sus manos. Orpheon se estremeció al verla.

Y entonces gritó.

— ¡AAAAAAAHHHH!

Cayó de rodillas, llevándose las manos a la cabeza. La esfera brilló más fuerte. El hombre sonrió.

Aquella esfera era un control que estaba manipulando a Orpheon, como si fuera perro rabioso.

— Orpheon... ¿a dónde crees que vas?

Levantó una mano y la esfera de plasma crepitó con furia. Orpheon gritó de agonía.

Su cuerpo se arqueó, su energía verde parpadeó con violencia.

— ¡SUFICIENTE! — rugí, apuntando mi arma.

El presidente me ignoró.

— ¿Creíste que serías libre? ¿Qué regresarías con tu familia?

Apretó los dedos. Orpheon se ahogó en su propio dolor.

— Tú eres MI esclavo.

Orpheon se desplomó, temblando. Su cuerpo estaba atrapado en un tormento invisible.

Desde lo lejos Yuna disparó.

El proyectil explotó contra el campo energético que cubría al presidente, disipándose como si nunca hubiera existido.

— Que patética.

El presidente alzó la mano izquierda y, al instante, una imagen holográfica emergió ante nosotros. Era un arma colosal. Más grande que cualquier nave, más vasta que cualquier estación conocida. Era el objeto del que Jyyk y Kiel habían hablado con miedo en los ojos... una aberración de metal y energía capaz de borrar un planeta entero en un solo disparo.

—Proyecto Valdex —declaró con voz grave y un placer enfermizo—. El arma definitiva.

Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro. Su tono se tornó irritante.

—He esperado demasiado para estrenar nuestro nuevo poder. Y es que ustedes no han hecho más que interponerse en mis planes, jugando a ser héroes en una historia que no les pertenece. No son más que despojos, fracasos glorificados. Miserables. Mediocres.

Su mirada se desvió lentamente hacia Yuna.

—Terrestre... —dijo con tono burlón—. Cómo disfruté ver a tu planeta desintegrarse, pedazo por pedazo. Lo que queda de ustedes no es más que una broma. Un chiste.

La rabia contenida en nuestros cuerpos se volvía casi palpable.

— Y los Centinelas, o como sea que se hagan llamar... —continuó con desdén—. Una parodia ridícula de resistencia. Nunca dejaron de molestar. Se entrometieron en guerras que no entendían. Su error fue sobrevivir. Pero después de hoy, no volverán a ver los astros.

Su mirada se clavó en mí.

—Y tú... maldito robot. Eres mi único fracaso. Los restos inútiles de un arma que ni siquiera supo cumplir su única función. No deberías existir.

Por primera vez, lo admito: el odio me estaba devorando por dentro, al igual que a todos los que lo rodeábamos.

El presidente extendió la mano hacia el holograma. Este giró, revelando la trayectoria del cañón.

—Y si se atreven a transmitir nuestra información... los secretos de KRENOS, este querido planeta, Lhyss será el primero en pagar el precio. Este cañón lo eliminará por completo. Ni polvo quedará —se burló—. Ni una sola sombra de ustedes sobrevivirá.

Se inclinó un poco hacia adelante. Su sonrisa se ensanchó como una herida.

—Elijan bien sus próximas acciones. Están atrapados. Y tú, ¿realmente querrás borrar a toda esta gente, CAPITAN RADEKK?

Mi sangre se congeló.

—No puedes hacer eso... —dije, apenas conteniendo el temblor en mi voz.

—Oh, claro que puedo. Y lo haré.

Detrás de nosotros, Orpheon gimió de dolor. Yuna no perdió ni un segundo. Activó el comunicador de polvo y su voz estalló en todas las frecuencias.

—¡EVACUEN TODO EL PLANETA DE LHYSS!
¡NO ME IMPORTA CÓMO LO HAGAN! ¡ESTAMOS
EN PUNTO CRÍTICO!

Yo la miré. Ella me devolvió la mirada. En sus ojos,
el mismo fuego que ardía en los míos.

Los dos sabíamos lo que venía. Me giré hacia el pre-
sidente, apretando los dientes con furia.

—¡SUÉLTALO! —

El presidente soltó un suspiro, casi teatral, como si
estuviera aburrido del espectáculo.

Y entonces... ambos nos lanzamos.

El presidente era un titán.

Cada uno de sus movimientos era brutal, preciso,
aplastante. Su armadura relucía con un escudo de
energía que desviaba cada proyectil. Sus pasos hacían
temblar el suelo. Su fuerza era devastadora, como si la
rabia del universo se hubiera condensado en él.

Pero no era invencible.

Yuna se deslizó entre columnas derrumbadas, su
catana envuelta en un halo de gravedad azul. Con un
giro en el aire, lanzó una cortada que colapsó sobre el
presidente, obligándolo a retroceder.

Esquivé un rayo de plasma que quemó el aire a cen-
tímetros de mi rostro y descargué un puñetazo directo
a su pecho.

El impacto fue absorbido... pero no del todo.

Un crujido. Una chispa. Una grieta en su escudo.

Y ahí ocurrió.

Mi voluntad despertó. Sentí el llamado del polvo en
mi interior. Se fundía con la creación misma, moldean-
do la realidad. Mi brazo se envolvió en líneas doradas
y púrpuras. De mi palma surgieron cuchillas de polvo
sólido que atravesaron su escudo como mantequilla y
lo cortaron, dejando una herida ardiente sobre su torso.



El presidente rugió.

—¿QUÉ ERES?!

No respondí.

Yuna me alzó con un empujón gravitacional, impulsándome a una velocidad imposible. Los Centinelas que había acabado ya con la mayor parte de las tropas, activaron su voluntad. Ya estaban aquí para ayudarnos...

Una bomba temporal estalló en medio del campo de batalla. Todo se volvió gris estático. Congelado. Suspendido.

A mi alrededor, el mundo se detuvo. Orpheon. Yuna. Los escombros en el aire. Las chispas de plasma. Todo.

Dos Centinelas del tiempo se acercaron a mí. Uno de ellos, de cabello rojo, sonrió.

—Así que ya puedes controlarlo, ¿eh?

Asentí. Sin esperar, apunté mi muñequera hacia el rostro inmóvil del presidente. Giré el dial hacia la derecha. La flecha morada.

Disparé.

El tiempo volvió. Un solo segundo había pasado.

Un agujero negro comenzó a devorar el aire frente a él, tragando su escudo, su pecho, su grito de horror. El presidente cayó de rodillas, escupiendo sangre.

En ese momento, los demás Centinelas atacaron en conjunto.

Los de la gravedad comprimían el espacio a su alrededor, atrapándolo en esferas densas imposibles de escapar. Lo forzaban al centro del campo como un depredador acorralado.

Los del polvo invocaban cuchillas, pilares, puentes, armas que nacían del suelo como raíces vivas, y lo ata-

caban desde todos los ángulos. Descomponiendo su cuerpo a nivel molecular.

Los del tiempo disparaban con precisión, ralentizando los reflejos del enemigo mientras aceleraban los nuestros. Jugaban con los segundos como si fueran espadas.

Los de la luz se dividían como espejos en movimiento, cegándolo con destellos y ráfagas que quemaban su armadura por dentro.

Los de materia oscura abrían grietas que lo jalaban en todas direcciones, distorsionando su peso, su sentido, su orientación. Como si la realidad misma se rebelara contra él.

Los del sonido generaban ondas letales que lo aturdíán, quebraban su equilibrio y estallaban a centímetros de su oído, interrumpiendo su poder con vibraciones.

Di la señal...

AHORAA!!

Todos con sus catanas, coordinamos ataques conjuntos, como una coreografía de fuego, luz y sombra. Cada impacto debilitaba el escudo. Cada corte lo acercaba al fin.

—¡NOOOO! ¡USTEDES NO SON MÁS QUE MARIONETAS! —rugió mientras su cuerpo era desgarrado por el vórtice.

Se volvió hacia Orpheon y lo sujetó del cuello. Su mano comenzó a brillar con la energía de la esfera de plasma incrustada en su pecho.

Pero yo ya estaba en movimiento.

Tomé otra flecha morada, pero esta vez... la cubrí con polvo sólido endurecido con materia oscura. Cada paso mío era un estruendo. Corrí, más rápido que la luz.

Grité.

—¡YA NO MÁS!

Y la enterré en su pecho. 3, 2, 1... una lluvia de destrucción. El agujero negro volvió a nacer, esta vez dentro de su cuerpo.

—¡AGGHHHHHHH!

El presidente se torció. Su escudo parpadeaba. Se deshacía. Yuna cargó su catana con energía. Su grito fue lo que marcó el final:

—¡POR LHYSS!

Lanzó un disparo concentrado hacia la esfera de plasma.

CRACK.

El núcleo estalló en una explosión de luz blanca y azul, haciendo colapsar su armadura.

Orpheon, de rodillas, liberado, se incorporó con esfuerzo. Sus ojos eran dos lunas encendidas. Su látigo de energía resplandecía con un fuego nuevo. No era un arma de esclavitud ahora.

—No más cadenas. No más control.

Y con un grito de furia, lo atravesó con su látigo, directo al cráneo.

Vibró. La energía recorrió todo el cuerpo del presidente.

ZAAAAAZ

Una vibración lo devoró desde dentro. Su cuerpo se partió en dos. Primero la carne, luego el hueso, luego el alma. Silencio.

El campo de batalla se detuvo.

Los Centinelas, todos los que luchaban a nuestro lado, se alzaron de entre los restos. Sus catanas brillaban. Algunos heridos. Otros exhaustos. Pero vivos.

Yuna cayó de rodillas, jadeando. Yo me incliné hacia el suelo. El polvo flotaba a mi alrededor, respondiendo a mi respiración.

El presidente estaba muerto.

— Lo logramos — murmuré.

Orpheon se giró hacia mí, con el rostro bañado en ceniza y aun jadeando nos dijo...

¡POR ESTE LADO!... la cabina de control satelital esta por acá...

Corrimos hacia la cabina donde el sistema de hackeo estaba listo.

— Debemos poner la llave.

Orpheon y Yuna me miraron.

— Pero si la transmisión se activa... — susurró Yuna.

— El planeta Lhyss será destruido, lo sé, los ciudadanos ya están evacuando...

— Tendremos 1 minuto, tal vez menos, no podemos quedarnos todos o moriremos.

El silencio se hizo eterno. Orpheon bajó la cabeza. Yuna tragó saliva.

Sabíamos lo que significaba. Alguien debía quedarse.

— No. — Orpheon apretó los puños — . Yo lo haré.

Negué con la cabeza.

— Tienes que buscar a tu familia.

Yuna dio un paso adelante.

— Yo...

Puse una mano sobre su hombro.

— Eres demasiado joven Yuna y una buena líder, no puedes sacrificarte, no así...

La verdad era inevitable. Yo debía quedarme.

Los empujé hacia la salida.

— ¡RADIO, NO! — gritó Yuna.

— ¡SALGAN DE AQUÍ! - Les dije a ambos mientras salieron expulsados por la puerta.

— Yo me quedare, sabemos que, si alguien no se queda, moriremos todos, ¡ustedes tienen que irse!

Orpheon me miró. Por primera vez, en sus ojos no había odio. Había respeto y hermandad.

Asintió. Activé la transmisión con los hermanos y Karno mientras Orpheon apenas estaba convenciendo a Yuna de escapar del planeta mientras ella me veía por la ventana.

— Aquí Radio. Pongan las llaves.

A través de mi comunicador, las voces de mis aliados surgieron, firmes y decididas.

— Kiel y Jyyk, listos.

— Karno, listo.

— ¡RADIO! — Yuna gritó una vez mas

— ¡NO! ¡NO!

Los ojos de Yuna se quebraron en silencio, y las lágrimas brotaron cuando Orpheon comenzó a jalarla del brazo, como si cada tirón desgarrara no solo su cuerpo, sino todo lo que quedaba de ella. Orpheon me miró, entendiendo demasiado tarde lo que estaba a punto de hacer.

— Radio...

Con un estruendo, la puerta de salida de aquella sala selló su destino. Y el mío. A través del vidrio rajado, vi a Yuna golpeando la compuerta con todas sus fuerzas, su grito se perdió entre las alarmas y el rugido de la destrucción de adentro.

Pero no había nada más que decir. Ellos tenían que vivir.

Vi cómo el sistema de emergencia ya los lanzaba hacia el exterior. Sus cuerpos se alejaban en la distancia, corriendo entre todos los escombros, huyendo de la aniquilación, me quedé solo.

GIRENLAS! - Grite sin temor alguno...

Funcionó, rápidamente, los satélites de KRENOS se iluminaron como un enjambre de luciérnagas en la vastedad del espacio. Todas las señales de la galaxia... todo se inundó con imágenes, grabaciones, archivos secretos.

Cada acto de genocidio, cada mentira, cada manipulación, cada atrocidad cometida en nombre de la “estabilidad universal”... ahora era visible para todos.

El eco de la verdad retumbó en cada rincón de la galaxia. Por fin. Nuestra misión. La habíamos cumplido...

Con un gran sabor de la victoria, sabía lo que venía. El arma de exterminio del presidente se activó.

Desde el cielo, la muerte comenzó a descender. Un zumbido escalofriante llenó el aire. Un destello cegador rasgó la atmósfera Y la destrucción cayó sobre el planeta.

La base tembló con una violencia descomunal. Afuera, el cielo se fragmentó en mil tonos de morado y blanco, el rayo de energía consumiendo el planeta entero. Desde la ventana lo vi todo, las ciudades de Lhyss, imponentes y llenas de historia, se doblaban bajo el peso del cataclismo. Torres que tocaron las estrellas se desvanecieron en una cortina de ceniza. Montañas enteras se quebraron como vidrio bajo la furia del arma. Y el humo... el humo se elevó como sombras de los caídos, abrazando el cielo en un último lamento.

Pero yo no tenía miedo. De alguna forma, me sentí en paz. Aunque mi cuerpo ya no saldría de aquí, al menos había recordado quién era. Mi verdadero nombre. Mi historia.

Capitán Radekk.

El hombre que una vez sirvió a STRO. El hombre que fue parte de su maquinaria de destrucción. Pero ese hombre murió hace tiempo. Y en su lugar, había

nacido alguien nuevo. No un soldado. No un arma. No un error. Un viejo mercenario. Alguien que ahora hacía algo bien por los demás.

La base comenzó a desmoronarse a mi alrededor. Chispas caían del techo como estrellas fugaces. Las luces parpadeaban, muriendo poco a poco. Mis piernas fallaron. Caí de rodillas. Mi visor proyectó una advertencia roja. Crítico. Sistema colapsando.

Pero en mi mente, no había desesperación. Solo imágenes de la vida que pude haber tenido.

Me imaginé en la cantina, riendo con Yuna tras un largo día de trabajo. —La mejor cerveza de la galaxia, Radio. —diría ella, sirviendo una jarra. —Obvio. ¿Quién más la haría?

Me imaginé la mesa llena de rostros familiares. Orpheon, más relajado, bebiendo en silencio. Los hermanos discutiendo sobre quién disparaba mejor. Karno, burlándose de todos con su sonrisa. Neysha igual de juguetona, con esas alas tan brillantes

Y Vann...

Maldito Vann.

Me reí, sintiendo el ardor en mi pecho. —Supongo que ahora... te quedas con todos mis créditos, amigo.

Las estructuras de la base comenzaron a derrumbarse. Los muros colapsaron. Las alarmas se silenciaron. Solo quedó el sonido del vacío y el fuego devorándolo todo.

El rayo descendió con un último estallido de luz.

Observé las estrellas por última vez, el mismo cielo que había visto tantas veces desde la ventana de la cantina. Un hogar que ya nunca volvería a ver. Pero lo había protegido. Había protegido su historia. Había protegido a su gente.

Y aunque iba a morir, sonreí. Porque por primera vez en mi vida, sabía que todo había valido la pena.



EPÍLOGO

LA SEÑAL DE RADIO

Transmitió hasta el último segundo. Incluso cuando Lhyss ardió en aquel destello de fuego y metal fundido. Incluso cuando STRO y KRENOS desaparecieron entre llamas. Su sacrificio logró lo imposible. Y el universo reaccionó.

Las rebeliones estallaron en cada rincón de la galaxia. Planetas que antes temían levantar la voz se alzaron. Los opresores fueron derribados poco a poco, sus archivos borrados, sus líderes se desvanecieron en la oscuridad.

STRO quedó reducido a ruinas y estaciones abandonadas, su insignia desgastada por el tiempo. Nadie recordaba lo que significaba.

Nadie... excepto nosotros.

Nosotros tuvimos que apoyar a los sobrevivientes del planeta Lhyss. Juntos formamos un nuevo hogar. A decir verdad, no nos cayó mal algo de nueva compañía, como el general Syvran, quien se volvió uno de los

nuestros después de recibir una segunda oportunidad. Dijo que haría lo que fuera para recuperar nuestra confianza, para honrar a Radio y su sacrificio.

A pesar de que al principio todos estaban decaídos, poco a poco todo fue tomando forma. Juntos ayudamos a reconstruir la vida de los ciudadanos en un planeta hermoso y cercano. Aquel lugar nos sirvió a los centinelas para entender que quedarnos viviendo en nuestra nave no podía durar para siempre.

Comenzamos una nueva sociedad, apoyándonos los unos a los otros. Y cuando por fin nos relajamos de todo, íbamos por un buen trago de cerveza a AJAX.

Por otro lado, el capitán se recuperó.

Cuando despertó, los centinelas lo rodearon, llenándolo de abrazos y palabras emocionadas. Habían esperado su regreso con más esperanza de la que se atrevían a admitir. Lo vi con mis propios ojos: rostros endurecidos por la guerra quebrarse en sonrisas genuinas, voces que solo conocían órdenes ahora llamándolo “amigo”, “hermano”, “líder”.

En ese momento supe que, sin importar cuán lejos llegáramos, siempre seríamos parte de algo más grande.

En el cielo, una nueva constelación surgi. La Señal, la llamamos. Un recordatorio eterno de aquel que sacrificó todo por la verdad.

En el centro de esa constelación, una estrella azul proyectaba un rayo de luz directo a la cantina donde todo comenzó.

Y fue ahí donde lo encontré... Lo que quedaba de él.

Flotando a la deriva entre lo que alguna vez fue un planeta, estaba ese pequeño pero poderoso corazón que habíamos creado para Radio —o, en otras palabras, su núcleo.

Era extremadamente fuerte, y cómo no iba a serlo, estaba fusionado con las armas más poderosas de los centinelas. No tenía ni una sola grieta. Y aunque el alma de Radio ya no estaba con nosotros, una parte de su memoria sí... y estaba con su hermano.

—No tienes que quedarte —murmuré, apoyándome en la barra de la cantina.

El robot me miró. Su nuevo cuerpo era más pequeño que el coloso que una vez fue, pero dentro de él, la misma conciencia latía gracias a aquel núcleo.

—Alguien debe hacerlo —respondió. Su voz metálica aún conservaba un eco de su antiguo ser.

—¡Si vas a formar parte de esta cantina, tienes que demostrarlo! —interrumpió Vann, con una sonrisa socarrona—. ¡Empieza a preparar la cerveza de una buena vez!

Nos reímos. Por un momento, todo volvió a sentirse... normal. Como si el universo no hubiera cambiado para siempre. Como si Radio aún estuviera aquí.

Nos quedamos en silencio, observando las botellas alineadas en la estantería, las luces parpadeantes del lugar. La cantina ya no era solo un punto de encuentro para viajeros y cazadores. Se había convertido en nuestro refugio. Un santuario para aquellos que sobrevivieron al yugo de KRENOS.

—¿Ya elegiste un nombre? —pregunté.

Las ópticas del robot brillaron por un instante.

—Me llamo Echo —dijo—. Creo que es un buen nombre.

Sonreí.

—Sí... lo es.

Orpheon, Jyyk, Kiel y Neysha me esperaban afuera. Éramos nosotros quienes partiríamos en busca de la fa-

milia de Orpheon. Juntos, como siempre lo haríamos, siempre recordándolo a él.

Mientras caminábamos hacia la nave, con las coordenadas ya marcadas en el tablero, miré una última vez a la cantina.

A veces... cuando el viento silba entre las grietas de AJAX, casi puedo escuchar su voz, como si aún estuviera aquí. Quizá, de algún modo, lo esté.

Algunos dicen que, si pasas cerca de la constelación de Radio, una leve estática recorre tu nave... Como si alguien, en algún lugar del universo, siguiera transmitiendo un mensaje.

Agradecimientos

A mis padres, por su apoyo incondicional; a Javier Alejandro Medina Orozco, por su habilidad para convertir ideas en imágenes claras y precisas; a Dania Montserrat Gordillo Macías, por su estilo y profesionalismo al dar forma visual a este libro; y a la maestra Lucero Alejandro de Santiago Abarca, por su valioso apoyo e inspiración a lo largo de este camino.



Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año de 2025
con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México.

